

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXV

Nº5

MAYO 2012



NUESTRA PORTADA:

SAN ROQUE

Obra anónima, siglo XVIII. Madera tallada, dorada y policromada. Parroquia de San Pedro de Cudeiro.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Maquetación, administración y fotocomposición: Oficina de Informática, Obispado de Ourense.

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXV

Mayo 2012

Nº 5

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

Homilía en la clausura de la IX Semana de la Familia	537
Homilía en la Fiesta de San Juan de Ávila. Patrón del Clero Secular	540
Homilía en la Santa Misa con ocasión del 50 Aniversario de la inauguración del Santuario Diocesano Votivo de Nuestra Señora de Fátima, 13 de mayo de 2012.	544
Homilía en el Santuario de Fátima de Portugal, con motivo de la peregrinación de la Adoración Nocturna..	547
Homilía en la visita de las reliquias de San Juan Bosco.....	549
Carta del Obispo al presbiterio diocesano con motivo de las elecciones al Consejo Presbiteral.....	551
Carta a los misioneros diocesanos.....	553
Palabras al Cabildo Catedral con motivo de la toma de posesión del nuevo Canónigo Penitenciario	554
Carta a los lectores de COMUNIDADE del mes de junio	555

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General

Nombramientos	559
Instituto Teológico “Divino Maestro” Conferencia del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Julián Barrio Barrio, Arzobispo de Santiago de Compostela, sobre la Figura de San Juan de Ávila, en la fiesta de San Juan de Ávila el 9 de mayo de 2012	560

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española

Discurso Inaugural del Cardenal Antonio M ^a Rouco, en la XCIX Asamblea Plenaria de la CEE	575
Palabras de Salutación de Mons. Renzo Fratini, a la XCIX Asamblea Plenaria.....	586
Mensaje con motivo de la Declaración de San Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia Universal....	587
Nota de prensa final de la XCIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española	590
Mensaje con motivo de la festividad del Corpus Christi	594
Mensaje de los Obispos de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar (CEAS) con motivo del “Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar”	600
Presentación de la campaña de la Renta “XTANTOS”	603

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI

Regina Caeli.....	609
Audiencias.....	614
Cartas.....	631
Discursos.....	639
Homilías	662
Mensajes	665
Visita Pastoral a Arezzo, La Verna y Sansepolcro (13 de mayo de 2012).....	669

Santa Sede

Carta a los sacerdotes del Prefecto de la Congregación para el Clero, en la Jornada Mundial de Oración para la Santificación del Clero.....	679
--	-----

CRÓNICA DIOCESANA

Mayo.....	691
-----------	-----



LA VOZ DEL PRELADO

HOMILÍAS

Homilía en la clausura de la IX Semana de la Familia

Se presentó Jesús, el Crucificado-Resucitado, en medio de ellos y les dijo: Paz a vosotros.

Excmo. Cabildo de esta S. I. C.B. de San Martín. Queridos sacerdotes. Queridas Familias. Hermanas y hermanos, queridos amigos:

La oración litúrgica de este **III Domingo de Pascua** nos invita no solo a la alegría, sino a exultar siempre; es decir, a manifestar de forma excepcional nuestro gozo porque gracias al Resucitado nos vemos *renovados y rejuvenecidos en el espíritu*. Y esa renovación jubilosa es una consecuencia de esa profunda realidad en la *somos, nos movemos y existimos*, es la certeza de que somos hijos de Dios gracias al Hijo, a Jesucristo, he ahí el motivo de nuestro júbilo, de nuestra alegría desbordante, en definitiva, de nuestra ¡Aleluya!. Ese grito de alegría es más intenso en la medida en que somos muchos los que, en este momento, nos unimos en esta oración de acción de gracias al Buen Padre Dios, por medio de Jesucristo, en el Espíritu Santo. Esta Eucaristía que estamos viviendo en esta Iglesia *Madre de todas las iglesias* de nuestra Diócesis es una expresión de nuestro gozo paschal, gozo que nos lleva a prorrumper en alabanzas a la Santísima Trinidad, Familia divina de la que cada uno de nosotros somos templos vivos. Desde

esta realidad podemos vivir y gozar de la belleza de la fe de la Iglesia, que es nuestra fe, que se apoya y fundamenta no en una estructura ética, un código de conducta, en una praxis doctrinal, sino en la amable persona de Nuestro Señor Jesucristo, el Crucificado-Resucitado.

El motivo de gozo añadido a esta celebración festiva de la Pascua es la presencia en esta Iglesia Catedral-Basilica de una representación de tantas familias de nuestra Diócesis. Tenemos que ser conscientes de que la Iglesia es una comunidad de fe y amor, es una familia que crece a la sombra de esa familia divina de la Santísima Trinidad. Día tras día, y domingo tras domingo, en todas las comunidades eclesiales extendidas por la geografía de esta Iglesia diocesana, muchas familias se acercan a vivir su fe en el Resucitado. También en este día, los que estáis aquí celebrando este encuentro del Amor de Dios que es la Eucaristía, les dais un rostro a todas esas familias.

Se han celebrado a lo largo de las últimas jornadas una serie de encuentros, charlas-coloquios, conferencias en diferentes lugares de la geografía diocesana y hoy se clausura esta **IX Semana de la Familia**, o mejor, hoy comenzamos a preparar la X Semana de la Familia que os aconsejaría se plantease

como esa realidad viva en la que nace y se desarrolla no solo la vida biológica del ser humano, sino la existencia del creyente. A la familia pudiéramos definirla como escuela de fe. ¿No os parece que este podría ser el lema y motivo de las próximas jornadas? ***La Familia: escuela de fe.***

Esta realidad en la que hemos nacido y en la que se ha ido desarrollando gran parte de nuestra existencia, se ha venido manteniendo con fuerza y dinamismo a lo largo de la historia de la humanidad en todos los puntos del mundo occidental; sin embargo, en los últimos lustros, un incorrecto planteamiento de la persona y de todo lo humano que a ella se refiere ha generado una cierta filosofía social que, sin querer, nos envuelve a todos, también a muchos hijos de la Iglesia Católica, de tal modo que la realidad de la familia se ha visto envuelta en una crisis estructural que afecta a su propia esencia y definición. Para nosotros, es muy importante la familia porque somos conscientes de que en ella nace y se educa el buen ciudadano.

Toda esta crisis de ciudadanía que tanto preocupa a nuestros gobernantes, y con razón, tiene su origen más profundo en la familia. Ella es la que ilumina todas las relaciones sociales, porque *en nuestros hermanos y hermanas vemos a los hijos de nuestros padres; en nuestros primos, los descendientes de nuestros abuelos; en nuestros conciudadanos, los hijos de nuestra patria; en los*

bautizados, los hijos de nuestra madre, la Iglesia; en toda persona humana, un hijo o una hija del que quiere ser llamado "Padre nuestro" (Catecismo, nº 2212). Este análisis fenomenológico tan sencillo, con el que todos estamos de acuerdo y que nos parece evidente, es la clave de toda comunidad humana.

En nuestras relaciones interpersonales, que están en el trasfondo de todo el entramado social, cada uno de nosotros no nos relacionamos con las personas de nuestro entorno como si fuesen meros individuos, es decir, como si fuesen un número o nuestra mascota preferida, sino que, en cuanto personas, nuestra relación es siempre con "alguien" como yo, con el que tengo mucho en común; de manera especial para un cristiano, ese otro es nuestro "prójimo". Sin embargo, esta relación de *proximidad* solo es efectiva en la medida en que cada uno de nosotros se siente persona querida y amada por Dios. De este dinamismo profundo, brota esa energía que nos ayuda a descubrir a cualquier persona como prójimo y, sobre todo, como hermano, hijo del mismo Buen Padre Dios. Esto que nos resulta tan claro, no lo es tanto en la vida cotidiana, porque – tenemos que ser honrados – los hijos de la Iglesia extendida por nuestras aldeas, pueblos y ciudades dedicamos menos esfuerzo a la educación cristiana de nuestros niños y jóvenes que a su formación humana e intelectual. De ahí que la próxima jornada de la familia debiera de centrarse en reali-

zar esta reflexión valiente y profunda para ayudar a nuestra sociedad, tantas veces enferma y tan mal diagnosticados sus males, con el fin de ayudarles y ayudarnos, porque también nosotros lo necesitamos, a descubrir que todo aquello que ayuda a la construcción auténtica de la familia, como esa sociedad de vida y amor construida sobre esa alianza natural entre un hombre y una mujer, que al constituir esa unidad estable, basada en el amor mutuo y en la fidelidad, se abre a la vida.

La familia, en cuanto que es esa auténtica realidad en la que se plasma icónicamente el amor Trinitario, es una comunidad abierta a la esperanza, y el rostro de esa esperanza son los hijos, fundamento de futuro de toda sociedad. Para lograr ese auténtico desarrollo equilibrado y pleno de la persona humana se necesita la estabilidad de esa comunidad llamada familia, que, desde siempre, se ha constituido y fundado sobre esa realidad natural que es el matrimonio. Esforcémonos todos, pastores, padres, docentes, catequistas en preparar a nuestros y niños para que puedan acoger y prepararse para vivir la vocación al matrimonio. Así debemos plantearse. Para nosotros, los hijos de la Iglesia, el matrimonio es una vocación santa que necesita un periodo de preparación adecuada. No es una simple estructura social, apoyada en la conveniencia o en el gusto transitorio y efímero, ni siquiera es una costumbre cuya esencia y origen se pierde en la noche de los tiempos; para los cristia-

nos es una vocación santa, porque todo lo auténticamente humano es una realidad divina y como tal debe ser vivida y respetada.

Si el lema de la IX Jornada ha sido *¡No tengáis miedo! No estáis solos*, porque la certeza que la Iglesia nos da es que el Señor Resucitado está con nosotros y alienta nuestra esperanza, y esta es la alegría de la fe; con este convencimiento, nos lanzamos hacia el mañana sabiendo que la familia, pequeña iglesia doméstica, es la auténtica escuela de la fe y, por ello, la clave de nuestra esperanza, del futuro de las nuevas generaciones. En la medida en que cuidamos, defendemos y preparamos a nuestros jóvenes para que sean constructores de auténticas familias, escuelas de auténtico humanismo, estamos colocando las bases de esa nueva civilización del amor y de la paz de la tanto hablaba el beato Juan Pablo II.

Mis queridos amigos: estamos en la Pascua. Ciertamente, el cristiano está siempre en Pascua, y la Palabra del Resucitado proclamada en este domingo nos ha recordado una idea que nos interpela con fuerza en nuestras vidas, está al final del texto del Evangelio de este III Domingo: ***Vosotros sois testigos de esto*** (Lc. 24,48.). El Resucitado, después de catequizarles y de demostrarles que es Él, y no un fantasma, sin esperar ninguna disculpa por parte de los que le habían abandonado, e incluso negado, les dice: ***Vosotros sois testigos de estas cosas.***

También nosotros tenemos que anunciar, no solo con nuestras palabras, sino con la coherencia de nuestras vidas, con nuestro testimonio, a pesar de las dificultades, fragilidades y miserias personales que todos tenemos – como las tuvieron los Once – los que hemos visto, oído y celebrado aquí. Hacerlo llegar a todos los rincones de la Diócesis de tal modo que esta experiencia pascual nos

sirva a todos, a los de lejos y a los que estamos aquí, para que la alegría y el dinamismo de la fe vivida y compartida en el seno de la Comunión de la Iglesia nos ayude a vencer los miedos que tantas veces atenazan nuestras vidas y hacen estériles nuestras tareas apostólicas y pastorales. No tengáis miedo porque *Yo estaré con vosotros, todos los días hasta el fin del mundo. Amen.*

Homilía en la Fiesta de San Juan de Ávila. Patrón del Clero Secular Santuario Diocesano Votivo de Nuestra Señora de Fátima, 9 de mayo de 2012

“Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada”.

Mis queridos hermanos y amigos; en especial saludo a los hermanos que celebráis las bodas de oro y plata sacerdotales. Ante todo, en nombre de esta Iglesia, que, por Providencia del Señor, presidido en la Caridad, os doy las gracias. ¡Gracias por vuestra fidelidad!

Queridos hermanos y hermanas que nos acompañáis, que el Señor y la dulzura del Corazón Inmaculado de Nuestra Señora de Fátima os guarde en su Amor.

Nos hemos reunido en esta parroquia-santuario con motivo de los cincuenta años de su inauguración, para celebrar la Santa Eucaristía. Un motivo

entrañable nos convoca: la fiesta de San Juan de Ávila, Patrono del Clero Secular Español. En medio de los muchos fieles que se han acercado este templo a lo largo de los días de la Novena a la Virgen de Fátima, también nosotros, sus pastores, queremos vivir la Eucaristía en esta Casa de María.

Mis queridos hermanos sacerdotes, vosotros, que lleváis sobre vuestra existencia la historia pasada de estos 50 y 25 años, sabéis muy bien lo mucho que se debatió el *ser* y el *actuar* del sacerdote. A pesar de las líneas maestras de los documentos del Vaticano II, en especial del Decreto *Presbyterorum ordinis*, fueron muchas las opiniones y reflexiones realizadas sobre nuestra vida y ministerio. Recordad aquellas palabras del venerable papa Pablo VI, pronunciadas en junio de 1970, de ellas no me olvido porque fue aquel el año de mi

ingreso en el Seminario compostelano, decía el papa a los obispos y sacerdotes reunidos en Roma con motivo de la canonización del Maestro Ávila:

Algunos profetas de la duda y de la crítica negativa contestan la existencia misma del sacerdocio ministerial, su existencia y su razón de ser, y no dudan en atacarlo con radicales contestaciones. Y, ciertamente, no os son desconocidas las tendencias que propenden a asimilar al sacerdote con los seglares, y que quisieran “desclericalizar” el sacerdocio, sumergiendo a los que se preparan o a los que ya lo han recibido en la vida profana, en las experiencias mundanas y en las profesiones laicas”¹

Han pasado más de cuarenta años desde aquel momento y parece que algunos no se dieron cuenta, siguen enrocados en sus disquisiciones. Hoy la doctrina que quiere iluminar nuestra vida es clara. El ministerio del presbítero es tan importante que la Iglesia reflexionó sobre él en el *Sínodo de los Obispos* de 1990, cuyos resultados los plasmó el Beato Juan Pablo II en la exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis*, y más tarde, se concretaron de forma más operativa en el *Directorio para el Ministerio y la Vida de los Presbíteros*, de enero de 1994. Somos conocedores de estos documentos, los hemos leído y meditado, es necesario, ahora y siempre, que la doctrina la hagamos vida, la convirtamos en algo experiencial. La Iglesia nos quiere fieles y, para ello, necesitamos luchar, y

dejarnos ayudar en nuestro camino de santidad, que se inició en el momento del Bautismo y recibió un nuevo impulso el día de nuestra Ordenación.

Podemos seguir teorizando, quizá discutiendo, pero a 50 años del *Vaticano II* y a 25 del *Catecismo de la Iglesia Católica*, casi en los umbrales de un nuevo **Año de la fe**, la Iglesia, por medio del testimonio vivo de uno de sus mejores sacerdotes, San Juan de Ávila, nuestro patrono, siendo lejano de nosotros en el tiempo, sigue interpelándonos con su doctrina y, lo que es más importante, con su vida:

¿Por qué los sacerdotes no son santos, pues es lugar donde Dios viene glorioso, inmortal, inefable, como no vino en otros lugares? Y el sacerdote le trae con las palabras de la consagración, y no lo trajeron los otros, sacando la Virgen. Relicarios somos de Dios, casa de Dios y, a modo de decir, criadores de Dios; a los cuales nombres conviene gran santidad. ¿Quién será aquel tan desventurado que, siendo de Dios tanpreciado y honrado, dé consigo en el lodo y hediondo cieno de los pecados? (...) el sacerdote es un espejo y una luz en la cual se han de mirar los del pueblo, y, viéndola, conozcan las tinieblas en que ellos andan...²

Con estas palabras, Juan de Ávila nos está exhortando a que seamos fieles de tal modo que, si luchamos por adecuar nuestra vida al querer de la Iglesia, seremos testigos creíbles en medio de nuestro pueblo y no nos percibirán

como simples funcionarios que aplicamos nuestras tarifas por servir las cosas santas. En este mismo sentido, el papa Benedicto XVI, en su última visita al santuario de Fátima, en un encuentro multitudinario, decía:

Permitidme que os abra mi corazón para deciros que la principal preocupación de cada cristiano, especialmente de la persona consagrada y del ministro del altar, debe ser la fidelidad, la lealtad a la propia vocación, como discípulo que quiere seguir al Señor. La fidelidad a lo largo del tiempo es el nombre del amor; de un amor coherente, verdadero y profundo a Cristo Sacerdote.

En ese mismo encuentro, el papa les animó a que cuidaran su vida interior. Mis queridos hermanos sacerdotes, recordad el Evangelio proclamado hoy: *el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada.* Necesitamos aumentar la calidad de nuestra oración litúrgica y personal. Fijaos que os digo la calidad, no la cantidad; porque sé que el Presbiterio de Ourense ya es orante. Debemos procurar el acompañamiento espiritual y la confesión frecuente, y ayudarnos los unos a los otros para vivir mejor la fraternidad sacerdotal. No caigamos en la tentación de buscar fuera de nuestro Presbiterio al sacerdote que nos ayude, mejores no los encontraremos. Recordad aquello que os he dicho en mi carta de Cuaresma: *querernos mejor y ayudarnos más para que así, la Iglesia en Ourense, pueda superar unida, lo que*

desunida nunca conseguirá. Y hoy, más que hace dos meses, necesitamos estar unidos en todo, porque se acercan momentos en los que la unión nos dará la fuerza para buscar las soluciones adecuadas a los problemas de nuestra Iglesia. Y estamos convencidos de que, con la ayuda de Dios, venceremos.

Mis queridos amigos, podéis estar seguros de que de la calidad de nuestra vida interior depende la fecundidad de nuestras tareas pastorales. Ahora bien, nuestra piedad no puede ser una tarea desencarnada de la realidad de nuestra vida; para que sea correcta y equilibrada, necesitamos cuidarnos más físicamente, y no dejarnos atrapar ni por las prisas, ni por la angustia ante la falta de tiempo, ni por los fracasos pastorales, no os olvidéis nunca de que los fracasos santifican, las omisiones, no.

Son muchas las tareas que tenemos por delante. Reconozco que algunos estáis cansados porque lleváis mucho tiempo en una serie de tareas que ya habéis desempeñado durante los pontificados de mis últimos predecesores. Otros pensáis que una renovación en el equipo de gobierno de la Diócesis es imprescindible para generar más ilusión. Soy consciente de esta realidad, pero la prudencia pastoral nos pide que vayamos despacio. Por otra parte, bien sabéis que si fuese imprescindible alguna remodelación, sin ninguna duda que lo haría. Pero necesito más tiempo para conocerlos mejor. Había sido mi deseo que, en estos primeros meses del

ejercicio de mi ministerio pastoral, me pudiera encontrar con todos los sacerdotes de este Presbiterio y hablar con cada uno para saber de vuestras preocupaciones e ilusiones, para intercambiar proyectos de futuro; sin embargo, asuntos graves del gobierno diocesano me lo han impedido. Os ruego, con toda mi alma, que pidáis al Buen Pastor la ayuda y la fortaleza necesarias, para mí y para mis más estrechos colaboradores, de tal modo que podamos responder correctamente a las exigencias que nos ofrecen las circunstancias y busquemos, siempre, el bien de la Iglesia diocesana que, en definitiva, es buscar la Gloria de Dios y el bien de nuestro Pueblo.

En este orden de cosas, y en primer lugar, os suplico que de cara a la próxima constitución del *Consejo Presbiteral*, pidáis ayuda al Espíritu Santo con el fin de que os ilumine a la hora de elegir como miembros para este Consejo a aquellos hermanos sacerdotes que ofrezcan posiciones constructivas, que sean responsables y solo busquen el bien de la Diócesis y no sus propios intereses; que posean amplias y renovadas perspectivas pastorales, y, además, que demuestren una fraterna preocupación por los sacerdotes ancianos y enfermos, así como un claro interés por el fomento y cultivo de las vocaciones. Este debe ser el perfil que guie vuestra elección. Pensaréis que esa persona no existe, pero os aseguro que sí. Sois un buen Presbiterio ¡me lo habéis demostrado! No podemos per-

der el tiempo en cuestiones tangenciales, la misión apremia.

Mis hermanos, el reto que tenemos por delante es apasionante ¡la mies es mucha!. La Iglesia nos convoca a una *nueva evangelización*. Pensad que esa tarea tenemos que desarrollarla en la realidad concreta de nuestra Iglesia particular. Conocemos las peculiaridades de nuestro pueblo, sabemos bien de sus necesidades, no ignoramos que nos encontramos en verdaderos campos de misión. Hay que salir al encuentro de aquellos que, bautizados, se han alejado. De los niños y jóvenes, que después de una catequesis y de una enseñanza religiosa escolar – los que la recibieron – a todas luces insuficiente, ignoran los rudimentos del mensaje cristiano; de las personas maduras que solo responden a los resortes de una religiosidad popular en la que tantas veces siguen interactuando posiciones culturales impregnadas de un cierto neopaganismo o de un pseudocristianismo. Toda esta realidad nos debe llevar a plantear, valientemente, unos proyectos pastorales que tengan un *marcado carácter misionero*. Sí, mis hermanos, ejercemos nuestro ministerio en un pueblo bueno y generoso, con unas costumbres impregnadas de un cierto catolicismo, pero en sus raíces falta un auténtico sentido cristiano. He ahí la clave de nuestra misión. ¡Estáis haciendo mucho!.

Nuestros sacerdotes mayores son un ejemplo de fidelidad a la causa de Nuestro Señor Jesucristo, y, en ocasio-

nes, han sido agentes de pastoral que generaron auténticas transformaciones humanas en aquellos pueblos en los que hicieron presencia de Iglesia. Es necesario que sigamos adelante con nuestra misión, quizá en estos momentos, nuestro pueblo no requiera de nosotros una ayuda socializadora, ni a un agente de transformación económica, sino que, lo que buscan en el sacerdote es que sea un testigo vivo de Jesucristo y presente un rostro más cercano y creíble de la Iglesia.

¡He ahí nuestra labor misionera! Ser testigos de Jesucristo y de su Iglesia. De tal modo que, incluso en los pueblos y aldeas más abandonados de los hombres, allí es más necesaria la presencia de la Iglesia a través del rostro del sacerdote. Si buscamos el bien de los hombres y mujeres que nos encomienda la Iglesia, estamos buscando la

gloria de Dios, porque como nos recuerda en Evangelio de la liturgia de este día, *con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos.*

Gracias a Dios, nuestro Presbiterio es una realidad viva y unida; la *pluriformidad* en vuestra manera y estilo de hacer presencia de Iglesia es signo de vuestra fuerza y riqueza espiritual. En vosotros y en vuestra fortaleza me apoyo, siendo consciente de lo necesario que para mí es vuestra ayuda y colaboración, que desde el primero momento del ejercicio de mi ministerio pastoral no me ha faltado. A Santa María Madre, Señora del Rosario de Fátima, Madre de la Iglesia y de los sacerdotes nos encomendamos hoy y siempre, y os pido que roguéis a la Santísima Virgen que nos conceda vocaciones para el Seminario. Amén

NOTAS:

1. Alocución del papa Pablo VI a los obispos y sacerdotes españoles con motivo de la canonización de San Juan de Ávila, 1 de junio de 1970.
2. SAN JUAN DE AVILA, Plática sacerdotal para ser predicada en el Sínodo diocesano de Córdoba (1563).

Santa Misa con ocasión del 50 Aniversario de la inauguración del Santuario Diocesano Votivo de Nuestra Señora de Fátima, 13 de mayo de 2012.

Benqueridos irmáns e irmás, Saúdo cordialmente a tódolos que participan nesta celebración por medio da Radio e da Televisión. Fieis devotos de Nosa

Señora do Rosario de Fátima. ¡Que a paz do Señor sexa convosco!

Coas mesmas verbas da Palabra do

Señor que fai un momento foron proclamadas nesta liturxia de loanza para Gloria do Pai e do Fillo e do Espírito Santo, comezamos esta breve reflexión:

Non me escollestes vós a min, senón que vos escollín eu a vos; e púxenvos para que vaiades e levedes froito e o voso froito permaneza Mándovos isto: que vos amedes uns a outros

Neste domingo, sexto da Pascua do Señor, celebramos nesta parroquia-santuario a festa de Nosa Señora do Rosario de Fátima, este ano ten para nós una especial significación porque estamos vivindo os cincuenta anos da consagración deste templo parroquial que en pouco tempo converteuse nun dos santuarios marianos máis importantes da nosa Diocese de Ourense.

Meus queridos irmáns e irmás: Se puidésemos atopar un pensamento que sintetizase a mensaxe que contemplamos e meditamos ao longo destes días cos que nos preparamos para esta festa de Santa María, sen ningunha dúbida que o Evanxelista San Xoán conségueo dunha forma moi bela e comprometida. *Fomos escollidos por amor para ser testemuñas do verdadeiro amor non noso mundo.*

Tanto o Cuarto Evanxeo, como a primeira carta de Xoán, centran a nosa reflexión no misterio do amor auténtico, cuxo fundamento non se atopa no corazón do ser humano, tan cambian-

te e pequeno, é en ocasións tan cativo; senón que a clave desta invitación ao amor, atópase en que ***Deus é amor***. Esta é a certeza radical da nosa vida e da nosa fe. De aí arrinca a forza e a novidade do amor cristiá que moi pouco ten que ver con ese outro estilo de falar e de vivir o amor do que tanto se está a falar na nosa sociedade de consumo; por iso é polo que o cristián que *naceu de Deus e coñece a Deus*, como nolo recorda a segunda lectura, non pode deixar de amar aos demais porque aquilo que avalía a autenticidade do noso cristianismo está no amor.

É precisamente esta realidade a que fixeron carne na súa existencia os mellores fillos da Igrexa que son os santos, e fixérono sabendo que esta era a única revolución que podería xerar unha civilización nova. Así nolo recorda San Juan da Cruz, nunha situación dramática para el porque se atopaba, inxustamente, nunha cárcere: *Onde non hai amor, pon amor e sacarás amor.*

Para facer realidade este camiño necesitamos moita axuda. Na Igrexa atopamos todo aquilo que precisamos para vivir esa experiencia de transformación radical. Unha desas axudas é a devoción a María. Ademais, somos sabedores que contando tamén coa oración persoal, o estudio e contemplación da Palabra de Deus, a frecuencia dos sacramentos, a dirección espiritual, o cultivo das obras de misericordia, e unha vida de sobriedade e de exixencia persoal son o camiño que nos leva a facer

realidade o proxecto do Amor de Deus no noso mundo. Sen embargo, un dos camiños seguros para facer realidade o noso compromiso é a través do trato con Santa María Nai, por medio dela, seremos capaces de contemplar con bos ollos os misterios da vida de Xesucristo para identificarnos con Aquel que por amor se entregou, no misterio paradoxal da cruz, e abriu para a humanidade unha existencia nova: ***a nosa filiación divina***. Somos fillos grazas á entrega de Xesucristo, o Unixénito do Pai, e se somos fillos, estamos chamados a ser irmáns e vivir como tales dun xeito mais comprometido.

María, a gran mestra da fe, axúdanos coa súa maternal tenrura, a vivir como amigos do seu fillo Xesús, a ser amigos de Deus. El chamounos, escolleunos e fainos partícipe do proxecto de Deus para connosco e fíxoo establecendo unha relación de intimidade, de confianza, de comunión. Formar parte da comunidade dos amigos de Xesús non significa que nos crucemos de brazos e nos dedíquemo a contemplar o ceo esperando que desde esa realidade veñan a solucionarnos os problemas. Non, todo o contrario, cando o Señor nos invita a vivir esa comunión de amor, faino para nos convidar a que colaboremos coa súa misión no mundo. Somos os continuadores da misión do Crucificado-Resucitado. As nosas mans son as súas mans, os nosos ollos son os seus, as nosas verbas queren ser un eco da única Palabra que pronuncia Deus e non podemos esperar outra.

En definitiva, o Señor invítanos a ser as súas testemuñas vivas e operativos. Testemuñas coherentes, de tal modo que na nosa existencia, a doutrina e vida de Xesucristo, proclamada e vivida pola Igrexa, sexa convertida en vida transformadora de toda a realidade.

Os cristiáns, como amigos de Xesús, como aqueles que se senten amados polo que se autoproclama como amor: ***Deus é Amor***, están chamados a mostrar con xestos concretos que Deus ama a cada persoa, de xeito especial aos que necesitan da nosa axuda e da nosa presenza. En realidade, debemos amar como El amou, co seu mesmo estilo de vida. Velái a grandeza do cristianismo e a súa esixencia. Non se trata dunha relixión cun conxunto de normas e principios fermosísimos que hai que vivir. O cristianismo é máis que un simple cumprimento. Supón unha dinámica que nos leva a estar sempre reactualizándonos e esixíndonos constantemente, porque do que se trata e de lograr unha identificación co Deus vivo que se fixo presenza humana na entrañas da Nai Inmaculada, de tal modo que o Deus feito home emprendeu o camiño de facerse home, achegándose a todo o humano do home para que o home concreto, cada un de nós, percorrendo ese camiño lográsemos esa transformación que nos fai criaturas novas e así puidésemos renovar toda á realidade na que nos atopamos e vivimos.

O amor de Deus interpélanos de tal modo que non podemos quedar tranqui-

los nas nosas posicións. Hai que se por en camiño para facer novas todas as cousas e esa novidade só podemos lograla se acolle-mos libremente o misterio da graza na nosa vida. Só a graza do Señor Resucitado pode facer novas todas as cousas. Pidámosllo a María, nesta advocación tan tenra e próxima, tan sinxela, como é a da nosa Señora do Rosario de Fátima, que nos axude a realizar ese proxecto que o mundo de hoxe necesita con urxencia. Un mundo cansado de ideoloxías utópicas, de falsas filosofías de progreso, de efémeros proxectos que ilusionan e entusiasman ao home e á muller dos nosos días, tamén a nós, de tal modo que aos poucos frustran as mellores expectativas do corazón humano e deixa-no sedento de plenitude e de amor.

Só Deus basta, dicía Teresa de Xesús e proclamou coa súa vida nova o Ir-mán Rafael. Só Deus, que é plenitude de amor, pode enriquecernos na medida en que nos entreguemos á causa do Evanxeo, que é a causa do home; porque cando buscamos o ben e a plenitude do home, de todo home e muller, estamos buscando a gloria de Deus.

Poderíamos dicir, para rematar estas verbas, que ese é a mensaxe de Fátima. Rezar pola conversión dos corazóns para que neles nos faga realidade viva o amor de Deus, porque só o amor é máis poderoso que a mesma morte, só o amor de Deus é digno de crédito e digno fe. E só este amor de Deus pode salvarlo o home.

Homilía en el Santuario de Fátima de Portugal, con motivo de la peregrinación de la Adoración Nocturna

19-V-2012

Mis queridos hermanos sacerdotes, Hermanas y hermanos que formáis parte de los diferentes grupos de la Adoración Nocturna Española, Mis queridos seminaristas de Ourense, Hermanas y hermanos:

Con motivo de las Bodas de Plata de las Peregrinaciones a este santuario, os habéis acercado a este lugar un año más. ¡Sois adoradores! Y sois eminentemente marianos.

Santa María y la Eucaristía están muy unidas. Si queremos descubrir en

toda su profundidad la relación íntima que une la Iglesia –a cada uno de nosotros- con la Eucaristía, el camino más seguro es contemplar a María. Ella es Madre y Modelo de la Iglesia...

Sabemos que ella es Madre de la Iglesia porque es la Madre del Señor, fue ella la que le dio la carne y la sangre, ¡le dio el ser!, por obra del Espíritu Santo; esa carne y esa sangre son las mismas que se derramaron en la Pasión y en la Cruz... son las mismas que se encuentran presentes en la Santísima Eucaristía, objeto de nuestra adoración (Cfr. *Ecclesia de Eucharistia*, nº55).

He ahí en donde se encuentra la profunda relación entre la Santísima Virgen y la Eucaristía. Y si esto es así, fijaos cuál debe ser el modelo que la Iglesia debe tener en cuenta para tratar la Eucaristía. Y no nos olvidemos, hermanas y hermanos, que desde el Bautismo, cada uno de nosotros somos Iglesia, no solo el Papa, los Obispos y sacerdotes –ellos constituyen la Jerarquía de la Iglesia–, no para mandar sino para hacer presente al Señor, sirviendo a los hermanos, como la Iglesia quiere que les sirvamos.

La Iglesia, que somos y queremos, tiene como modelo a María para tratar a Jesús en la Eucaristía; debemos imitarla en su relación con Jesús Sacramentado.

Imitarla en su vida de fe: así decimos que la Eucaristía es Misterio de Fe y Amor.

Imitarla en su amor a la Eucaristía, al mismo Jesús; Aquél que llevó en su seno, que alimentó y cuidó con maternal ternura y que acompañó hasta el Misterio de la Cruz.

Ella es para nosotros modelo del primer tabernáculo viviente. Con su “fiat” al querer de Dios, y por obra del Dador de Vida, el Espíritu Santo, Jesucristo se hizo carne en sus entrañas. Cuando Santa María llevaba en su seno al Hijo de Dios, visitó a su prima Isabel, y escuchó de sus labios: “¡Feliz la que ha creído!” (*Lc. 1, 45*).

María anticipó la fe de la Iglesia en la Eucaristía, al momento de la En-

carnación y de la Visitación... Esto quiere decir que todo acontecimiento de la vida de María lo es también de la vida de Jesucristo, Nuestro Señor. Al escuchar aquella bienaventuranza: ¡Feliz aquella que ha creído! La Iglesia, por labios de Santa Isabel, reconoce en María al primer tabernáculo viviente.

El primer sagrario de la historia es María. Los artistas lo han querido representar de una u otra forma. ¿Os habéis fijado, mis queridos seminaristas, en la pintura que decora la capilla en donde esta mañana, con toda la Iglesia, rezamos la oración de Laudes? Era un icono de la Santísima Virgen María y en su pecho se abría un sol luciente que tenía en su centro una imagen de Jesús.

Mis queridos adoradores y adoradoras... permitidme que me dirija a este buen grupo de seminaristas y a los jóvenes que pueden encontrarse entre nosotros; por ellos rezáis mucho en esas horas de adoración. Soy consciente de que algunos estáis viviendo momentos decisivos en vuestro camino; que os cuesta decir ¡sí! al Señor; que tenéis miedos. Os ruego que pongáis la mirada de vuestro corazón joven en la Virgen. Si os fijáis en Ella, seréis fuertes y no miraréis para atrás, ni os entretendréis con cálculos acerca de lo que perdéis o dejáis se seguís vuestro camino: el camino de Jesús. Sed muy marianos y seréis más de Jesús, y tendréis la valentía de responder a su llamada que, seguro, os ha hecho muchas veces, a través de las mediaciones. ¡No tengáis miedo! ¡Decidle que sí! Y no os arrepentiréis, si sois fieles.

¡Mis queridos adoradores! Sed de María y os daréis cuenta que seréis almas enteramente eucarísticas, almas de Iglesia.

Precisamente hoy y aquí, en este lugar, en Fátima, pidamos para que la fe de tantos cristianos en la Eucaristía se mantenga firme. Sabemos que esta fe está sufriendo graves asaltos de duda en el corazón de nuestros contemporáneos; percibimos signos de ignorancia en muchos de ellos al tratar tan mal al Señor en la Eucaristía. En otros, se observa una fría indiferencia y, en ocasiones, contemplamos, con dolor, los malos tratos a la Eucaristía, incluso por aquellos que son los de su propia Casa, así lo manifestaba el Beato Juan Pablo II (nº 10).

Los santos, los mejores hijos de la Iglesia, nos han enseñado a buscar en María el modelo para tratar a Jesús en la Eucaristía. Es necesario que ayudemos a Santa María, que lo hagamos con humildad en el corazón y en la inteligencia, para aprender de ella a tratar a Jesús. Solo así

podremos vencer en la lucha contra todo aquello que nos distancia de Jesús... con nuestra fe. Porque “esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe” (1Jn. 5,4).

En este lugar santo... (niños, Eucaristía) comprometámonos a tratar a Jesús en la Eucaristía como lo trató la Santísima Virgen... con su pureza de vida, con su entrega fiel, con su vida inmolada y de servicio a todos, en especial a la Iglesia: “*Perseveraban en oración, con maría, Madre de Jesús*”.

Su actitud silenciosa y orante...

He ahí la clave de nuestro existir... cultivar el silencio orante... solo así seremos almas auténticamente eucarísticas, auténticos adoradores de ésos que necesita y quiere la Iglesia: “adoradores que lo sean en espíritu y en verdad”. Amén.

Mi Dios, yo creo, espero, adoro y os amo, os pido perdón por los que no creen, no esperan, no aman y no adoran.

Homilía en la visita de las reliquias de San Juan Bosco Parroquia de M^a Auxiliadora. Domingo 20 de mayo de 2012

“¿Qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que os ha dejado para subir al cielo volverá como le habéis visto marcharse” (Hch 1, 22)

La Solemnidad de la Ascensión es para nosotros como una cara diferente del he-

cho de la Resurrección del Señor que marca nuestra vida creyente. La Resurrección del Señor constituye un hito fundamental en la historia religiosa de la humanidad, de manera especial en el Cristianismo. ¡El Crucificado-Resucitado está vivo! He ahí el gran polo de atención de toda nuestra fe.

El dinamismo de su vida, que por amor vence la muerte, se hace presente en el mundo hasta el día de hoy; esa presencia se hace realidad existencial viva en cada uno de los bautizados, que son otros cristos, son ungidos, consagrados por el Espíritu Santo para ser cristos vivos, cristianos auténticos y comprometidos.

Precisamente, en este día de la Solemnidad de la Ascensión del Señor, las palabras de la Escritura nos ayudan a despertar del sueño de este cristianismo aburguesado, tibio, poco comprometido: ¿Qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?

Esta celebración litúrgica nos ayuda a descubrir que cielo y tierra se unen en el horizonte de nuestros corazones, de ahí que tengan sentido aquellas palabras de una gran amiga de Dios, una santa, Teresa de Lisieux: Quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra. Ese cielo al que asciende el Resucitado, nada tiene que ver con el cielo atmosférico que cubre nuestras cabezas y hoy parece amenazar tormenta... ¡no! Nuestro cielo está en nuestro corazón, en nuestra vida, así lo entendieron los mejores hijos de la Iglesia, los santos, y de manera especial hoy quiero hacer mención a San Juan Bosco, Don Bosco, como le llamamos muchos desde niños.

Los santos, y entre ellos Don Bosco, han sabido encarnar en su vida concreta su fe en Jesucristo Resucitado, un Jesucristo que tiene un rostro vivo, concreto, que nos interpela a través del ros-

tro de los hermanos necesitados. En el caso de Don Bosco, supo descubrirlo en aquel Turín del siglo XIX, y de manera especial en los niños y en los jóvenes.

Don Bosco fue un sacerdote entregado, un educador nato y, sobre todo, un hombre de Dios. Contempló el rostro de Jesús en los niños abandonados, maltratados y explotados, candidatos de por vida a correccionales... Allí descubrió Don Bosco el rostro de Jesucristo. Él es el santo del realismo cristiano, como ya he dicho. Y avalo lo que afirmo solo con esta observación: Qué era el lugar de Valdocco antes de que allí colocara Don Bosco su casa de acogida, el hogar para tantos huérfanos y abandonados, su propio hogar con su mamá Margarita... sus talleres, su oratorio, en definitiva, su vida

En una sociedad como la nuestra, tan pendiente de la eficacia y resultados pragmáticos y económicamente reales, en donde el número es lo que cuenta, ¿cómo no se para a buscar respuesta a esas realidades? Los santos, seres de carne y hueso como nosotros, al encarnar en su vida la fe en Jesucristo, esa fe les llevó al compromiso y a la acción. Una fe que se convirtió en energía viva y renovadora, una fuerza y un dinamismo que transformó toda la realidad generando una “nueva creación”, un nuevo estilo de ser y de vivir.

Don Bosco supo concretar su fe, encarnarla... Toda fe auténtica es avalada por su encarnación, por su realismo.

Los cristianos, y así lo quería y quiere Don Bosco, no podemos estar mirando al cielo esperando que de allí venga la solución a todos los problemas: los cristianos, con la cabeza y el corazón en el cielo, es decir, en el Jesucristo Resucitado y vivo, pero con los pies bien afincados a esta tierra, estamos llamados a transformar toda la realidad de acuerdo con el proyecto del Amor Misericordioso de Dios.

De ahí que Don Bosco, utilizando todos los medios a su alcance y potenciando aquellos nuevos que surgían en su momento, como los medios de comunicación, prensa, boletines informativos, catequesis, oratorios... consiguiera que aquellos niños y muchachos que, de acuerdo con los criterios del momento, serían candidatos avocados

al fracaso, llegasen a ser buenos ciudadanos, buenos cristianos, sacerdotes y religiosos y, sobre todo santos... que supone plenitud de ser y de obrar.

Contando con la presencia de las reliquias de Don Bosco, que tiene que ser un acontecimiento de gracia y de fe, me dirijo a vosotros, niños y jóvenes, y os pido que abráis vuestro corazón y vuestra inteligencia a la verdad de Jesucristo, al amor de Jesucristo, y para ello os ruego que busquéis a Jesús, el que busca, encuentra. Le encontraréis en su Palabra, en los sacramentos... en la Iglesia. Y si queréis ser felices y vivir una existencia plena y auténticamente gratificante, no os sentiréis decepcionados.

Que María Auxiliadora nos ayude y proteja a todos. Amén.

ESCRITOS

Carta del Obispo al presbiterio diocesano con motivo de las elecciones al Consejo Presbiteral

Queridos Hermanos y Amigos:

En mi primer encuentro con los miembros de la curia diocesana, les manifesté mi deseo de que, tan pronto fuese posible, se comenzaran a dar los pasos oportunos para renovar el Consejo Presbiteral de la Diócesis, para mi muy necesario, toda vez que las dificultades en el gobierno pastoral son tan complejas.

Desde el pasado 11 de febrero, fecha de mi toda de posesión canónica, agradecí la ayuda y la orientación que me han prestado el Consejo Episcopal, el de Consultores y la Asamblea de Arciprestes y Delegados Episcopales. A todos quisiera reiterar mi más sincero agradecimiento.

A pocos meses del inicio del Año de la fe, en el que celebramos, además,

el cincuenta aniversario del Concilio Vaticano II y el vigésimo quinto de la promulgación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, es bueno recordar que la Diócesis es una porción del Pueblo de Dios que se confía al Obispo para ser apacentado con la cooperación de su Presbiterio().

Soy consciente de que el episcopado no es un honor sino un servicio y para ejercer este ministerio, de forma adecuada, siento la necesidad de contar con los sacerdotes que, junto con el Obispo, constituyen un solo presbiterio y una sola familia(). La comunión entre el Obispo y el Presbiterio se funda en la unidad del sacerdocio ministerial y en la misión eclesial; esta realidad se manifiesta visiblemente en el Consejo Presbiteral, presidido por el Obispo. Este grupo de sacerdotes, que representan al Presbiterio Diocesano, ayuda al Obispo en el gobierno de la Diócesis y debe ser expresión viva de la comunión jerárquica y del auténtico sentido de la comunión eclesial.

Aunque este Consejo es un órgano de naturaleza consultiva, esto no quiere decir que carezca de importancia y no sirva para nada positivo, ¡todo lo contrario!. Ayuda al Obispo en el ejercicio adecuado de su ministerio, ofrece una visión de conjunto sobre la situación de la Iglesia diocesana y, por medio del intercambio respetuoso de diferentes pareceres y experiencias, ayuda a discernir lo que el Espíritu Santo suscita

en cada momento del despliegue histórico de nuestra Iglesia particular.

Os ruego, pues, que asumáis vuestra responsabilidad, de acuerdo con vuestra conciencia y guiados por el amor que tenéis a esta Iglesia de Ourense. Elegid a aquellos sacerdotes que sepan ofrecer posiciones constructivas, que sean responsables y busquen el bien de la Diócesis y no sus intereses; que posean amplias perspectivas pastorales, y, además, que demuestren una fraterna preocupación por los sacerdotes ancianos y enfermos, así como un claro interés por el fomento y cultivo de las vocaciones.

Que Santa María Nai, Madre de la Iglesia, nos ayude en esta nueva etapa de la historia pastoral de esta Iglesia particular ourensana, hoy más necesaria, cuanto que mayores son los problemas a los que debemos hacer frente como pastores que se esfuerzan por ser testigos de fe y de esperanza; sin olvidarnos nunca que la esperanza es la alegría de la fe.

Os encomiendo esta Iglesia que amamos y servimos; os pido ayuda para que podamos acoger sus necesidades, y pongo en vuestras manos la certeza de que juntos lograremos lo que desunidos no seremos capaces de conseguir.

Vuestro siempre

+ J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Carta a los misioneros diocesanos Ourense, mayo 2012

Mis queridos amigos:

Con gozo, me dirijo a todos los misioneros y misioneras, hijos de esta tierra, y lo hago por primera vez como obispo de esta Iglesia particular. Soy consciente de que sois la vanguardia de esta comunidad eclesial y que hacéis presente los mejores deseos y anhelos que todos y cada uno de los que estamos aquí llevamos en nuestro corazón: ¡todos quisiéramos ser misioneros!

Ya sabéis que estamos estudiando y madurando una serie de proyectos pastorales buscando el bien de nuestro pueblo, de manera especial quisiera que el próximo Año de la Fe encontrase un fuerte eco en todos nosotros de tal modo que así pudiéramos insertarnos en esa dinámica de la Nueva Evangelización a la que nos ha convocado el Sucesor de Pedro. Si es verdad que la gran novedad de la Iglesia es tan antigua como el Evangelio mismo, sin embargo, en este momento, su fuerza y dinamismo se hace vivo y operativo, en virtud del don del Espíritu, en cada uno de nosotros.

La fidelidad al Evangelio del Crucificado-Resucitado nos impulsa a una mayor conversión: Convertíos y creed en el Evangelio, ya que solo así, con un corazón convertido, podemos anunciar la Buena Nueva. Para poder lograrlo es necesario que tomemos en serio nuestra santidad personal.

Mis queridos amigos/as, como encargados de la acción misionera de la Iglesia, quiero que sepáis que os encontráis en el corazón de esta Iglesia particular y en el de su obispo; aunque muchas sean las necesidades pastorales que nos encontramos en la geografía de nuestra diócesis auriense, vuestra presencia en esos lugares es imprescindible; si no lo hiciésemos así mutilaríamos nuestro sentido eclesial y atentariamos contra su catolicidad. Me gustaría ayudaros más y mejor, de una manera más efectiva, pero las necesidades por las que está pasando nuestra Diócesis me lo impiden en este momento.

Os ruego que tengáis un poco de paciencia con vuestro obispo. Dadme un poco de tiempo. Desde aquí rezamos por vosotros, os ruego que nos encomendéis en este momento de nuestra historia para que sepamos acertar en la concreción de nuestro Plan Pastoral Diocesano que se centrará en la Fe. Os recomiendo que hagáis una lectura agradecida y fiel del *Catecismo de la Iglesia Católica* con vuestras comunidades y de los Documentos del Concilio Ecuménico Vaticano II. Este será un buen objetivo a tener en cuenta por todos.

Amigos míos, creced en el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo, cuidad vuestra salud y ayudaros fraternalmente para poder servir mejor y ser

más fieles a lo que la Iglesia quiere de vosotros.

Os ruego que pidáis mucho por el Seminario, por la santidad de nuestros sacerdotes y no os olvidéis de encomendar mi ministerio pastoral, en estas nobles tierras de Ourense, para que

pueda servir a todos como la Iglesia quiere que les sirva.

Con todo afecto os bendice. Vuestro siempre.

+ J. Leonardo
Bispo de Ourense

Palabras al Cabildo Catedral con motivo de la toma de posesión del nuevo Canónigo Penitenciario

Excmo. Cabildo S.I.C. Basílica

Desde el primer momento de mi presencia entre vosotros, y recordando lo que la Iglesia me dice que debe ser mi ministerio episcopal, he procurado estar muy cerca del Cabildo de esta iglesia “madre de todas las iglesias de la Diócesis”.

El Obispo debe considerar como oficio propio velar por la recta y adecuada, solemne y catequética realización del culto divino. De manera especial, presidiendo y haciéndose presente en este templo, de manera especial los domingos y los días especialmente solemnes.

Por otra parte, en las reuniones que he tenido con los diferentes grupos de actividad pastoral, les indiqué que había que contar con la Catedral para la organización de ciertos eventos.

Sé que entre los templos de la Diócesis y, de manera especial, de la ciu-

dad en la que se encuentra la sede del Obispo, la Catedral es el lugar más importante y el signo de la unidad de la Iglesia particular, por ser el lugar donde se realiza y se hace efectivo el *munus sanctificandi* del Obispo. La Catedral es signo del magisterio y de la potestad del Pastor de la Diócesis...

Preocupado por el bien de todo el Pueblo, que por designio de la Providencia se me ha encomendado, es mi deber velar y potenciar la pastoral del sacramento de la Penitencia. Sería mi deseo desempeñar este ejercicio realizando yo mismo este sacramento personalmente; sin embargo, mis deseos vienen condicionados por la realidad de las tareas del gobierno pastoral.

Hay una estrictísima relación entre la Reconciliación y la Eucaristía, de ahí que es necesario formar bien la conciencia de nuestro Pueblo para que puedan participar digna y fructuosa-

mente en la Eucaristía, y eso podemos hacerlo mediante una predicación adecuada y la administración ordinaria del sacramento de la Penitencia. En esta Diócesis, no se dan las características canónicas necesarias para impartir la absolución general; no tiene sentido ni lugar.

Aquí, y en cualquier lugar, la praxis del sacramento de la Penitencia es la ordinaria; bien en su forma particular e individual, o potenciando el sentido comunitario y eclesial del pecado, mediante las celebraciones comunitarias de este sacramento, con el consiguiente acto personal del encuentro existencial entre penitente y confesor con la consiguiente absolución sacramental.

Es mi deseo, con la colación de este ministerio del ejercicio del Penitenciario, manifestarles mi cercanía a todos ustedes y mi preocupación por este Cabildo y su labor en la Catedral y en la Diócesis.

En la medida de mis posibilidades, y en los próximos meses, procuraré responder mejor a las necesidades que me han manifestado.

Les ruego que pongan un mayor empeño e ilusión, más del que sé que ya están realizando, en potenciar la vida pastoral y cultural de esta bellísima sede catedralicia.

Que Santa María Madre y San Martín nos ayuden en este proyecto.

Carta a los lectores de COMUNIDADE del mes de junio

Los sacerdotes y el corazón de Cristo

En este mes de junio, en el que la mirada de nuestros corazones se centra en la contemplación y adoración del Misterio Eucarístico, la Iglesia nos invita a realizar una Jornada Mundial de Oración para la santificación del Clero. Ha sido el beato Juan Pablo II el que instituyó esta jornada con el fin de suplicar al Corazón Misericordioso de Jesús que nos conceda sacerdotes y seminaristas santos. Constituye, además, una ocasión de reparación por los pecados de los sacerdotes, y una súplica ferviente para que nos ayude a poner-

nos en camino de conversión. Este es el sentido del auténtico caminar cristiano ¡Convertíos y creed en el Evangelio!

Las circunstancias actuales no son fáciles para nadie que quiera vivir sus compromisos con fidelidad. Esas dificultades se dejan sentir en la vida familiar y profesional, en las relaciones espaciales, en la vida religiosa, misionera y monástica y, por supuesto, en el ejercicio del ministerio sacerdotal. Aunque somos conscientes de esas dificultades, también lo somos de las muchas ayu-

das que tenemos a nuestro alcance para ser fieles en este camino.

Por otra parte, la Iglesia, como Madre y Maestra, preocupada siempre de nosotros, cuando nos encontramos con las adversidades, nos invita a que elevemos nuestra mirada al Buen Dios suplicándole que nos ayude. Y, tantas veces, cuando abrimos nuestro ser a la mirada del Señor, percibimos en lo más íntimo de nuestro corazón, la presencia silenciosa, viva y eficaz del Espíritu. Dador de Vida, Fortaleza, Sosiego, Dulzura, Alimento, Luz, Paz...

Acogiendo con gozo los deseos expresados por la Congregación del Clero, os ruego que, en torno a la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, o, si es posible, en el mismo día, se lleven a cabo actos eucarísticos de adoración y desagravio, en los que pueda participar todo el Pueblo de Dios, también los niños y enfermos, porque su oración es especialmente grata al Señor.

Por otra parte, os ruego que pidáis para que el nuevo Consejo Presbiteral – una especie de “senado”, constituido por los sacerdotes de nuestra Diócesis, elegidos por ellos mismos, que ayudan al Obispo en el ejercicio de su ministe-

rio al servicio de esta Iglesia particular de Ourense-, pueda desarrollar, con renovada ilusión, y con mucha esperanza, los proyectos que la Iglesia desea para salir al encuentro de tantas necesidades humanas y pastorales.

Todos somos conscientes de que la Iglesia, para poder desempeñar su misión en el mundo actual, debe permanecer muy unida a Jesucristo y no separarse de Él. Para lograrlo, debemos cuidar la calidad humana, física y espiritual, de nuestra vida personal, para ser apostólicamente fecundos. Necesitamos tomar en serio la dinámica de la renovación de la Iglesia y, para ello, reemprender cotidianamente la lucha por ser santos. La Jornada Mundial de Oración para la santificación del Clero constituye, también, una invitación a tomar en serio el compromiso bautismal de la santidad propia y de todo el Pueblo, de tal modo que se hagan efectivos los sentimientos del Corazón de Cristo: Maestro y Pastor.

¡Omnia in Caritate! ¡Que todo sea hecho en Caridad, en y por Dios!

Vuestro siempre

+ J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha 10 de mayo de 2012, el Sr. Obispo de Ourense, Monseñor D. Leonardo Lemos Montanet, ha tenido a bien nombrar al M.I. Sr. D. Ramiro González Cougil, Canónigo de la S.I. Catedral-Basílica, ***Canónigo Penitenciario*** de la misma.

Con fecha 28 de mayo, ha nombrado como nuevos **miembros del Consejo Episcopal** a los Ilmos. Srs. D. José Ángel Feijóo Mirón y D. José Antonio Gil Sousa.

Con fecha 30 de mayo de 2012, ha tenido a bien nombrar al Ilmo. Sr. D. Manuel Emilio Rodríguez Álvarez, **Canciller-Secretario** del Obispado de Ourense.

INSTITUTO TEOLÓGICO “DIVINO MAESTRO”

Conferencia del Excmo. y Rvdm. Sr. D. Julián Barrio Barrio, Arzobispo de Santiago de Compostela, sobre la Figura de San Juan de Ávila, en la fiesta de San Juan de Ávila el 9 de mayo de 2012

He de referirme, en primer lugar, a estas claves que nos pueden ayudar a interpretar la situación en que nos encontramos. Así, “cuanto más retrasamos el enfrentarnos con el obstáculo que hay en el camino, más crecen las dificultades y más pequeños nos hacemos porque cuanto más tiempo arrastramos un problema, más pesado se nos hace. Los obstáculos hay que contemplarlos bajo una luz favorable: malgastaremos menos tiempo quejándonos por ellos y llevaremos una existencia más plena. Solo hay una manera de cambiar la sociedad y es cambiarnos a nosotros mismos. Hemos de intuir lo invisible a través de lo visible”.

San Juan de Ávila, en el siglo XVI español tan generoso en santos, brilla con luz propia e ilumina caminos de santidad. Fue un gran maestro espiritual, ejemplo de santidad sacerdotal, padre de nuestra ascética y mística, asesor de obispos, consejero de santos entre ellos Santa Teresa a quien orientó en su experiencia mística descrita en el *Libro de la vida*, San Francisco de Borja, San Juan de Dios y Fray Luís de Granada, promotor de buenos seminarios e inspirador del Concilio de Trento, un reformador de la Iglesia, particular-

mente del clero secular. Testimonió con su vida el Evangelio de Jesucristo y predicó la santidad en todos los estados de vida cristiana, destacando la sabiduría de su magisterio. En torno a él se reunió un grupo de sacerdotes inspirados en su espiritualidad y afán apostólico.

Los santos son de todos los tiempos. San Juan de Ávila es también hoy un espejo en el que podemos mirarnos a la hora de asumir el compromiso motivado y entusiasta de la nueva evangelización. La Palabra de Dios para ser evangelizadores en “una acción misionera confiada, emprendedora y creativa”, el amor a Cristo en quien se centra el programa pastoral de la Iglesia para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia, y el testimonio de la espiritualidad de comunión y de la caridad hacia los más pobres según las nuevas pobrezas, son los hilos para tejer el tapiz del Reino de Dios, llamando a la conversión religiosa, moral, intelectual y mística al hombre de nuestros días. Las catequesis, la pastoral de la educación y la cultura, la vida de oración y la práctica sacramental, la pastoral vocacional y el servicio a los pobres encuentran actualmente luz en la doctrina y vida de este santo.

Predicador y Maestro de Predicadores

Sin duda en nuestras circunstancias, la doctrina y el ejemplo de vida de San Juan de Ávila iluminan los caminos y métodos que hemos de seguir. El nuevo ardor necesario para anunciar a Jesucristo y construir la Iglesia se vigorizará viendo su celo apostólico. Es un verdadero “Maestro de evangelizadores”. La condición de predicador es un rasgo clave en su vida. El éxito de sus sermones era extraordinario. Era popular oír: “El P. Ávila predica”. Sabía tocar con su palabra a las almas. Era conocido que nunca predicó sermón que dejase de convertir almas a Dios. El secreto de esta eficacia está en la gracia; pero por lo que a la predicación del Maestro Ávila se refiere, hay que buscarla también en que esta predicación iba dirigida sin rodeos a la conciencia de las personas. Sus sermones buscaban que los oyentes se desprendieran del lastre de sus pecados y de sus aficiones desordenadas. Estaba convencido de que el negocio de la salvación de las almas más allá de cuestión de inteligencia era asunto de corazón limpio y humilde virtud. Ávila practicó de modo excelente la definición que pocos años más tarde había de dar de la predicación el clásico tratadista de la vida espiritual, el P. Alonso Rodríguez: “Predicar no es estar razonando una hora de Dios, sino que venga el otro hecho un demonio y salga hecho un ángel”.

Poseía una gran inteligencia, en la que predominaba el sentido prácti-

co sobre la pura especulación teórica. Sus amplios estudios fueron una base espléndida y segura de preparación remota para su predicación. Su conocimiento de la Teología dogmática y moral, y su preferencia por la Sagrada Escritura, sobre todo por san Pablo, le permitían preparar sus sermones con relativamente poco tiempo. Si a esto se añade la intensa vida de oración que practicaba, podremos comprender perfectamente el conocido consejo que daba a sus discípulos de insistir más en la oración que en el estudio para prepararse a predicar con fruto. “Era hombre que entendía muy mucho de oración” decía san Teresa de Ávila. La oración era la fragua donde templaba el espíritu y calentaba su palabra para predicar. “Estudiaba los sermones que predicaba, de rodillas puesto en oración, asidas ambas manos al clavo de los pies de un santo crucifijo”. Sintonizaba con el estado de los fieles y ajustaba su palabra a la necesidad sentida. Quiso siempre predicar no buscando su propio interés ni tampoco agradando a los demás: “El verdadero predicador, de tal manera tiene de tratar su palabra de Dios y sus negocios, que principalmente pretenda la gloria de Dios. Porque si anda a contentar los hombres, no acabará; sino que a cada paso trocará el Evangelio y le dará contrarios sentidos o enseñará doctrina contraria a la voluntad de Dios: hará que diga Dios lo que no quiso decir”.

“Existe una especial relación entre oración personal y predicación. Al me-

ditar la Palabra de Dios en la oración personal debe manifestarse de modo espontáneo la primacía de un testimonio de vida que hace descubrir la potencia del amor de Dios y hace persuasiva la palabra del predicador”. En este sentido, alentaba a los sacerdotes a vivir inmersos en el espíritu de oración, como amigos de Dios. A un teólogo que le pedía orientación sobre el modo de predicar le contesta: “Amar mucho a nuestro Señor”, así la palabra saldrá sola. “Las palabras son aire herido, el aire se desvanece, pero la herida, por nacer de la caridad, llegará por ella a los corazones”. Los sacerdotes “se llaman ayudadores de Dios, como dice san Pablo, no solo porque con el ejercicio de su santa palabra y administración de los santos sacramentos le ayudan a salvar las ánimas; más también son ayudadores y muy grandes en que, mediante su oración, alcanzan que la misma predicación y buenos ejercicios se hagan con fruto. Y también les alcanzan bienes y les evitan males por el medio de la sola oración... La enfermedad de la tibieza es asaz peligrosa y mucho más si es de muchos días... Los remedios particulares para este mal, en cuanto toca a la oración, me parecen los siguientes: lo primero mezclar en todas sus ocupaciones la memoria y presencia de Dios, que pues ellas son piadosas, ayudarán a acordarse de Dios. Si habla vuestra merced con su parroquiano que salga de pecado o que haga lo que debe, esté de fuera con él y de dentro con Dios, pidiéndole le dé lo que vuestra merced pide a su oveja. Si va por la calle, otro

tanto y si tuviere el ojo de la intención sencilla, que no buscare en los negocios sino a Dios, fácilmente se recogerá, sin llevar consigo las imágenes de las cosas que trató en los negocios”.

Ávila es modelo de predicador enamorado de Cristo. Su celo moldea su apostólica vivendi forma, desprendida e itinerante que le impulsa por todos los caminos con un nuevo ardor, nuevos métodos y nueva expresión. Esta forma de vida exige seguimiento evangélico radical, vida comunitaria y disponibilidad misionera. Su único equipaje era la confianza en Cristo y la misericordia divina: “Buen Pastor tenemos que nos escogió para guardarnos y de tanto tiempo”. “Alegraos, que, si alguna vez cayésedes, Buen Pastor tenéis que volverá y sacará del barranco”. El sabe que los bienes del esposo son los de la esposa, la Iglesia.

San Juan de Ávila y el sacerdocio ministerial

El amor a Cristo, siendo característica de todo cristiano, adquiere una relevancia especial en el sacerdote que “encuentra siempre, e invariablemente, la fuente de su propia identidad en Cristo Sacerdote. No es el mundo quien debe fijarle su estatuto o identidad según las necesidades o concepciones de las funciones sociales. El sacerdote está marcado con el sello del Sacerdocio de Cristo para participar en su función de único Mediador y Redentor”. El sacerdote se configura con Cristo de una forma es-

pecial por su ordenación y debe buscar imitarle tratando de poner en práctica lo que enseña y viviendo con fidelidad lo que representa. Los sacerdotes ministros, según él, son de la intrínseca razón de la Iglesia y han sido elegidos “para pastores y criadores del ganado, que lo apacienten en los pastos de ciencia y doctrina... y aunque sea con derramar sangre y dar la vida, como hizo Cristo, y dijo que este tal es el Buen Pastor”. Representan y prolongan la persona de Cristo y hablan en su nombre, de lo que se deduce que han de imitarlo. Si los sacerdotes “representamos y prolongamos su sagrada persona, y decimos las palabras en persona de Él”, de ello se sigue que “nos veremos todos enteros consagrados al Señor con el trato o tocamiento del mismo Señor”. “Y porque, Señor, conocías la dureza de nuestro corazón y cuán presto olvida el hombre los beneficios ya recibidos, encumbraste tu amor, que no tiene tasa, y ordenaste por modo admirable cómo, aunque te fueses al cielo, estuvieses acá con nosotros y esto fue dando poder a los sacerdotes para que con las palabras de la consagración te llamen y vengas tú mismo en persona a las manos de ellos... para que así seamos participantes en los bienes que con tu pasión nos ganaste”. Calificar a los sacerdotes “como ojos de la Iglesia”, “enseñadores” y “guardas de la viña” equivale a una llamada apremiante a la santidad. Según él la reforma de la clerecía consiste principalmente en la formación de jóvenes eclesiásticos en los que more el celo de Dios y la

ciencia, las virtudes y las letras, de ahí la conveniencia de abrir seminarios en todas las diócesis. Era necesario cuidar las vocaciones: “Porque el Señor sabía muy bien que el trabajo de curar almas es muy grande y que quería que antes sobrasen obreros que no faltasen, con entrañas de padre, que trae un médico y otro para sus hijos, no se contentó con elegir doce que le ayudasen a Él, más eligió otros setenta y dos que ayudasen a los doce... ¡Oh dichosas ovejas que en tiempo de tal Pastor fueron vivas, y dichosas lo serán las que cayeren en manos del prelado que imitare este celo! Él ha así lo dejó ordenado: que el Papa quedó en su lugar y los prelados suceden a los Apóstoles y los curas a los setenta y dos discípulos, como san Jerónimo dice; y estos son de la intrínseca razón de la Iglesia”.

“Para los sacerdotes, S. Juan de Ávila es un modelo actual. Las orientaciones que ha dado el Concilio Vaticano II, y posteriormente la Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis*, hallan en él el ejemplo realizado de un sacerdote santo que ha encontrado la fuente de su espiritualidad en el ejercicio de su ministerio, configurado con Cristo Sacerdote y Pastor, pobre y desprendido, casto, obediente y servidor; un sacerdote con vida de oración y honda experiencia de Dios, enamorado de la Eucaristía, fiel devoto de la Virgen, bien preparado en ciencias humanas y teológicas, conocedor de la cultura de su tiempo, estudioso y en formación permanente integral, acogedor, vivien-

do en comunión la amistad, la fraternidad sacerdotal y el trabajo apostólico; un apóstol infatigable entregado a la misión, predicador del misterio cristiano y de la conversión, padre y maestro en el sacramento de la penitencia, guía y consejero de espíritus, discernidor de carismas, animador de vocaciones sacerdotales, religiosas y laicales, innovador de métodos pastorales, preocupado por la educación de los niños y jóvenes”. En su enseñanza, se constata una actitud permanente de estrecha relación con el propio obispo: “Y pues prelados con clérigos son como padres con hijos y no señores con esclavos, prevéase el Papa los demás en criar a los clérigos como a los hijos, con aquel cuidado que pide una dignidad tan alta como han de recibir; y entonces tendrán mucha gloria en tener hijos sabios y mucho gozo y descanso en tener hijos buenos, y gozarse ha toda la Iglesia con buenos ministros... Y este es el punto principal del negocio y que toca en lo interior de él”.

El sacerdote es heraldo de la Palabra

El ministerio de la Palabra exige a los sacerdotes preparación y santidad. Este ministerio lo desempeñan en nombre de Cristo, “el principal sacerdote y fuente de nuestro sacerdocio”. En este sentido, dice: “gran dignidad es tener oficio en que se ejerció el mismo Dios, ser vicario de tal Predicador, al cual es razón imitar en la vida como en la palabra”. Exige también limpie-

za de corazón e intimidad con Cristo, pues no es razón que predique a otros el reino, el que no consiente que Cristo reine en él. El predicador ha de ser consciente que “la palabra de Dios alumbrá nuestras ignorancias, enciende nuestras tibiezas, mortifica nuestras pasiones y lo que es más admirable, resucita las almas muertas”. La predicación ha de ofrecer la inteligencia de la existencia propia bajo la luz de la fe. La comprensión ofrecida por ella no es una más, sino una palabra que es testimonio. Comprensión y testimonio son dos elementos que mutuamente se requieren para que se dé una predicación apostólica, por eso para san Juan de Ávila la predicación es vida y compromiso. Él habla de oprobio y escarnio de la predicación cuando no está avalada por la vida del predicador. Toda verdad es solo comunicada de forma auténtica cuando se realiza vitalmente en el transmisor. Predicar es hablar en el Espíritu de Cristo y en el poder de Dios.

El sacerdote hombre de Dios

El sacerdote ha de proceder siempre como hombre de Dios. El amor de Cristo sacerdote se concreta en su mirada de amor al Padre y a nosotros: “Miraos, siempre, Padre e Hijo, miraos siempre sin cesar porque así se obre mi salud”. Ávila explica así el significado del Buen Pastor: “No tenía este gran sacerdote qué ofrecer por los pecados del mundo, sino a sí mismo... somos lavados de nuestros pecados, mirados

de Dios, y agradables a Él, como sacrificio ofrecido por ese sumo Sacerdote y Pastor”. Hablar de la dignidad sacerdotal es potenciar la pureza del corazón. Si los sacerdotes de la antigua ley para entrar a sacrificar portaban en sus vestiduras muchas piedras preciosas, “toda razón demanda que lo que allí eran piedras terrenales y engendradas de la tierra, sean en nuestros sacerdotes preciosas virtudes, venidas del cielo, infundidas de Dios”.

El sacerdote hombre de los hombres

La ascesis del pastor es la del hombre cercano que se adhiere al misterio de inmolación y ora con entraña vital. Un deber ineludible es la oración por su grey: “el sacerdote tiene por oficio orar por el pueblo”. Mediador entre Dios y la grey encomendada, siempre es doble su mirada, una a la misericordia divina y otra a la miseria de los hombres. Su oración se une a la de Cristo para sumir ante el Padre las necesidades humanas. “Muchas cosas se requieren para cumplir con la obligación del oficio de cura de almas; porque, si miramos a la dignidad sacerdotal que les es aneja, conviene tener ferviente y eficaz oración y también santidad. Lo cual ha de ser con tanta más ventaja en el cura cuanto mayor y más particular obligación tiene de dar buen ejemplo a sus parroquianos, y de interceder por ellos ante el divino acatamiento de Dios, con afecto de padre y madre para con sus hijos, pues se llama padre de los parroquianos”.

En el Tratado del amor de Dios y en el Tratado sobre el sacerdocio, anticipa la doctrina de las tres miradas de la escuela francesa, respecto al sacerdote: Mirada hacia el Padre para glorificarlo, mirada hacia sí para inmolarse, mirada hacia los hombres para hacer las funciones de mediación en nombre de Cristo Cabeza. Es en el contexto de la Eucaristía de la que arranca la disponibilidad total, donde inserta la vivencia de los consejos evangélicos en el sacerdote. La castidad está relacionada con el amor a Cristo y a los hermanos que se nutren siempre en el Sacramento del Altar. La Eucaristía exige, expresa y realiza una castidad fecunda, esto es, integridad y comunicación, y el célibe ama con nueva amplitud por el Reino de los cielos. Es consciente de los males que hay en el estado eclesiástico por la falta de castidad hasta el punto que hacen cuestión dudosa “si sería bien fuesen casado por evitar el mucho mal que ahora hay”. Lamenta que muchos vivan “con una vida más sucia que los sucios del pueblo”, proclives a pasar “a la anchura luterana, viéndose obligados y apretados a guardar la limpieza de la castidad que la Iglesia les manda, cuya guarda, por su mucha pereza, les parece casi imposible”. La pobreza es otra virtud que inculcó con su testimonio. No puede tolerar que se llame “honra de Cristo a las pompas y vanidades muy propias del renacimiento. La “honra de los ministros de Cristo es seguir a su Señor, no solo en lo interior, sino también en lo exterior”. También la obediencia tiene en el sacerdote un matiz

eucarístico. La fuente de la obediencia sacerdotal la considera relacionada con la obediencia de Cristo a las palabras de consagrante. “¿Quién con tanta presteza obedece a su superior con cuanto Cristo obedece a sus sacerdotes? ¿Qué sacerdote considerando esta admirable obediencia tendría corazón para no obedecer?”. El sacerdote es ante todo ministro del sacerdocio de Cristo, anunciador del amor de Dios. De ahí que debe asimilar las disposiciones internas de Cristo, delante del Padre y delante de los hombres, tomando por libre elección el ser víctima de reconciliación. Sus escritos son toda una revelación de la alteza de sus miras, de la profundidad de sus análisis, de sus certeras aunque costosas soluciones. Con enorme realismo subraya que la suerte del pueblo cristiano depende de la suerte de sus sacerdotes.

La pobreza, el amor a los pobres y la reforma.

San Juan de Ávila encarnó en su vida la pobreza y el amor a los pobres. Fray Luís de Granada cuenta cómo celebró su primera misa en Almodóvar, diciendo que “por honrar los huesos de sus padres, quiso decir en su lugar; y por honra de la misa, en lugar de los banquetes y fiestas que en estos se suelen hacer, como persona que tenía ya más altos pensamientos, dio de comer a doce pobres, y les sirvió a la mesa y vistió y hizo con ellos otras obras de piedad”. Repartió todos sus bienes entre los pobres, se hospedaba

y vivía en casas pobres, como la que todavía se puede visitar en Montilla. A la pregunta de uno de sus familiares discípulos sobre cómo lo pasaba en Sevilla cuando comenzó a predicar y no era tan conocido como después lo fue, respondió “que moraba en unas casillas con padre sacerdote sin tener nadie que le sirviese, y cuando iba a decir misa pedía a algunos de los que allí se hallaban le ayudase a la misa. Y cuanto a la comida dijo que comía de lo que pasaba por la calle, leche, granadas y frutas, sin haber cosa que llegase al fuego; mas algunas personas devotas le hacían a veces limosnas, con que compraba lo dicho”.

Trató de imitar así el ejemplo de Cristo, que nació, vivió y murió en pobreza. Por eso no duda en señalar que como criterio de discernimiento en los candidatos al sacerdocio, y de los sacerdotes que son “padres de los pobres”, es el espíritu de pobreza. Al Concilio de Trento le pide que se renueven las cofradías o hermandades en su proyección social y que en cada pueblo exista al menos una que cuide de los pobres. Pone como ejemplo a las que tienen un hospital, como el fundado por su discípulo San Juan de Dios. “Las mismas escuelas que él fundó iban destinadas preferentemente a niños pobres, consciente de que no basta una caridad asistencial, sino que se necesita también la promocional. Mensaje y ejemplo que anima el compromiso de amor preferencial a los pobres en el que estamos empeñados”.

Incluso le costará ir a la cárcel de la Inquisición de Sevilla el haber sido acusado de que había predicado que el cielo es para los pobres y labriegos y que es imposible que los ricos se salven; que las mujeres pueden dar limosnas de sus bienes propios aun vendiendo sus propias alhajas; que era mejor dar limosnas que dejar capellanías. Tras dos años de prisión, habiendo dado las explicaciones pertinentes, es declarado inocente y puesto en libertad; eso sí, con la advertencia de que modere su lengua. Esta experiencia dolorosa le sirvió “para darle un muy particular conocimiento del misterio de Cristo y por eso tenía él por dichosa aquella prisión, pues por ella aprendió en pocos días más que en todos los años de estudio”. En una carta que escribió a sus amigos desde la prisión manifestaba estos sentimientos: “No plega a Dios que nuestra ánima en otra parte descansa ni otra vida en este mundo escoja, sino trabajar en la cruz del Señor. Aunque no sé si digo bien en llamar trabajos a los de la cruz, porque a mi me parecen que son descansos en cama florida y llena de rosas”.

Vivió implicado en la realidad que quiso transformarla. Es el predicador, escritor y consejero que vive lo que dice y arrastra con el ejemplo todavía más que con las palabras. Para el Maestro Ávila es imprescindible mirar a Cristo pobre en su nacimiento y en vida, amar a los pobres como Cristo los amó para entender y vivir la pobreza, sirviendo a Cristo en los pobres con entrañas

de misericordia. Vivió y murió pobre. “Tú, Señor, lo sabes. No me turbaron las palabras de los que de mi murmuraban, de los que mal sentían y decían de mí y de los que me contradecían, porque yo te seguí a ti, Pastor bueno, Pastor amoroso. Después que te seguí no deseé cosas de este mundo; no busqué favores de hombre ni riquezas que los hombres suelen desear, ni otra cosa que según hombre, pudiera procurarme y desear. Tú, Señor, lo sabes que te digo verdad, cuán de buena gana dejé todo lo que tenía y todo lo que pudiera tener por seguirte a ti, Señor mío, Pastor mío, Bien mío” .

Juan de Ávila se sitúa así en la línea de la radicalidad evangélica que caracterizó al movimiento de reforma de los místicos españoles del siglo XVI y que tuvo sus principales manifestaciones en los franciscanos y carmelitas descalzos. Dentro del clero secular es uno de los representantes más cualificados del movimiento de reforma, palabra que tiene una carga histórica y mágica a partir del siglo XV con adherencias comprometedoras. “Reformatio in capite et in membris” fue a partir del Concilio de Constanza la bandera enarbolada por todos los que ansiaban una reforma profunda de la Iglesia, teniendo como referencia la Iglesia de los Apóstoles, la de los mártires y aun la posterior de los grandes obispos y doctores. Fue un reformador como lo puso de relieve en el Memorial que se oyó en el aula conciliar de Trento por medio de su amigo D. Pedro Guerrero y en el tratado “Causas

y remedios de las herejías” que confía a San Francisco de Borja para que lo haga llegar al Papa Pío V. Considera que la tan deseada reforma de la Iglesia pasa por volver al espíritu de pobreza. Así lo advierte al Papa, a los Obispos, a los sacerdotes, a los religiosos y a los seglares. “Si quieren ver los Obispos la templanza grande que los concilios quieren que tengan en su casa y mesa, mírenlo por los convidados que quieren tengan en su mesa y conviden a ella: éstos son los peregrinos y los pobres... La casa de los obispos casa de cirujanos de almas ha de ser, donde se atreva a ir el desconsolado a pedir consuelo; el tentado, remedio para su tentación; el flaquito remedio para su flaqueza; y que se atreva el más pobrecito y mendigo ir a ella como casa de su propio padres”. “Conviene que los obispos no tengan camas de seda por ninguna vía, y pluguiera a Dios tuvieran espíritu para tenerlas de sarmientos y desnudas tablas, que mayor majestad cobrarán cerca de sus ovejas y en más fueran tenidos que si las tuvieran de brocados de tres altos. No traigan ropas de seda y pluguiera a Dios tuvieran espíritu para traerlas remendadas y dentro muy ásperos cilicios, que más fueran reverenciados y aun temidos sus remiendos que sus sedas. No tengan tapicerías de seda ni de Flandes; conténtense con tener en su aposento o salas retratos e imágenes que tengan que mirar y de qué se edificar los que fueren a sus casa”.

La reforma de los sacerdotes pasa por despreocuparse de los bienes tem-

porales. “Dígase que tales han de ser los que van a predicar o ser curas... No vayan cargados de subsidios temporales, porque, ocupados en esto, no podrán vacar bien al oficio de ánimas, que pide a todo el hombre y plega a Dios que abaste; y los que los envían han de proveer que tengan suficientemente de comer”. Por dar ejemplo de austeridad y vida pobre, de lo cual se seguirán otros beneficios para la Iglesia. Propone introducir reformas en el sistema benefical para dar a todos una honesta sustentación en la que no haya riquezas ni mendicidad. Son las palabras del profeta que habla desde el corazón y desde la vida. “Es cosa de admiración cuán diversamente sentimos de lo que antes sentía la Iglesia y los santos. El común parecer de ahora es que conviene ser los eclesiásticos ricos, porque pueden tener sus personas y casa autorizadas con criados, mulas, atavíos y cosas semejantes. Lo cual dicen que es cosa expediente a la honra de la Iglesia y de Cristo cuyos ministros ellos son... La honra de los ministros de Cristo es seguir a su Señor, no solo en lo interior sino también en lo exterior... No digan que con estas pompas son honrados, pues es cierto que por ellas son deshonorados y los legos ajenados de Cristo y de la Iglesia y de la virtud”.

Ante las voces de los que manifestaban que las riquezas no tenían que dificultar necesariamente el proceso de reforma, les dice: “Aunque a los eclesiásticos virtuosos las riquezas sean

ayuda para ejercitar las virtudes, más son estos tan pocos y los mal inclinados muchos y mozos libres y sin virtud, que es razón mirar a lo que más acaece, pues a estas cosas se oponen las leyes, y dar a los eclesiásticos vida sin mendicidad y riquezas, que es la más segura para los que no son perfectos y desocupación para vacar a Dios con corazón libre, señalándoles un razonable mantenimiento, de manera que ningún beneficio haya que no sea suficiente para mantenimiento mediano; y el que fuera mayor, quítenle lo que sobra y deposítense en quien seguramente esté sin que entre primero en manos del beneficiado, para gastarse en estos colegios y en obras pías de misericordia. Y lo mismo se haga de la renta de los prelados y de las fábricas; porque siendo en esto parejos, se lleva la carga por todos... Gran servicio hará a Dios quien hiciese florecer este eclesiástico árbol, que por nuestros pecados, tan seco está y desflorado el pueblo florido". Era un no a la Iglesia rica y a las desigualdades incluso en el seno de los mismos eclesiásticos.

Dada su formación universitaria, "no fue profesor ni hombre de cátedra, no se convirtió en canónigo o rico prebendado, ni siquiera será párroco afincado en lugar". Sí fue un adelantado de los tiempos. Aunque Trento dio normas en la línea señalada por él, habrá que esperar al Vaticano II, para las reformas estructurales del sistema benefical, la institución del fondo común diocesano y el nuevo estilo del sacerdote sen-

cillo y cercano a los pobres. Atento a la realidad social, denuncia los problemas que existen, llamando la atención de los gobernantes para que se preocupen de los pobres, eviten gastos superfluos y proporcionen trabajo para todos. Así lo hace en sus Advertencias necesarias para los reyes donde escribe: "El mucho gastar y el poco ganar de pocos años acá han puesto en tan estrecho a estos reinos, que cotejando la abundancia de los tiempos pasados (aunque no muy remotos) con las necesidades presentes, parece que aquel tiempo era figurado por las siete vacas gruesas de Egipto y este por las siete flacas; y mirando la diversidad de los precios de las cosas, parece otro mundo este que el pasado" (nº 13). Hace también una llamada a la laboriosidad: "El holgar es cosa muy usada en España y el usar oficio muy desestimada; y muchos quieren más mantenerse de tener tablero de juego en casa, o de cosa semejante, que de usar un oficio honesto. Porque dicen que por eso pierden el privilegio de la hidalguía y no por lo otro".

No se contenta con predicar unos criterios genéricos de amor a los pobres, sino que busca las concreciones prácticas. La sociedad que le tocó vivir del siglo XVI en Andalucía que le ofrecía un panorama de pobreza múltiple, con una gran parte de población marginada: mendigos, lisiados, prostitutas, pícaros, huérfanos además de los esclavos, los cautivos de los moros, los enfermos, los jornaleros temporales del campo y tantos otros que malvivían cercanos a

unos pocos de las clases altas. Así, funda diversas escuelas y colegios para educación de niños y jóvenes, se preocupa de la formación de los clérigos y de la reforma de la vida consagrada. Ante esto, trata de fundar Escuelas primarias, de leer y escribir, Estudios generales o Universidades (Baeza), Escuelas de Doctrinos, que las concibió como un hogar para niños recogidos. Propone al Concilio de Trento que, en cada Diócesis, se establezca un Seminario para curas y confesores y otro para predicadores. “Para los primeros, se ha de proveer que oigan gramática latina, casos de conciencia y algo de la Sagrada Escritura, no en pocos años, pues no es pequeño el oficio de medicinar almas” (MC 12). Para los segundos dice: “Cosa es de gran admiración y compasión, siendo este oficio esencial a los eclesiásticos, que es como un carácter y ejercicio propísimo de ellos, pues por él se llaman Pastores y Padres, que esté tan olvidado de ellos y echado sobre hombres ajenos, como si no les tocase. Y si alguno dijere que basta hacer curas medianamente enseñados, que declaren al pueblo el Evangelio digo que no es medicina bastante para llagas tan afistoladas como las hay”.

Si las instituciones educativas fueron las preferidas de San Juan de Ávila ya que iban a la raíz de los problemas, no por ello olvidó la fundación de hospitales que eran lugares de acogida para pobres y vagabundos más que de curación de enfermos. En este sentido, orientó a san Juan de Dios. Su preocupación fue conformarse a la misma vida de Cristo.

“En la cruz murió el Señor por las ánimas; hacienda, honra, fama y a su propia Madre dejó por cumplir con ellas; y así quien no mortificare sus intereses, honra, regalo, afecto de parientes, y no tomare la mortificación de la cruz, aunque tenga buenos deseos concebidos en su corazón, bien podrán llegar los hijos al parto, más no habrá fuerza para los parir”.

Sus iniciativas a favor de los pobres constituyen hoy un estímulo para vivir la llamada a la santidad en el camino de la pobreza y en el servicio a los pobres. Contemplar el rostro de Cristo en los pobres es “continuar una tradición de caridad que ya ha tenido muchísimas manifestaciones en los dos milenios pasados, pero que hoy quizás requiere mayor creatividad. Es la hora de una nueva imaginación de la caridad, que promueva no tanto y no solo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como una limosna humillante, sino como un compartir fraterno. Por eso tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como en su casa”.

Rasgos de la espiritualidad avilista

La configuración con Jesucristo es la raíz de la identidad sacerdotal y de la exigencia de permanente fidelidad.

Celebración diaria de la santísima Eucaristía, “no solo para cumplir un

compromiso pastoral o una exigencia de la comunidad que nos ha sido encomendada, sino por la absoluta necesidad personal que sentimos, como la respiración, como la luz para nuestra vida, como la única razón adecuada a una existencia presbiteral plena”.

La caridad pastoral que es expresión del amor de correspondencia a Dios manifestado en Jesucristo y alimentado efectivamente en la oración, entregando la vida en servicio para la salvación de los hombres.

Exigencia y ejercicio de la espiritualidad es la actitud de formación permanente en las distintas dimensiones de la vida del presbítero: humana, intelectual, comunitaria, espiritual y pastoral.

Un sacerdote al estilo de san Juan de Ávila es creativo, renovador, dispuesto a aplicar fielmente el Concilio Vaticano II como él aplicó el de Trento.

Abierto a las corrientes culturales pero con espíritu de discernimiento, en fidelidad a la Iglesia y a su Magisterio, deseando servirla con toda humildad.

El amor y la devoción a la Virgen María, verdadera madre de los sacerdotes, ejemplo de virtudes y modelo de la acción pastoral que consiste esencialmente en traer a Cristo al mundo.

Así lo percibimos en San Juan de Ávila, “maestro ejemplar por la santidad de vida y por su celo apostólico”,

que encontró la fuente de su espiritualidad en el ejercicio de su ministerio, viviendo en comunión la amistad, la fraternidad sacerdotal y el trabajo apostólico. San Juan de Ávila nos hace una llamada a la santidad y a la renovación espiritual, una llamada vibrante que nace del fuego amoroso de un santo y del celo clarividente de un reformador. “Este es el punto principal del negocio y que toca en lo interior de él; sin lo cual todo trabajo que se tome cerca de la reformación será de muy poco provecho, porque será o cerca de cosas externas o, no habiendo virtud para cumplir las interiores, no dura la dicha reformación por no tener fundamento”. Ser sacerdote es una tarea ardua, pero gratificante porque permite unir la tierra al cielo, la muerte a la vida, la historia a la eternidad. Si la vida humana está envuelta en el misterio, la vida de un sacerdote es una concentración de misterio. Es posible vivirla solamente a la sombra de la fe, envueltos a veces en el silencio de Dios. Mantengamos nuestra identidad sacerdotal a pesar de las múltiples ocupaciones en el ejercicio del ministerio. Hemos de ser en medio de la comunidad parroquial como olivos cuya rama es signo de paz y cuyo fruto es signo de misericordia. El pueblo que nos ha sido encomendado es el camino en el que Cristo manifiesta la gloria del Padre a través de nosotros. En medio de nuestro activismo y de la cultura secularizante, recordamos las palabras del Maestro Ávila: “sobre todo conviene al cura tener verdadero amor a nuestro

Señor Jesucristo, el cual le cause un tan ferviente celo. Que le coma el corazón con pena de que Dios sea ofendido y le haga procurar cómo las tales ofensas sean quitadas, y que sea honrado Dios y muy reverenciado, así en el culto divino exterior como en el interior, teniendo para con Dios corazón de hijo leal y para sus parroquianos de verdadero padre y verdadera madre”.

El epitafio que el P. Jerónimo López compuso en latín y que tradujo el P. Luis Muñoz reza así: Ávila fue mi nombre, mi camino la tierra en que pisaba peregrino. El cielo era mi patria verdadera. ¿Qué oficio ejercité? Segador era”. Con el patrocinio del Maestro Ávila rezamos: “Haz que también en nuestros días crezca la Iglesia en santidad por el celo ejemplar de sus ministros”.



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Discurso Inaugural del Cardenal Antonio M^a Rouco, en la XCIX Asamblea Plenaria de la CEE.

Lunes, 23 de abril de 2012

Queridos Hermanos Cardenales, Arzobispos y Obispos, Señor Nuncio, colaboradores de esta Casa, señoras y señores:

Reciente todavía la fiesta de la Pascua, comenzamos la nonagésimo novena Asamblea Plenaria de nuestra Conferencia Episcopal con el ánimo agradecido al Señor resucitado, que nos permite a los obispos de la Iglesia que peregrina en España encontrarnos de nuevo para su servicio y el de nuestras Iglesias diocesanas. ¡Bienvenidos todos los Hermanos!

Damos de modo especial la bienvenida al nuevo obispo de Orense, Mons. D. José Leonardo Lemos Montanet, consagrado el pasado 11 de febrero, y que nos honra con su presencia por primera vez en esta Asamblea.

Encomendamos a la misericordia de Dios a nuestros hermanos, el obispo emérito de Tenerife, Mons. D. Felipe Fernández García, fallecido el pasado Viernes Santo, 6 de abril, el obispo emérito de Tuy-Vigo, Mons. D. José

Cerviño Cerviño, fallecido el pasado miércoles, 18 de abril y el obispo emérito de Calahorra y La Calzada-Logroño, Mons. D. Ramón Búa Otero, fallecido el sábado día 21. ¡Descansen en paz!

I. El plan pastoral, la nueva evangelización y la crisis actual

1. El octavo plan pastoral de la Conferencia Episcopal

Traemos a esta Plenaria un plan pastoral para los años 2011 a 2015. Cuando termine este período de tiempo, en 2016, nuestra Conferencia Episcopal llegará, Dios mediante, a sus cincuenta años de existencia, coincidiendo más o menos con los cincuenta años de la clausura del Concilio Vaticano II, una de cuyas decisiones fue la creación de las conferencias episcopales. Sin embargo, durante los primeros casi veinte años de su vida, la Conferencia Episcopal no se dio a sí misma ningún plan pastoral, en el sentido en el que ahora entendemos normalmente esta expresión. No fue hasta 1983, cuando, con ocasión de la primera visita del beato Juan Pablo II a España, se elaboró y publicó el primero de esos planes, bajo

el título de La Visita del Papa y el servicio a la fe de nuestro pueblo. Desde entonces hemos contado con siete planes pastorales y ahora nos proponemos darnos el octavo [1].

No perdemos, pues, de vista que la Conferencia ha funcionado y podría funcionar sin estos instrumentos de trabajo. Tampoco olvidamos que los planes pastorales de la Conferencia no son algo así como un gran plan de acción para toda la Iglesia en España, ni tampoco un esbozo de plan para cada una de las diócesis. Su pretensión -como era obligado y bueno- ha sido siempre más modesta, aunque su eficacia concreta en el cumplimiento de sus objetivos propios nos haya movido una y otra vez a decidir valernos de estas útiles ayudas para el trabajo. Son ayudas, ante todo y sobre todo, para el trabajo de esta Casa, es decir, de la propia Conferencia Episcopal en sus diversos organismos. Naturalmente, lo que se hace en la Conferencia viene determinado y orientado por la Asamblea Plenaria, en la que nos juntamos todos los obispos de las Iglesias particulares de España con la finalidad de ayudarnos en el gobierno coordinado y en el mayor impulso de la acción pastoral de nuestras diócesis. Por eso, los planes pastorales han contribuido también de algún modo a que nuestras comunidades diocesanas hayan podido caminar mejor en comunión entre ellas y hayan podido tratar de responder de manera más adecuada a los diversos desafíos que los tiempos nos han ido planteando.

Teniendo bien presente el aludido sentido de los planes pastorales de la Conferencia, venimos estudiando un nuevo plan para el quinquenio 2011-2015 que deseáramos centrar en La Nueva Evangelización desde la Palabra de Dios: Por tu palabra, echaré las redes (Lc 5, 5).

En realidad, todos nuestros planes pastorales han estado orientados de uno u otro modo por el programa de la nueva evangelización, como se echa de ver ya en los mismos títulos que llevan: Anunciar a Jesucristo en nuestro mundo con obras y palabras, Impulsar una nueva evangelización, Para que el mundo crea, Proclamar el año de gracia del Señor, Una Iglesia esperanzada: ¡Mar adentro! o Yo soy el Pan de Vida: Vivir de la Eucaristía. Pero, en cada caso, se ha procurado poner un acento especial que venía determinado por algunas circunstancias más inmediatas de la vida de la Iglesia o de nuestra sociedad. Algo semejante sucede también ahora con el nuevo plan que estudiamos. ¿Por qué, pues, la nueva evangelización? Y, ¿con qué acento especial para estos años?

2. Prosiguiendo el programa de la nueva evangelización

Parece obvio que sigamos centrados en el programa de la nueva evangelización. Los motivos de su lanzamiento por el beato Juan Pablo II siguen vivos y, además, Benedicto XVI acaba de ponerlo de relieve con mucha fuerza, tanto al crear un nuevo dicasterio, al

que ha confiado de modo especial la nueva evangelización, como al convocar para el próximo mes de octubre el Sínodo de los Obispos con el propósito de ahondar en el significado y en los caminos de la nueva evangelización en orden a la transmisión de la fe.

En efecto, fue el papa beato Juan Pablo II, de venerada memoria, quien lanzó de modo explícito y reiterado el programa de la nueva evangelización. Sin embargo, los precedentes del desafío que la hacían y la hacen necesaria se encontraban ya allí donde comenzaba a fraguarse lo que el siervo de Dios, Pablo VI, calificaría como «el drama de nuestro tiempo», es decir, «la ruptura entre el Evangelio y la cultura [2] del mundo contemporáneo. Se trata de la descristianización de amplios y, a veces, decisivos sectores de la sociedad que había tenido lugar de un modo más acelerado desde comienzos del siglo XX. A ese preocupante fenómeno, respondían ya las iniciativas pontificias significadas en conocidos lemas, como el de «instaurare omnia in Christo» de San Pío X, el del «Reinado de Cristo» de Pío XI, o el de «por un mundo mejor» del siervo de Dios Pío XII.

Pero fue, sin duda ninguna, en el Concilio Vaticano II donde la Iglesia de nuestro tiempo afrontó de un modo global la renovación teológica y pastoral de todos los aspectos de su vida y de su misión, precisamente con el objetivo fundamental de capacitarse a sí misma para la evangelización de las

culturas que, por desgracia, se apartaban del Evangelio. Era el conocido aggiornamento o puesta al día que inspiró la convocatoria del Concilio por el beato Juan XXIII: «un orden nuevo se está gestando -escribía el papa en el documento de convocación- y la Iglesia tiene ante sí una tarea inmensa, como en las épocas más trágicas de la historia. Hoy se exige a la Iglesia que inyecte la fuerza perenne, vital y divina del Evangelio en las venas de la comunidad humana actual, que se gloria de los descubrimientos recientemente realizados en los campos técnico y científico, pero que sufre también los daños de un ordenamiento social que algunos han intentado restablecer prescindiendo de Dios»[3].

En los documentos conciliares, no aparece la expresión «nueva evangelización», pero bien podemos decir que el Concilio fue el instrumento que la Providencia divina dispuso para que la Iglesia articulara una gran propuesta doctrinal, apostólica y espiritual en orden a que la Noticia de Jesucristo, perennemente nueva, pudiera ser ofrecida plena, íntegra y actualizadamente a una familia humana tan sedienta de verdad, de bien, de paz, de amor, ¡de vida eterna!, en el momento histórico en el que el siglo XX declinaba y se abría a la perspectiva del año 2000 y de un nuevo milenio de historia cristiana.

A los diez años de haber concluido el Concilio y, habiendo sufrido ya los embates de una recepción del mismo

condicionada por grandes dificultades, el papa Pablo VI trazaba en la aludida exhortación pastoral postsinodal, *Evangelii nuntiandi*, una magistral descripción de la misión evangelizadora de la Iglesia poniendo a la luz de la enseñanza conciliar los nuevos problemas de la llamada liberación cultural, política, económica e incluso sexual, así como el gran problema de fondo del secularismo ateo. Afirmaba el papa que «evangelizar constituye la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la santa misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa»[4].

La expresión «nueva evangelización», como incisivo nombre de la tarea propia de la Iglesia en nuestros días, se hizo popular desde el famoso discurso pronunciado por el beato Juan Pablo II en 1983 ante la XIX Asamblea de los Episcopados de Latinoamérica (CELAM): «La conmemoración del medio milenio de la evangelización (de América) tendrá su significación plena -les decía el papa- si es un compromiso vuestro como obispos, junto con vuestro presbiterio y fieles; compromiso no de re-evangelización, pero sí de nueva evangelización»[5].

No habían pasado siete años desde aquella intervención del papa, cuando nuestra Conferencia Episcopal publi-

caba su tercer plan pastoral, que llevaba ya en el título la nueva divisa: Impulsar una nueva evangelización (1990-1993)[6].

Benedicto XVI ha retomado el programa de la nueva evangelización con un vigor especial; hasta el punto de que en 2010 crea un nuevo Pontificio Consejo al que ha dado el encargo específico de promoverla. En la carta apostólica, por la que instituye el nuevo dicasterio, después de aludir a la historia que acabamos de recordar, afirma: «Haciéndonos cargo, por tanto, de la preocupación de nuestros venerados antecesores, estimamos oportuno ofrecer respuestas adecuadas para que la Iglesia entera, dejándose regenerar por la fuerza del Espíritu Santo, se presente ante el mundo contemporáneo con un impulso misionero capaz de fomentar una nueva evangelización. Esta se dirige sobre todo a las Iglesias de antigua fundación (...). No resulta difícil vislumbrar que lo que necesitan todas las Iglesias que viven en regiones tradicionalmente cristianas es un renovado impulso misionero, expresión de una nueva apertura generosa al don de la gracia. Y es que no podemos olvidar que el primer deber será siempre el de hacernos dóciles a la labor gratuita del Espíritu del Resucitado, que acompaña a cuantos son pregoneros del Evangelio y abre el corazón a quienes escuchan. Para proclamar de manera fecunda la Palabra del Evangelio se requiere, ante todo, una experiencia profunda de Dios»[7].

3. Acentos de ahora: ocasiones eclesiales y situación social

Nuestros planes pastorales han echado siempre una mirada a la situación de la sociedad española para acertar con el destinatario de la acción evangelizadora necesaria. Pero tampoco han dejado de revisar y examinar la situación de la propia Iglesia que peregrina en España en orden a reconocer mejor cómo actuar para obtener el renovado impulso misionero, imprescindible para la nueva evangelización. Debemos continuar en esta doble tarea. Sin olvidar, con todo, que «el primer deber», del que nos habla el Papa con toda razón, es el de la buena forma apostólica de la propia comunidad eclesial; o, como esta misma Asamblea reconocía en su momento, sin olvidar que «la cuestión principal a la que la Iglesia ha de hacer frente hoy en España no se encuentra tanto en la sociedad o en la cultura ambiente como en su propio interior; es un problema de casa y no solo de fuera»[8].

En este sentido, el plan pastoral que estamos estudiando prosigue con el programa de la nueva evangelización sin perder de vista la situación por la que atraviesa nuestra sociedad, pero, ante todo, poniendo el acento en algunas oportunidades que se nos presentan en estos años como providenciales en orden a la renovación del alma de la Iglesia y, por tanto, de su vigor misionero. Son las siguientes: los frecuentes viajes del Papa que, en poco tiempo, ha

estado en España tres veces; la próxima celebración del quinto centenario del nacimiento de santa Teresa de Jesús; la reciente publicación de la versión oficial de la Sagrada Escritura y la renovación de los libros litúrgicos según la nueva traducción bíblica, así como del Misal Romano, según su tercera edición típica; y la cercana proclamación de san Juan de Ávila como doctor de la Iglesia. El quinquenio se abre con la conmemoración del quincuagésimo aniversario del comienzo del Concilio y se cerrará cuando se celebren los cincuenta años de la clausura del mismo. En torno a estos acontecimientos, cada uno de ellos ciertamente de diversa significación, podemos programar algunas acciones prioritarias con la finalidad aludida de revitalizar las fuentes de la vida cristiana en orden a la nueva evangelización. El último plan se centraba en la Eucaristía; en esta ocasión, después del Sínodo sobre la Palabra de Dios y de nuestra Instrucción pastoral *La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia*, publicada con ocasión de la aparición de la versión oficial de la Biblia, será la Palabra de Dios la que focalice el conjunto del nuevo plan.

En cuanto a la situación general de la sociedad española, a nadie se le oculta que la crisis que nos azota desde hace ya varios años es el factor más preocupante y al que hay que prestar la más cercana atención. No es nuestra misión entrar en el análisis ni en las soluciones propiamente económicas y políticas. El Plan pastoral no lo hará. Pero sí es

nuestro deber de pastores de la Iglesia ayudar al análisis cultural y moral necesario para llegar al fondo de las causas de la situación difícilísima que vivimos. Por eso, se prevé continuar la reflexión sobre la crisis y sus causas. Sin olvidar que la revitalización de la vida cristiana a la que se encamina toda nuestra actividad pastoral es la que, en realidad, permitirá comprender vitalmente que «la fe sin la caridad no da fruto y la caridad sin la fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda... que la fe y la caridad se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino», como recordaba el Papa al convocar el Año de la fe[9].

Si no se sigue el camino que hace posible la caridad, no será posible una buena solución de la crisis. Sin la caridad, es decir, sin la generosidad sincera, movida en último término por el amor de Dios y del prójimo, será imposible introducir los cambios necesarios en el estilo de vida y en las costumbres sociales y políticas que han conducido a la crisis y que seguirán amenazantes aun cuando hayan sido solucionados los problemas más graves, Dios quiera que pronto. Porque es necesario apartarse de la codicia, que da alas a la ilusoria identificación de la felicidad con la mera acumulación de bienes, a la búsqueda irresponsable del enriquecimiento rápido, así como a la cultura del endeudamiento exagerado que amenaza el presente y lastra a las generaciones jóvenes. Y este cambio, junto con otros incluso de más relieve moral, como es la con-

versión al respeto y al cuidado de cada vida humana y de su ecología familiar básica, no será realmente posible más que por el camino de la sincera generosidad, el de la caridad posibilitada por la fe. Como tampoco será posible crear un verdadero espíritu de cooperación y de concordia entre los actores políticos y sociales, condición, sin duda, indispensable para afrontar con altura de miras, valentía y espíritu de sacrificio las reformas necesarias, salvaguardando la justicia y la protección de los más débiles. Fuera del camino de la fe y de la caridad, será igualmente imposible confiar en las personas y en la sociedad, estimulando la participación y la actividad de todos mediante la aplicación decidida del principio de subsidiariedad.

Nunca exhortaremos lo suficiente a ayudar a los que sufren más duramente las consecuencias de la crisis mediante el voluntariado o la aportación económica en Cáritas y otras instituciones de asistencia y prevención. Deseo hacerlo una vez más en esta ocasión: es imprescindible la cooperación con Cáritas y damos gracias a Dios porque son cada vez más los católicos que lo comprenden así. Pero igualmente necesaria para el duradero buen orden de la vida personal y social es ante todo la nueva evangelización en toda su hondura de conversión a Dios. Porque sin fe no puede haber verdadera caridad, capaz de despejar los obstáculos para esa imprescindible libertad espiritual que da frutos abundantes de justicia, solidaridad y paz.

II. El Concilio Vaticano II y el Año de la fe

1. Para la fructífera recepción del Concilio

La coincidencia del quinquenio del nuevo plan pastoral con los cincuenta años del comienzo y de la clausura del Concilio proporciona una buena ocasión para redoblar el empeño que venimos sosteniendo en la recepción cada vez más viva y fiel de sus enseñanzas. Nuestra Asamblea Plenaria, al darle gracias a Dios por los beneficios recibidos en el siglo XX, consideraba al Concilio como una «muestra extraordinaria de la cercanía de Dios para con los hombres de nuestro tiempo, el gran instrumento de renovación de la Iglesia universal, que hunde sus raíces en la intensa vida cristiana de las décadas precedentes, el llamado despertar de la Iglesia en las almas (...) que culmina en la luminosa enseñanza del Concilio, en particular en las cuatro grandes Constituciones sobre la Liturgia, la Iglesia, la Revelación y la Misión de la Iglesia en el mundo»[10].

Más tarde, cuando se cumplieron los cuarenta años de la clausura del Concilio, en el año 2006, también tuvimos ocasión de revisar algunos aspectos problemáticos de determinadas formas doctrinales de recepción de la enseñanza conciliar que «amparándose en un Concilio que no existió, ni en la letra ni en el espíritu, han sembrado la agitación y la zozobra en el co-

razón de muchos fieles»[11]. Aquella Instrucción pastoral, de hace seis años, no ha perdido ninguna vigencia; por el contrario, sigue constituyendo un servicio de discernimiento doctrinal muy valioso para una recepción fructífera del Concilio.

A dificultades semejantes en la recepción del Vaticano II ha salido al paso desde el comienzo de su pontificado el papa Benedicto XVI, también con ocasión de los cuarenta años de la conclusión del Concilio. Hablando a la Curia romana en las primeras Navidades tras su elección, después de referirse a la descripción que hace san Basilio de la dramática situación sufrida por la Iglesia tras el Concilio de Nicea, el Papa dice que algo parecido ha sucedido de nuevo después del último Concilio. «¿Por qué -se pregunta- ha sido tan difícil hasta ahora en grandes partes de la Iglesia la recepción del Concilio? Todo depende -responde- de que sea interpretado correctamente, o como diríamos hoy, todo depende de que se haga una hermenéutica correcta del mismo. (...) Los problemas de esta recepción han nacido del hecho de que ha habido dos hermenéuticas contrarias que se han enfrentado y han batallado entre ellas. Una ha causado confusión; la otra ha dado y da buenos frutos, silenciosamente, pero cada vez más. De una parte, está la interpretación que yo denominaría hermenéutica de la discontinuidad o de la ruptura; es la que, con frecuencia, ha gozado de la simpatía de los mass-media, y también de una parte

de la teología moderna. De la otra parte, está la hermenéutica de la reforma, de la renovación en la continuidad del único sujeto que crece y se desarrolla en el tiempo, pero permaneciendo siempre el mismo, el único sujeto que es el Pueblo de Dios en camino».

«La hermenéutica de la discontinuidad -prosigue el Papa en una descripción que no tiene desperdicio- tiene el peligro de acabar estableciendo una ruptura entre la Iglesia preconiliar y la Iglesia postconiliar. Afirma que los textos del Concilio en cuanto tales no serían todavía la expresión verdadera del espíritu del Concilio. Serían más bien el resultado de compromisos que, en aras de la unanimidad, han obligado a dar un paso atrás volviendo a confirmar muchas cosas viejas que hoy son en realidad inútiles. En cambio, el verdadero espíritu del Concilio se hallaría allí donde, más allá de los compromisos, se han dado pasos hacia lo nuevo, pasos que quedan como por debajo de los textos: solo ellos representarían el verdadero espíritu del Concilio y sería necesario seguir hacia adelante partiendo de ellos y en conformidad con ellos (...). Sería necesario ir más allá de los textos con valentía. En una palabra: sería necesario seguir no los textos, sino el espíritu del Concilio. De este modo, obviamente, queda un vasto margen para la cuestión de cómo se defina propiamente ese espíritu y, en consecuencia, se concede espacio para todo tipo de imaginación extravagante. Con lo cual, queda radicalmente malin-

terpretada la naturaleza misma de un concilio, ya que, de esa forma, es considerado como una especie de asamblea constituyente, que elimina una constitución antigua y crea otra nueva».

«El Concilio Vaticano II -continúa Benedicto XVI más adelante- con su nueva definición de la relación entre la Iglesia y ciertos elementos esenciales del pensamiento moderno, ha reenfocado e incluso corregido algunas decisiones históricas, pero en medio de esa aparente discontinuidad ha mantenido e incluso profundizado la naturaleza íntima y la verdadera identidad de tales decisiones. La Iglesia es siempre la misma, tanto antes como después del Concilio: la una, santa, católica y apostólica, en camino a través del tiempo»[12].

2. Un Año de la fe, como impulso conciliar

Al convocar recientemente el Año de la fe para el próximo 11 de octubre, día del cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, el Papa vuelve a decir que la ocasión ha de ser aprovechada pastoralmente para «comprender que los textos dejados en herencia por los Padres conciliares, según las palabras del beato Juan Pablo II, “no pierden su valor ni su esplendor”. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia»[13].

Ahora bien, en orden a la consecución de este objetivo tan querido para él y para su santo predecesor, Benedicto XVI no duda en presentar una vez más a toda la Iglesia un «subsidio precioso e indispensable»: el *Catecismo de la Iglesia Católica*, de cuya publicación se cumplen veinte años en la misma fecha del comienzo del Año de la fe. El Papa presenta el Catecismo como «uno de los frutos más importantes del Concilio Vaticano», que, a su vez, resulta tan decisivo para la recepción adecuada del Concilio al posibilitar su lectura en el contexto de la gran Tradición de la Iglesia, es decir, según una hermenéutica de la continuidad o de la reforma. «En efecto, en él (en el *Catecismo*), se pone de manifiesto la riqueza de la enseñanza que la Iglesia ha recibido, custodiado y ofrecido en sus dos mil años de historia. Desde la Sagrada Escritura a los Padres de la Iglesia, de los maestros de la teología a los santos de todos los siglos, el *Catecismo* ofrece la memoria permanente de los diferentes modos en que la Iglesia ha meditado sobre la fe y ha progresado en la doctrina, para dar certeza a los creyentes en su vida de fe»[14].

Justamente es eso lo que Benedicto XVI se propone y nos propone a todos para el Año de la fe: consolidar la certeza de la fe en el Pueblo de Dios. Ojalá que acertemos a dar un decidido paso adelante en este sentido durante ese Año y en todos nuestros planes apostólicos. Porque no debemos olvidar que «el núcleo de la crisis de la Iglesia en Europa es la crisis de la fe.

Si no encontramos una respuesta para ella, si la fe no adquiere nueva vitalidad, con una convicción profunda y una fuerza real, gracias al encuentro con Jesucristo, todas las demás reformas serán ineficaces»[15].

La falsa recepción del Concilio tiene también que ver con la crisis de la fe: con la fe el Dios vivo, revelado en Jesucristo y con el misterio de la Iglesia. La vana pretensión de constituir una «nueva» Iglesia, distinta de la «preconciliar», denota una grave crisis de fe en la Iglesia. Como recuerda Benedicto XVI, ya el siervo de Dios, Pablo VI, era consciente de esta grave coyuntura cuando, a los dos años de clausurado el Concilio, con motivo de la conmemoración de los mil novecientos años del martirio de los apóstoles Pedro y Pablo, convocó un Año de la fe que concluyó con la profesión de fe del Pueblo de Dios[16].

Por todo ello, Benedicto XVI propone dos objetivos principales para el Año de la fe: la confesión de la fe en la plenitud de la verdad de sus contenidos, por un lado, y la profesión de la fe públicamente, dentro y fuera de la Iglesia, por otro lado.

Las referencias a los «contenidos de la fe» son constantes en la carta *Porta fidei*[17]. Porque «el conocimiento de los contenidos de la fe es esencial para dar el propio asentimiento, es decir, para adherirse con la inteligencia y la voluntad a lo que propone la

Iglesia»[18]. La confusión doctrinal, la desmemoria y, en definitiva, el «analfabetismo religioso»[19] tan extendido en el seno del Pueblo de Dios y, en particular, en las generaciones más jóvenes, es un serio obstáculo para la fe. Es verdad que el mero conocimiento doctrinal no es suficiente para la vida de la fe. Pero no es menos cierto que la adhesión de fe es imposible si carece de un objeto verdadero. No extraña, por eso, la urgencia de que el Papa nos pida que «el Año de la fe deberá expresar un compromiso unánime para redescubrir y estudiar los contenidos fundamentales de la fe, sintetizados sistemática y orgánicamente en el *Catecismo de la Iglesia Católica*»[20].

Compartiendo la preocupación del Papa por la recta confesión de la fe y, en particular, por que la iniciación cristiana sea íntegra y fructífera, la Conferencia Episcopal Española espera poder ofrecer al Pueblo de Dios durante el Año de la fe un nuevo catecismo para la iniciación de los niños y adolescentes. Llevará previsiblemente por título *Testigos del Señor*, y se concibe como continuación del catecismo *Jesús es el Señor*, que tan buenos resultados está dando cuando es utilizado como referencia básica y segura de la formación doctrinal en la catequesis de los niños que se preparan para recibir la primera comunión.

Junto a la confesión de la fe, la profesión pública de la misma. «El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado... La fe, precisamente

porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree... de anunciar a todos sin temor la propia fe»[21]. La expresión pública de la fe y, en particular, de su dimensión comunitaria en el seno de la Iglesia, sujeto primordial del creer, se realiza en la celebración de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía. Pero también se ha de dar esa expresión de la fe en el apostolado y en la misión, teniendo siempre en cuenta que quienes no creen, pero buscan con sinceridad «el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo», se hallan ya en los preámbulos de la misma fe[22].

Quiera Dios que, con la modesta pero eficaz ayuda del nuevo plan pastoral y con el impulso del Año de la fe, que celebraremos con todo empeño en nuestras diócesis, se consolide la certeza de la fe en nuestro Pueblo y crezca en todos la alegría que ella produce. Lo necesita la Iglesia, lo reclama el servicio a la sociedad y, en especial, a los más necesitados de apoyo espiritual y material.

Deseo a todos los Hermanos unos días de encuentro y de trabajo serenos y fructíferos, bajo la mirada maternal de María, Madre de la Iglesia.

Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio María Rouco Varela

Cardenal Arzobispo de Madrid; Presidente de la Conferencia Episcopal Española

NOTAS:

- [1] Los cinco primeros planes fueron La visita del Papa y el servicio de la fe de nuestro pueblo (1983-1986), Anunciar a Jesucristo en nuestro mundo con obras y palabras (1987-1990), Impulsar una nueva evangelización (1990-1993), Para que el mundo crea (1994-1997) y Proclamar el año de gracia del Señor (1997-2000). Esos cinco planes constituyen un ciclo de unos diecisiete años que se cierra con el Gran Jubileo del Año 2000, al que sigue un año de revisión del camino recorrido hasta ese momento. Los otros dos, Una Iglesia esperanzada, ¡Mar adentro! (2002-2005) y Yo soy el Pan de Vida, Vivir de la Eucaristía (2006-2010) cubrieron el primer decenio del nuevo siglo, coincidiendo el último prácticamente con los primeros años del pontificado de Benedicto XVI.
- [2] Pablo VI, exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 20. Con referencia explícita más adelante, en 55, al conocido título de H. de Lubac, El drama del humanismo ateo (1945).
- [3] Beato Juan XXIII, *Constitución Apostólica por la que se convoca el Concilio Vaticano II* (25. XII.1961), en: Concilio Ecuménico Vaticano II, Constituciones-Decretos-Declaraciones, edición bilingüe patrocinada por la Conferencia Episcopal Española, BAC, Madrid 1993, 1068.
- [4] Pablo VI, exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 14.
- [5] Juan Pablo II, *Discurso a la Asamblea General del CELAM* (Puerto Príncipe, 9.III.1983). Cf. *Ecclesia* 2119 (26.III.1983) 13-15, 15.
- [6] En el segundo plan pastoral, Anunciar a Jesucristo con obras y palabras (1987-1990), la expresión «nueva evangelización» aparecía solo de pasada (nº 18), aunque, como queda dicho más arriba, su enfoque y su temática respondían ya a lo que la palabra indica; cf. Boletín Oficial de la Conferencia Episcopal Española 14 (1987) 67-82. El término exacto habría sido empleado por primera vez en el documento de la Comisión Episcopal del Clero titulado Sacerdotes para evangelizar. Reflexiones sobre la vida apostólica de los presbíteros (2 de febrero de 1987): «hay que impulsar una nueva evangelización» (nº 4).
- [7] Benedicto XVI, carta apostólica “motu proprio” *Ubicumque et semper* (21.IX.2010), cf. *Ecclesia* 3542 (30.X.2010) 31-33, 32s.
- [8] LXXVII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, *Una Iglesia esperanzada: «¡Mar adentro!»* (Lc 5, 4). Plan Pastoral 2002-2005, nº 10. Cf. Boletín Oficial de la Conferencia Episcopal Española 16 (2002) 16.
- [9] Benedicto XVI, carta apostólica “motu proprio” *Porta fidei* (11.11.2011) 14. Cf. *Ecclesia* 3595 (5.XI.2011) 24-29.
- [10] LXXXIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, *La fidelidad de Dios dura siempre. Mirada de fe al siglo XX* (26.XI.1999), n1 5. Cf. Boletín Oficial de la Conferencia Episcopal Española 16 (1999) 100-106.
- [11] LXXXVI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, *Teología y secularización en España, a los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II* (30.III.2006), n1 2. Cf. Boletín Oficial de la Conferencia Episcopal Española 20 (2006) 31-51.
- [12] Benedicto XVI, *Discurso a la Curia romana*, del 22 de diciembre de 2005. Cf. *Ecclesia* 3290 (31.XII.2005) 30-36, 33 y 35.
- [13] Benedicto XVI, carta apostólica “motu proprio” *Porta fidei* (11.X.2011), nº 5. La cita de Juan Pablo II es de la carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6.01.2001).
- [14] Benedicto XVI, carta apostólica “motu proprio” *Porta fidei* (11.X.2011), nº 11.

- [15] Benedicto XVI, *Discurso a la Curia romana*, el 22 de diciembre de 2011.
- [16] Cf. Benedicto XVI, carta apostólica “motu proprio” *Porta fidei* (11.X.2011), nº 4.
- [17] Cf. números 2, 4, 9, 10 (cuatro veces) y 11.
- [18] Benedicto XVI, carta apostólica “motu proprio” *Porta fidei* (11.X.2011), nº 10.
- [19] Benedicto XVI, Homilía en la Misa crismal (5.IV.2012), cf. *Ecclesia* 3618-19 (14/21.IV.2012), 38.
- [20] Benedicto XVI, carta apostólica “motu proprio” *Porta fidei* (11.X.2011), nº 11.
- [21] Benedicto XVI, carta apostólica “motu proprio” *Porta fidei* (11.X.2011), nº 10.
- [22] Cf. *ibid.*

Palabras de Salutación de Mons. Renzo Fratini, a la XCIX Asamblea Plenaria

Eminentísimo Señor Cardenal Presidente, Eminentísimos Señores Cardenales, Excelentísimos Señores Arzobispos y Obispos, Señoras y Señores:

Me es muy grato encontrarme en estos momentos con todos ustedes al inicio de la presente noventa y nueve Asamblea plenaria, y agradezco la apreciada invitación presentada, signo de comunión con el Santo Padre, Benedicto XVI, a quien tengo el honor de representar en España.

Entre los temas, dispuestos para su estudio, me congratula la atención que prestarán, de forma particular, en la aprobación de dos documentos que se refieren a temas nucleares para la vida cristiana: En especial, esta Asamblea vuelve con solicitud su atención pastoral a la familia y a las vocaciones sacerdotales.

Sí, es necesario proponer a todos la verdad del amor humano y orientar,

con claros argumentos, la vía de algunas soluciones a la causa de los problemas que se plantean desde una antropología intrascendente, enseñando cuales son los puntos para una educación en el don de sí mismo, del cual es capaz el ser humano, particularmente cuando es elevado y ayudado por la divina gracia. Estamos convencidos del deber de apoyar y ayudar a esta primera célula de la sociedad, donde se acoge la vida y se fortalece a la persona.

Asimismo ustedes decidirán entorno a un documento sobre las vocaciones sacerdotales. Se necesita vitalmente, como tantas veces nos recuerda el Santo Padre, impulsarlas. Sabemos que este impulso, en el don gozoso y alegre de sí mismo, brota de la generosidad de un corazón que ama a Jesucristo, pero debe ser favorecido, sobre todo, mediante el fomento de una vida cristiana auténtica y ferviente. Sin este compromiso, difícilmente habrá nuevas vocaciones.

Por parte de los sacerdotes, el vivir la comunión, llevar una vida coherente, ser hombres de oración, mantener una actitud de servicio, cultivar una verdadera amistad con Jesucristo ha sido siempre la forma como han atraído a otros, dando a entender la belleza de una vida totalmente entregada. Por eso, junto con el documento que someterán a su aprobación, me alegro de que, de cara a ultimar los preparativos, se publique pronto, por decisión de esta Asamblea, un Mensaje con motivo de la Declaración del Doctorado de San Juan de Ávila por parte de Su Santidad, Benedicto XVI. Esta próxima proclamación será sin duda un gran bien para toda la Iglesia. S. Juan de Ávila será siempre maestro espiritual para todos y muy particularmente para los sacerdotes, los cuales están llamados a dar testimonio de decisión total por Cristo en una vida auténtica, animada de celo apostólico, con el empleo de toda ciencia para dar a conocer y amar a Jesús.

Sin duda, y por último, las reflexiones pastorales de estos días, inspira-

das en el amor a Cristo y a la Iglesia, contribuirán a subrayar la importancia de la nueva evangelización, tema del próximo Sínodo de los Obispos; nueva en el sentido de un renovado espíritu y entusiasmo por difundir el mensaje del Evangelio. Ya lo manifestaba así el Santo Padre, Benedicto XVI, en una carta dirigida al Cardenal Poupard “hay una gran necesidad en toda la Iglesia de redescubrir el gozo de la evangelización para llegar a ser una comunidad inspirada con celo misionero” (Benedicto XVI, *Carta al Cardenal Poupard*, 15/11/06). Ese celo brota cuando se busca la autenticidad.

Aseguro a todos ustedes, Señores Obispos, mi oración por sus trabajos, encomendándolos muy particularmente al Corazón Inmaculado de María, que tanto cuida a la Iglesia que peregrina en España.

Muchas gracias.

*Mons. Renzo Fratini,
Nuncio Apostólico*

Mensaje con motivo de la Declaración de San Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia Universal

“Sepan todos que nuestro Dios es Amor”

Queridos hermanos:

El Papa Benedicto XVI proclama-

rá próximamente a San Juan de Ávila Doctor de la Iglesia Universal. Así lo anunció en la memorable Jornada Mundial de la Juventud, celebrada en Madrid, donde nos invitó a “volver la mirada” hacia el Santo y a perse-

verar en la misma fe de la que él fue Maestro.

Pero, ¿quién es San Juan de Ávila?, ¿cuál es la actualidad de su vida y de su mensaje?, ¿qué significa que vaya a ser proclamado Doctor de la Iglesia?

Rasgos biográficos

Messor eram (Fui segador). El epitafio que aparece en su sepulcro refleja a la perfección quién fue San Juan de Ávila: un predicador que siempre ponía en el centro de su mensaje a Cristo Crucificado y que buscaba con sus palabras, sencillas y profundas, tocar el corazón y mover a la conversión de quien le estaba escuchando.

Juan de Ávila nació en 1499 ó 1500 en Almodóvar del Campo (Ciudad Real), donde creció y se formó en un ambiente cristiano. Estudió Leyes en la Universidad de Salamanca y Artes y Teología en la de Alcalá. Fue ordenado sacerdote en 1526. Celebró su primera misa solemne en su pueblo natal y lo festejó invitando a los pobres a su mesa y repartiendo entre ellos su cuantiosa herencia.

Cuando estaba a punto de embarcar para irse a América, el Arzobispo de Sevilla cambió sus planes. Este quedó encantando con su actividad evangelizadora y le pidió que se quedase a ejercer el ministerio en España. Juan de Ávila recorrió pueblos y ciudades de Andalucía, La Mancha y Extremadura.

Residió en Granada, donde ya figura con el título de Maestro; y permaneció durante los últimos quince años de su vida en Córdoba, diócesis de la que fue presbítero. Murió en Montilla, el 10 de mayo de 1569. Allí se veneran sus reliquias en el Santuario que lleva su nombre.

San Juan de Ávila fue un gran conocedor de la Sagrada Escritura. Sobre él se decía que si, por desgracia, la Biblia se llegara a perder, él solo la restituiría a la Iglesia, porque se la sabía de memoria. Y fue también un gran escritor. Entre sus libros principales se encuentra el tratado de vida espiritual *Audi, filia*, que comenzó a escribir cuando estuvo recluido en la cárcel inquisitorial de Sevilla, debido a acusaciones infundadas de las que salió completamente absuelto. Además, entre otras obras, escribió el *Tratado del amor de Dios*, el *Tratado sobre el Sacerdocio*, la *Doctrina Cristiana* (un Catecismo que podría ser recitado y cantado), dos importantes *Memoriales* que tuvieron notoria influencia en el Concilio de Trento, las *Advertencias al Concilio de Toledo*, numerosos Sermones, Pláticas espirituales y un espléndido Epistolario.

Originalidad y actualidad de un Maestro

La originalidad del Maestro Ávila se halla en su constante referencia a la Palabra de Dios; en su consistente y actualizado saber teológico; en la seguridad de su enseñanza y en el cabal

conocimiento de los Padres, de los santos y de los grandes teólogos. Gozó del particular carisma de sabiduría, fruto del Espíritu Santo, y convencido de la llamada a la santidad de todos los fieles del pueblo de Dios, promovió las distintas vocaciones en la Iglesia: laicales, a la vida consagrada y al sacerdocio.

Desprendido, generoso y, sobre todo, enamorado de Dios, vivió desposeído de los bienes materiales, pero con el corazón lleno de fe y de entusiasmo evangelizador, dedicado por entero a la oración, al estudio, a la predicación y a la formación de los pastores del pueblo de Dios. Para ello fundó una quincena de colegios, precedentes de los actuales Seminarios, y la universidad de Baeza (Jaén).

En sus discípulos, dejó una profunda huella por su amor al sacerdocio y su entrega total y desinteresada al servicio de la Iglesia. Centrado en el que él llamaba “el beneficio de Cristo”, podemos calificarlo como el Doctor del amor de Dios a los hombres en Cristo Jesús; el maestro y el místico del beneficio de la redención. Estas son sus palabras: “Grande misericordia y grande favor fue sacarnos de las miserias y del captiverio en que estábamos, y sacarnos para hacernos no siervos, sino hijos”.

Fue Maestro y testigo de vida cristiana; contemporáneo de un buen número de santos que encontraron en él amistad, consejo y acompañamiento espiritual como, por ejemplo, San Ig-

nacio de Loyola, San Juan de Dios, San Francisco de Borja, San Juan de Ribera, San Juan de la Cruz, San Pedro de Alcántara, Santo Tomás de Villanueva, o la misma Santa Teresa de Jesús.

Otro español, Doctor de la Iglesia

Un Doctor de la Iglesia es quien ha estudiado y contemplado con singular clarividencia los misterios de la fe, es capaz de exponerlos a los fieles de tal modo que les sirvan de guía en su formación y en su vida espiritual, y ha vivido de forma coherente con su enseñanza.

Hasta el momento, los Doctores de la Iglesia son 33. Entre ellos, se encuentran otros tres españoles: San Isidoro de Sevilla, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús.

San Juan de Ávila fue declarado patrono del clero secular de España en 1946 por Pío XII y canonizado en 1970 por Pablo VI.

Peregrinación a Roma y celebraciones en España

Invitamos a todo el pueblo de Dios a participar en los actos que tendrán lugar en Roma, con motivo del gran acontecimiento que supondrá la proclamación de San Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia Universal. Se anunciará cómo hacerlo cuando el Papa decida la fecha de los actos. También en España se organizarán celebraciones oportunamente.

En <http://sanjuandeavila.conferenciaepiscopal.es> se puede obtener información sobre su figura y sobre las actividades previstas con motivo de su doctorado.

El testimonio de fe del Santo Maestro sigue vivo y su voz se alza potente, humilde y actualísima ahora, en este momento crucial en que nos apremia la urgencia de una nueva evangelización. Porque pasan los tiempos, pero los verdaderos creyentes como él son siempre contemporáneos.

Concluimos haciendo nuestra la súplica de San Juan de Ávila en una de sus cartas (n.21) y pidiendo al Señor que el Doctor del amor de Dios nos ayude a acrecentar este amor y a fortalecer nuestra fe:

“La fe es sosiego del corazón. / No hay cosa que tanto os conviene tener / para llegar al fin de la jornada en que Dios os puso / como de corazón confiar en Él”.

Madrid, 27 de abril de 2012.

Nota de prensa final de la XCIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española

Viernes, 27 de Abril de 2012

Los obispos españoles han celebrado, del lunes 23 al viernes 27 de abril, la XCIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

Han participado 75 de los 76 obispos que hay actualmente en activo: 2 cardenales, 13 arzobispos más el Ordinario castrense, 53 diocesanos y 7 auxiliares. También han asistido varios obispos eméritos. No ha podido estar presente el Obispo de Girona, Mons. D. Francesc Pardo Artigas, quien representa a la CEE en el VII Congreso Mundial de Pastoral del Turismo que

se celebra en Cancún (México) del 23 al 27 de abril. El Obispo de Orense, Mons. D. José Leonardo Lemos Montanet, ha participado por primera vez tras su ordenación episcopal el pasado 11 de febrero. El prelado ha quedado adscrito a la Subcomisión Episcopal de Catequesis.

La Asamblea ha tenido un recuerdo especial para los tres obispos fallecidos desde la última Plenaria. El 6 de abril falleció el Obispo emérito de Tenerife, Mons. D. Felipe Fernández García; el 18 de abril, el Obispo emérito de Tui-Vigo, Mons. D. José Cerviño Cerviño; y el pasado sábado, 21 de abril, el emérito de Calahorra y La Calzada-Logroño, Mons. D. Ramón Búa Otero. Asimismo,

mo, durante la reunión de la Asamblea Plenaria, los obispos han tenido noticia del fallecimiento de Mons. D. José M^a Eguaras Iriarte, presbítero, Canónigo de la Catedral de Málaga, que fue Vicesecretario para Asuntos Generales de la CEE, desde su constitución en 1966 hasta el año 1993, en que se jubiló. La Asamblea le ha recordado con gratitud y el Cardenal Rouco ha enviado una carta de pésame al Obispo de Málaga en nombre de los obispos miembros de la Conferencia Episcopal Española.

Discurso inaugural del Cardenal Rouco

El Arzobispo de Madrid y Presidente de la CEE, Cardenal Antonio M^a Rouco Varela, adelantó en el discurso inaugural las líneas centrales del nuevo Plan Pastoral, el octavo en la historia de la CEE. Este Plan Pastoral se aprueba en el contexto de la “Nueva Evangelización” y del Año de la Fe, anunciado por Benedicto XVI y que comenzará el próximo 11 de octubre.

La coincidencia del quinquenio del nuevo Plan Pastoral con los cincuenta años del comienzo y de la clausura del Concilio Vaticano II proporciona una buena ocasión –tal y como subrayó el Cardenal Rouco - para “redoblar el empeño que venimos sosteniendo en la recepción cada vez más viva y fiel de sus enseñanzas”.

El Cardenal Rouco Varela también se refirió en su discurso a la situación

social que estamos atravesando y afirmó que “es nuestro deber ayudar al análisis cultural y moral necesario para llegar al fondo de las causas de la situación difícilísima que vivimos”. En este sentido, advirtió que “si no se sigue el camino que hace posible la caridad no será posible una buena solución de la crisis” y que “sin fe no puede haber verdadera caridad, capaz de despejar los obstáculos para esa imprescindible libertad espiritual que da frutos abundantes de justicia, solidaridad y paz”.

Los obispos se han hecho eco en la Asamblea de estas palabras del Cardenal y han reconocido expresamente el gran trabajo que, en particular en esta difícil coyuntura, se viene haciendo en las Cáritas parroquiales, diocesanas y Federación Española, así como el empeño de solidaridad cristiana de otras instituciones católicas y de los fieles. Los obispos apelan a seguir en la práctica de la comunicación cristiana de bienes para seguir ayudando espiritual y materialmente a las personas más afectadas por la crisis.

Saludo del Nuncio

El Nuncio de Su Santidad en España, Mons. D. Renzo Fratini, en su saludo a la Plenaria, resaltó la importancia de distintos temas que ha abordado la Asamblea estos días. Mons. Fratini manifestó su alegría por la próxima Declaración del Doctorado de san Juan de Ávila que será “sin duda un gran bien para toda la Iglesia”.

Nuevos Leccionarios para el Año Litúrgico 2012-2013

La Asamblea Plenaria ha aprobado los Leccionarios básicos que se usarán el próximo Año Litúrgico 2012-2013 en la celebración de la Santa Misa. Estos nuevos leccionarios incorporan el texto de la Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española. Se trata del Leccionario dominical y festivo del Ciclo C (III), el Leccionario ferial para los años impares (IV impar) y el Leccionario para las ferias de Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua (VII). También se ha aprobado la nueva traducción de los Praenotanda, que se incluyen en todos los Leccionarios. Todo ha de recibir ahora la recognitio de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos.

Plan Pastoral de la CEE

Los obispos han aprobado el Plan Pastoral de la CEE que lleva por título, “La nueva evangelización desde la Palabra de Dios. Por tu Palabra, echaré las redes (Lc 5,5)”, que tendrá vigencia hasta el año 2015.

El nuevo Plan Pastoral está inspirado por las recientes visitas del Papa Benedicto XVI a España. De hecho, los obispos decidieron aplazar su redacción con el fin de incluir las enseñanzas que el Santo Padre impartió durante la Jornada Mundial de la Juventud Madrid 2011. Otros acontecimientos que han estado presentes en la redacción

del Plan son la anunciada proclamación de san Juan Ávila como Doctor de la Iglesia; la próxima celebración del quinto centenario del nacimiento de santa Teresa de Jesús; y la publicación de la Sagrada Biblia. Versión oficial de la CEE.

El Plan Pastoral se desarrolla dentro del período en el que conmemoraremos el 50º aniversario de la apertura y de la clausura del Concilio Vaticano II. El Año de la fe, convocado por Benedicto XVI, será ocasión propicia para volver sobre el Concilio. Por ello, el Plan prevé que en los próximos años se vuelva a impulsar la recepción de la herencia conciliar, mostrando la riqueza de los textos conciliares en continuidad con la Tradición viva de la Iglesia. En este sentido, el Plan Pastoral recoge como acción culminante del quinquenio la celebración, en el año 2015, de un Congreso que conmemore el 50º aniversario del Concilio.

En el contexto del mencionado Año de la Fe, el Plan Pastoral recuerda, con palabras del Papa Benedicto XVI, que “por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor con el perdón de sus perseguidores”. La Iglesia que peregrina en España ha sido agraciada con un gran número de estos testigos privilegiados del Señor y en particular se destaca en el texto del Plan Pastoral a los mártires del siglo XX que son

grandes intercesores y “un estímulo muy valioso para una profesión de fe íntegra y valerosa”. Unos mil de ellos ya han sido canonizados o beatificados y otro buen número será beatificado próximamente. En concreto, el Plan recoge como otra de sus acciones la preparación y celebración, en Octubre de 2013, de una ceremonia de beatificación de mártires del siglo XX en España. El lugar en el que se realizará se decidirá oportunamente.

El texto del Plan Pastoral, que ahora ha sido aprobado, se hará público una vez introducidas las aportaciones que los obispos han hecho en esta Asamblea Plenaria.

Mensaje sobre el Doctorado de San Juan de Ávila

La Plenaria ha aprobado un breve Mensaje, dirigido a todo el pueblo de Dios, con motivo de la próxima proclamación de San Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia Universal. En el texto, se explica qué es un Doctor de la Iglesia, se presentan los rasgos fundamentales de la vida y obra del Maestro Ávila, y se invita a peregrinar a Roma para asistir a la celebración de su proclamación como Doctor de la Iglesia. Se adjunta el texto íntegro del Mensaje.

Con el mismo motivo, la Asamblea ha aprobado también un Comunicado más amplio, que se publicará próximamente.

Congreso de Pastoral Juvenil en Valencia

Los obispos han conocido los últimos preparativos para la celebración de un Congreso Nacional de Pastoral Juvenil, que estaba incluido en el anterior Plan Pastoral de la CEE y que decidió aplazarse hasta después de la JMJ Madrid 2011. Está dirigido a agentes de pastoral juvenil, lleva por lema También vosotros daréis testimonio (Jn 15, 27) y se celebrará en Valencia del 1 al 4 de noviembre de 2012.

Otros documentos de la CEE

La Plenaria ha aprobado los documentos “La verdad del amor humano. Orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar”, que ha presentado la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar y “Vocaciones sacerdotales para el siglo XXI”, que ha presentado la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades. Estos textos tendrán la autoría de la Asamblea Plenaria, pero pasarán a la próxima reunión de la Comisión Permanente, quien dará su aprobación a las últimas redacciones hechas con las aportaciones que los obispos han realizado en estos días.

Otros temas del orden del día

En la Asamblea se ha informado también sobre diversos asuntos de seguimiento y sobre las actividades de las distintas Comisiones Episcopales.

Además, se han aprobado las intenciones de la CEE para el Apostolado de la Oración para 2013.

Por otra parte, se ha erigido canónicamente y se han aprobado los estatutos

de las Fundaciones privadas “Fundación Educativa Escolapias”, “Fundación Escolapias Montal” y “Fundació Escolàpies”. Y se ha aprobado la modificación de los estatutos del Movimiento Familiar Cristiano y de Manos Unidas.

Busquemos el bien de todos
Mensaje con motivo de la festividad del Corpus Christi
Domingo, 10 de junio de 2012.

Celebramos la solemnidad del Corpus Christi y, en ella, el Día de la Caridad ya que el Cuerpo entregado y la Sangre derramada del Señor constituyen para nosotros a través de la historia, el mismo y único sacrificio redentor de Jesucristo, que es la manifestación mayor de su amor a los hombres.

En la Eucaristía, *«la unión con el Señor nos lleva al mismo tiempo a la unión con los demás a los que él se entrega»*[1] y *«nos hace testigos de la compasión de Dios» por cada hermano y hermana*[2] que sufre. Por eso, al contemplar en esta festividad el misterio de la vida entregada por amor, que es la Eucaristía, nuestra mirada y nuestro corazón de pastores se dirigen a todos los hermanos que sufren cualquier necesidad en su cuerpo y en su alma. Para todos ellos tuvo Jesucristo gestos de atención y de ayuda. En estos años, se hacen más perceptibles las carencias personales a causa de la crisis que estamos sufriendo. De una forma u otra todos tene-

mos presente el drama de la pobreza, el hambre y la exclusión social. A las víctimas de estas situaciones, queremos ofrecer la entrega solidaria y el mensaje de esperanza que nacen del amor de Dios. Él es la fuente de la caridad fraterna. Queremos también manifestar nuestro agradecimiento sincero a todos los que ponen sus bienes, su tiempo y su esfuerzo al servicio de los pobres, de los marginados y de los más desposeídos. Agradecemos, también, las oraciones de quienes encomiendan a Dios los hermanos que sufren necesidad, para que les fortalezca en los trances difíciles.

Somos conscientes, además, de que el mandamiento del amor al prójimo no se reduce a la atención de los más pobres y desposeídos, sino que se refiere a todos los hombres y mujeres. Por ello, sentimos la responsabilidad de orar, también, por quienes causan estos desórdenes y por quienes los consenten con su actitud pasiva desde

puestos de responsabilidad. Pedimos al Señor que les ayude a tomar conciencia de su error y les conceda luz y fuerza para superarlo.

La pobreza y la exclusión social crecen entre nosotros de manera alarmante

Los efectos de la crisis[3] están afectando de manera dramática a un número creciente de personas. Baste recordar algunos de los datos que nos ha dado Cáritas Española en el último informe sobre exclusión y desarrollo social en España durante los últimos cuatro

años[4]. La tasa de desempleo en España durante el año 2011 fue la más alta de todos los países de la Unión Europea, alcanzando niveles insostenibles del 23% de la población activa, y situando al 49% de los jóvenes sin acceso al trabajo. Uno de cada cuatro españoles está en situación de riesgo de pobreza y exclusión social, consecuencia, en muchos casos, de la pérdida de la vivienda y del trabajo. El número de hogares con todos sus componentes activos en paro ha alcanzado la cifra de 1.425.000, y de ellos 580.000 tampoco reciben ingresos de prestaciones sociales. Por otra parte, la precariedad laboral está generando un sentimiento de temor a perder el trabajo. El Papa Benedicto XVI, reflexionando sobre este problema dice: *“El estar sin trabajo mucho tiempo, o la dependencia prolongada de la asistencia pública o privada, mina la libertad y la creatividad*

de la persona y sus relaciones familiares y sociales, con graves daños en el plano psicológico y espiritual”. [5] Consiguientemente una pobreza de orden material genera otra de orden espiritual. La necesidad de las personas, entonces, es mayor; y su solución más compleja y urgente; *“como consecuencia, se producen situaciones de deterioro humano y de desperdicio social”*[6].

La pobreza en sus distintas formas se ha hecho más extensa, más intensa y más crónica. Mientras tanto, estamos dando paso a una sociedad más injusta en la que la brecha entre ricos y pobres se hace cada vez más profunda, y aumenta entre nosotros más que en el resto de Estados de la Unión Europea. Ello hace que, un tercio de la población declare tener dificultades para llegar a fin de mes, mientras que otros servicios de lujo han aumentado sus beneficios.

Por otra parte, abriendo la mirada a la realidad mundial, no podemos olvidar que una de cada seis personas no sabe si comerá hoy[7].

La Eucaristía nos hace ser pan partido y repartido

En este contexto, en que muchos cristianos, y hombres y mujeres de buena voluntad, se preguntan angustiados qué podemos hacer, nuestra mirada se dirige a Jesucristo presente en la Eucaristía. En este sacramento se manifiesta especialmente el amor de Dios que estimula en nosotros el ejercicio de la

caridad en la forma y grado que a cada uno corresponde.

Ante las necesidades ajenas, Jesucristo se conmueve y muestra su rostro compasivo. Su ejemplo nos enseña que la verdadera compasión comienza por estar solícitamente atentos a las necesidades de los otros y hacer todo lo posible por remediarlas. Cuando Dios se conmueve ante el drama social, político y religioso de su pueblo, actúa también y mueve su brazo salvador por medio de Moisés[8]. Jesucristo, con palabras y gestos, lleva a cumplimiento y plenitud la compasión operante de Dios. Y, queriendo contar con los suyos, dirá a sus discípulos «*dadles vosotros de comer*»; aunque sabe que aquello con lo que cuentan resulta insuficiente para la gran masa hambrienta y necesitada. [9] Jesucristo, en este signo eucarístico, nos muestra muy claramente que la primera obra de caridad es manifestar a las gentes la verdad de Dios, el rostro de Jesucristo[10]. De modo inseparable nos enseña a salir al paso de las necesidades materiales del prójimo. Pero, sobre todo, nos da a entender que “*el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo...*” (Jn 6, 33). Y cuando le pidieron de ese pan, Jesucristo contestó: “*Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás*” (Jn 6, 35).

En la multiplicación de los panes y los peces y en las palabras que Jesucristo dirige a quienes, por ello, querían proclamarle rey, quedan establecidas las

condiciones o intenciones fundamentales de la Caridad cristiana. La verdadera caridad mira también el alma; y, en la forma oportuna, incluye, por ello, también la intención evangelizadora. El testimonio de la entrega de sí mismo que hace Jesucristo abre el corazón a la esperanza en la vida eterna. Por eso, puede decirnos: “*el pan que yo os daré es mi carne para la vida del mundo*”. [11] “*El testimonio de la caridad de Cristo mediante obras de caridad, justicia, paz y desarrollo, forma parte de la evangelización, porque a Jesucristo que nos ama, le interesa todo el hombre*”. [12]

No olvidemos que “*para que el don no humille al otro, no solamente debo darle algo mío, sino a mí mismo; he de ser parte del don como persona*”. [13]

Jesús «*bendice*» y «*parte*», los alimentos, en clara referencia a la Eucaristía; y los discípulos fueron los encargados de repartirlos. Todos comieron y todavía sobró. La compasión de Jesús se ha traducido en partir y repartir el pan. Así, el signo de la multiplicación de los panes anticipa el verdadero milagro, el de la Eucaristía, en que Jesús se nos da a sí mismo como pan partido y repartido, como vida totalmente entregada para la vida del mundo. Lo poco, por la acción del Señor todopoderoso, ha sido más que suficiente para muchos. Y Jesús, al darnos su Cuerpo y su Sangre en la Eucaristía, no solo nos enseña a compartir el pan, sino a hacer de nuestras vidas una mediación de su amor a los más desposeídos. El Señor ha que-

rido necesitarnos para llevar la luz y la vida a los que carecen de ella; luz que nos permite conocer la verdad, y vida que, como el agua prometida por Jesús a la Samaritana, salta hasta la vida eterna.[14] No podemos olvidar que la Eucaristía nos abre al conocimiento y a la experiencia de Dios que es nuestra mayor necesidad; por tanto, la más importante obra de caridad.

No busquemos nuestro propio interés, sino el bien de todos

En momentos difíciles, tenemos la tentación de refugiarnos cada uno en nuestra seguridad y ceder al “sálvese quien pueda”, o caer en actitudes fatalistas[15]. No podemos quedarnos de brazos cruzados ante la situación de extrema necesidad que viven muchos hermanos nuestros, pensando que no podemos hacer nada con nuestras limitadas fuerzas.

«*Que nadie busque su interés, sino el del prójimo*»,[16] sabiendo que buscar el bien de todos por encima del propio implica hoy tres urgencias o llamadas que nos atrevemos a proponer. Tengamos en cuenta que el Señor, para llevar a término su plan de salvación ha querido necesitar nuestra colaboración libre y sincera.

A. Es hora de pasar de la compasión a la acción

No es posible vivir ajenos a los cinco millones y medio de hermanos nues-

tros que no tienen trabajo; a las miles de empresas abocadas a reducir plantillas o a cerrar las puertas; al millón y medio de familias con todos sus miembros en paro. Tampoco podemos ser insensibles ante algunas formas de actuar de personas e instituciones que, llamadas de un modo especial a orientar sus proyectos y acciones con justicia y transparencia no son ejemplares en el ejercicio de estos deberes.

«*Se requiere que las finanzas mismas, que han de renovar necesariamente sus estructuras y modos de funcionamiento tras su mala utilización, que ha dañado la economía real, vuelvan a ser un instrumento encaminado a producir mejor riqueza y desarrollo*»[17]. Por la misma razón, «*la gestión de la empresa no puede tener en cuenta únicamente el interés de sus propietarios, sino también el de todos los otros sujetos que contribuyen a la vida de la empresa: trabajadores, clientes, proveedores de los diversos elementos de producción, la comunidad de referencia*».

[18] Sin pretender alusiones a personas o instituciones concretas, deberemos tener muy en cuenta para la reflexión de todos los interesados que «*el desarrollo es imposible sin hombres rectos, sin operadores económicos y agentes políticos que sientan fuertemente en su conciencia la llamada al bien común*».[19]

Es tiempo de convertirnos pasando de la compasión a la acción, y asumiendo un claro compromiso en favor de los más necesitados.[20] Nuestra preocupación por los pobres y los que sufren «*debe traducirse, a todos los nive-*

les, en acciones concretas hasta alcanzar decididamente algunas reformas necesarias».[21] Debemos vencer la tentación de crear necesidades para promover principalmente el desarrollo económico. Por el contrario, ha de procurarse satisfacer necesidades de las personas para promover su desarrollo integral. Es imprescindible mirar a la persona como sujeto de desarrollo, miembro de la comunidad humana, y no como simple consumidor. Hay que lograr que las relaciones de mercado estén sujetas a las exigencias morales de reciprocidad solidaria, como demanda una justa economía social de mercado.[22]

B. Cada uno debemos asumir sinceramente nuestra responsabilidad

“Defender la verdad, proponerla con humildad y convicción y testimoniarla en la vida son formas exigentes e insustituibles de caridad”.[23] El Señor nos enseña y nos invita a hacernos cargo del otro. Hoy sigue Dios pidiéndonos que seamos responsables de nuestros hermanos.[24] Aquella pregunta con la que Dios pide cuentas a Caín sobre su hermano, es la pregunta que se nos hace a todos nosotros en este momento histórico: ¿Tú, financiero, empresario, funcionario, sindicalista, empleado..., qué has hecho de tu hermano? Y no vale responder como Caín: “¿Soy acaso guardián de mi hermano?”.[25] No vale decir: yo me ocupo de lo mío y nada tengo que ver con mi hermano, “*Al conformarse con Cristo redentor (como se nos ofrece en la Eucaristía), el hom-*

bre se percibe como criatura querida por Dios y eternamente elegida por El, llamada a la gracia y a la gloria en toda la plenitud del misterio del que se ha vuelto partícipe en Jesucristo. La configuración con Cristo y la contemplación de su rostro infunden en el cristiano un insuperable anhelo por participar en este mundo, en el ámbito de las relaciones humanas, lo que será realidad en el definitivo, ocupándose en dar de comer, de beber, de vestir, una casa, el cuidado, la acogida y la compañía al Señor que llama a la puerta (Mt 25, 35-37)”.[26]

Todos estamos llamados a compartir haciendo verdad en nuestra vida el lema de Cáritas en este año para el Día de la Caridad: «Vive sencillamente para que otros, sencillamente, puedan vivir».

C. Debemos dar cabida a la gratuidad

Esto requiere gran dosis de generosidad; por eso hacemos una última llamada a la gratuidad. Trabajemos por la justicia para que todos vean respetados sus derechos. Pero, si de verdad queremos y buscamos el bien de todos, especialmente de los más pobres, habrá que sobrepasar, muchas veces, la justicia legal con la gratuidad propia de la caridad cristiana. La debilidad de unos, la torpeza de otros y las limitaciones de todos, pronostican la presencia de los pobres a través de los tiempos haciendo necesario el ejercicio de la caridad en aras de la justicia social y del bien

común. Jesucristo ya nos advirtió que los pobres los tendríamos siempre entre nosotros. (cf. Mt 26, 11).

Nuestras decisiones y opciones en el campo económico, social y político no se deben sustentar solo «*en relaciones de derechos y deberes sino, antes y más aún, en relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión*»[27]. «*Es importante urgir una reflexión sobre los deberes que los derechos presuponen, y sin los cuales éstos se convierten en algo arbitrario*».[28] Ello supone que esta reflexión debe hacerse teniendo en cuenta la opción cristiana por los pobres y la realidad de los más débiles y desposeídos.[29]

Conclusión

Que Jesús Eucaristía, vida gratuitamente entregada para que todos vivamos, nos ayude a hacer de nuestras vidas una entrega generosa y gratuita, como don de nosotros mismos. De este modo lucharemos contra la crisis; no

nos cerraremos cada uno en nuestro propio interés, sino que buscaremos juntos lo que es mejor para todos en coherencia con la lógica del bien común y de la comunicación cristiana de bienes.

Y a cuantos sufrís de manera más viva e intensa los efectos de la crisis, queremos manifestaros nuestra cercanía y afecto; al mismo tiempo, nos ponemos a vuestra disposición para apoyaros en vuestros legítimos derechos. Deseamos ayudaros en la medida de nuestras posibilidades, y animaros a mantener la esperanza en la divina Providencia. Por ello, imploramos la ayuda del Señor, que es el único capaz de alentar esa esperanza frente a toda desesperanza.

Manifestamos, también, nuestra valoración de cuanto se hace por los pobres desde las instituciones caritativas y desde la realidad familiar, parroquial y apostólica. Animados por ello pedimos al Señor que estimule y bendiga la generosidad sincera y gratuita.

Comisión Episcopal de Pastoral Social

NOTAS:

[1] BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus caritas est*, n. 14.

[2] BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica *Sacramentum caritatis*, n. 88.

[3] Sobre ella y las múltiples dimensiones que encierra reflexionábamos ya en nuestro *Mensaje del Corpus Christi* del año 2009.

[4] Cfr Informe sobre *Exclusión y Desarrollo Social en España. Análisis y Perspectivas*, 22 de Febrero de 2012.

[5] BENEDICTO XVI, Encíclica *Caritas y Veritate*, n. 25.

[6] Id.

[7] Cfr Informe de la FAO 2010.

- [8] Cfr Ex 3, 7-10.
- [9] La mayoría de los relatos hablan de «*cinco panes y dos peces*» o «*siete panes y unos peces*» en los otros. En cualquier caso, una cantidad insuficiente para la gran masa hambrienta y necesitada: «*cinco mil hombres sin contar mujeres y niños*» «*cuatro mil hombres*», «*una multitud*».
- [10] Cf. JUAN PABLO II *Novo Millennio Ineunte*, n. 16
- [11] Cf. Jn 6, 51
- [12] BENEDICTO XVI, Encíclica *Caritas in veritate*, n. 15
- [13] BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus caritas est*, n. 34
- [14] Cf. Jn 4, 14
- [15] Cfr BENEDICTO XVI, Encíclica *Caritas in veritate*, n. 42.
- [16] 1Cor 10,24.
- [17] BENEDICTO XVI, Encíclica *Caritas in veritate*, n. 65
- [18] BENEDICTO XVI, Encíclica *Caritas in veritate*, n. 40
- [19] BENEDICTO XVI, Encíclica *Caritas in veritate*, n. 71
- [20] Cfr. JUAN PABLO II, Encíclica *Sollicitudo rei socialis*, nn.38 y 39.
- [21] Ibid n. 43.
- [22] Cfr. Declaración de los obispos de la COMECE, *El objetivo de una economía de mercado competitiva y solidaria*, 27 de octubre de 2011.
- [23] BENEDICTO XVI, Encíclica *Caritas in veritate*, n. 1
- [24] Cfr BENEDICTO XVI, Mensaje de Cuaresma 2012, «Fijémonos los unos en los otros para estímulo de la caridad y las buenas obras» (Hb 10, 24).
- [25] Gn 4, 9.
- [26] Compendio de Doctrina Social de la Iglesia n. 58
- [27] Ibid n. 5.
- [28] BENEDICTO XVI, Encíclica *Caritas in veritate*, n. 43
- [29] Cfr JUAN PABLO II, Encíclica *Sollicitudo rei socialis*, n. 42.

Mensaje de los Obispos de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar (CEAS) con motivo del “Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar”

Solemnidad de Pentecostés, 27 de mayo de 2012

El acontecimiento de Pentecostés, cuando el fuego del amor de Dios descendió sobre los Apóstoles reunidos junto a santa María, la Madre de Je-

sús, hizo posible, en el comienzo de la Iglesia, que se realizase el mandato que Jesús había dado a sus discípulos al ascender al cielo: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñán-

doles a guardar todo lo que os he mandado» (Mt 28, 19-20).

La primera evangelización comienza en aquel mismo instante. Apenas recibida la unción del Espíritu Santo, san Pedro, el primero de los Apóstoles, comienza a anunciar el mensaje de salvación y el nombre de Jesucristo, el único que salva. Desde entonces la Iglesia nunca ha interrumpido el camino de la evangelización. Cada día se celebran la Eucaristía y los demás sacramentos, se predica la Palabra de Dios y se propone la caridad y la solidaridad como camino de la justicia. Son muchos los que, a lo largo de la historia han conocido y experimentado el amor de Dios como fruto de esta evangelización. Pero hoy en día somos conscientes de que muchos de nuestros contemporáneos no encuentran en esta evangelización permanente de la Iglesia la respuesta a sus preguntas y, en ocasiones, ni siquiera se las formulan. Por eso hablamos de Nueva Evangelización que, sin interrumpir la evangelización permanente, proponga nuevos caminos para que todos tengan acceso al Evangelio.

Cuando el beato Juan Pablo II comienza a introducir el concepto de “nueva evangelización”, alaba el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés. La nueva evangelización pasa por reavivar en los apóstoles de hoy aquel impulso evangelizador de los orígenes de la Iglesia para hacer nuestra, de modo renovado, la expresión paulina: «¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Cor 9, 16).

El Concilio Vaticano II, del que en el próximo octubre celebraremos el cincuentenario de su apertura, en el decreto *Apostolicam actuositatem*, alabando la actividad apostólica de los primeros cristianos, urge a los laicos de nuestro tiempo a que el celo evangelizador no disminuya, sino que se vaya acrecentando, dada la tarea ingente que se presenta ante la Iglesia del tercer milenio. El cumplimiento de la misión de la Iglesia de anunciar el Evangelio pasa por el apostolado de todos sus miembros, que deberán realizarlo de acuerdo a su estado y siendo siempre fermento en medio del mundo¹.

Así, la nueva evangelización necesita de evangelizadores renovados, llenos del Espíritu de Dios, testigos auténticos del Evangelio que anuncian. «Cualquier proyecto de “nueva evangelización”, cualquier proyecto de anuncio y de transmisión de la fe no puede prescindir de esta necesidad: disponer de hombres y mujeres que, con la propia conducta de vida, sostengan el empeño evangelizador que viven. Precisamente esta ejemplaridad es el valor agregado que confirma la verdad de la donación, del contenido de lo que enseñan y de lo que proponen como estilo de vida. La actual emergencia educativa acrecienta la demanda de educadores que sepan ser testigos creíbles de aquellas realidades y de aquellos valores sobre los cuales es posible fundar tanto la existencia personal de cada ser humano, como los proyectos compartidos de la vida social»².

Damos gracias a Dios en este día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar por tantos queridos fieles laicos que estáis implicados en dar sentido pleno al lema de la jornada de este año: “Apóstoles para la Nueva Evangelización”. En comunión con todos los obispos, os agradecemos vuestra firmeza en la fe, vuestra constancia en el amor y vuestro afán apostólico en medio de la sociedad. Vuestra fe, vuestra caridad y vuestro compromiso con el anuncio del Evangelio se convierten en signo de la presencia amorosa de Dios en medio del mundo, ante el que debemos saber situarnos conociéndolo en profundidad, amándolo con pasión y sirviéndolo con generosidad.

A ello nos exhorta el papa, Benedicto XVI, al convocar a toda la Iglesia a redescubrir nuestra fe para encontrarnos plenamente con Jesús y, desde la plenitud de su presencia, poder anunciarlo al mundo de hoy. Nos hallamos ante una realidad nueva en la que no debemos conformarnos con la transmisión de los contenidos de la fe. Muchos de nuestros contemporáneos viven negando la fe misma, incluso muchos “miembros” del Pueblo de Dios no son consecuentes con lo que significa realmente el acto de fe.

Benedicto XVI lo expresa bellamente con el término “*Porta fidei*”: «”La puerta de la fe”» (cf. Hch 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros.

Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma. Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida»³. Cuando se inicia ese camino, tras atravesar la puerta de la fe, es cuando estamos en disposición de acoger y entender los contenidos de la fe y las consecuencias sociales, culturales y políticas que se derivan.

Una consecuencia inexcusable de nuestra fe, y, en especial en los momentos de crisis que estamos atravesando, es el testimonio de la caridad. Cuántas familias de nuestro entorno sufren hoy el zarpazo de esta situación deplorable que cuestiona profundamente el modelo social que hemos construido. El don de la fe nos mueve a transformar el mundo en el que vivimos y anunciar que, incluso en los momentos de mayor oscuridad, el Reino de Dios ya está aquí. La fe nos permite reconocer en el rostro del que sufre a Cristo mismo y actuar en consecuencia. Las tres palabras que pronuncia Jesús en el juicio de las naciones, «Conmigo lo hicisteis» (*Mt* 25, 40), nos muestran la necesaria complementariedad de la fe y el amor. Nuestra fe tiene que ser necesariamente fecunda. Así lo vivió desde el principio la comunidad cristiana a la hora de comprometerse con las necesidades de los más pobres: «Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos de alimento diario y uno de vosotros les dice: “Id en paz, abrigaos y saciaos”, pero no les da lo necesario para el cuer-

po, ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no tiene obras, está muerta por dentro». (*Sant 2*, 15-16)

La Solemnidad de Pentecostés nos invita a implorar el don del Espíritu en nuestra Iglesia, en la Acción Católica, en nuestros movimientos del Apostolado Seglar y en todos los bautizados. De-

bemos tomar plena conciencia de la urgencia evangelizadora ante la que nos encontramos y del papel de los laicos en la misma, y pedir al Señor que sople su aliento sobre nosotros y nos confiera la sabiduría, la fortaleza, la alegría, la paz, la generosidad y la valentía necesarias para poder anunciar la presencia salvadora del Resucitado entre nosotros.

- + *Carlos OSORO SIERRA, arzobispo de Valencia. Presidente*
- + *Juan Antonio REIG PLÀ, obispo de Alcalá de Henares. Vicepresidente*
- + *Carlos Manuel ESCRIBANO SUBÍAS, obispo de Teruel y Albarracín*
- + *Antonio ALGORA HERNANDO, obispo de Ciudad Real*
- + *José Ignacio MUNILLA AGUIRRE, obispo de San Sebastián*
- + *Xavier NOVELL GOMÀ, obispo de Solsona*
- + *Esteban ESCUDERO TORRES, obispo de Palencia*
- + *José MAZUELOS PÉREZ, obispo de Jerez de la Frontera*
- + *Ángel RUBIO CASTRO, obispo de Segovia*
- + *Francisco GIL HELLÍN, arzobispo de Burgos*
- + *Mario ICETA GAVICAGOGEASCOA, obispo de Bilbao*
- + *Gerardo MELGAR VICIOSA, obispo de Osma-Soria*
- + *Francesc PARDO ARTIGAS, obispo de Girona*

NOTAS:

1 Cf. AA nº 2.

2 Lineamenta para el XIII Asamblea del Sínodo de los Obispos, nº 22.

3 Carta apostólica *Porta fidei*, nº1.

Presentación de la campaña de la Renta “XTANTOS”

Secretariado para el sostenimiento de la Iglesia. Conferencia Episcopal Española. Lunes, 07 de Mayo de 2012.

“Ayudas a la Iglesia. Ganamos todos”

El Secretariado para el Sostenimiento de la Iglesia, de la Conferencia Epis-

copal Española (CEE), ha puesto en marcha la Campaña de la Renta 2012 con el objetivo de animar a los católicos y a todas las personas que aprecian la labor de la Iglesia a marcar la X en la Declaración de la Renta. Para ello, y en continuidad con las campañas anteriores, utiliza la marca XTANTOS que explica con su logotipo lo que la Iglesia pretende transmitir: la labor que desempeña para seguir ayudando cada vez más a “tantos” que lo necesitan.

La Iglesia contribuye a crear una sociedad mejor y así se ha querido expresar en el lema de la Campaña de este año: “Ayudas a la Iglesia, ganamos todos”.

Desde hoy se emite el spot de televisión en las principales cadenas nacionales

Este año se ha optado por un diseño publicitario basado en la creatividad ya utilizada el año pasado en internet. En el spot podemos ver, con atractivos trazos de dibujo, lo que “parece una casilla más de la Declaración de la Renta”. Con el sencillo gesto de marcarla con una X, el 0,7% de los impuestos de cada contribuyente se destina a la Iglesia Católica.

El spot de televisión se emitirá en cadenas nacionales del 7 al 20 de mayo y del 16 al 30 de junio. Se han elaborado también diferentes menciones publicitarias para medios digitales y redes sociales. Estos anuncios, además de informar sobre cómo funciona el

mecanismo de asignación tributaria, muestran la gran labor que lleva a cabo la Iglesia.

Como viene siendo habitual en los últimos años, se ha lanzado también una publicación con formato de periódico (XTANTOS), con noticias, artículos de opinión y reportajes en torno al sostenimiento económico de la Iglesia. Se ha realizado una tirada de 2 millones de ejemplares, un millón para distribuir en parroquias y otro para encartar en los principales diarios nacionales.

Todos estos contenidos están disponibles en la página web de la CEE (www.conferenciaepiscopal.es) y en www.portantos.es.

XTANTOS está presente también en las principales redes sociales. En Facebook: www.facebook.com/xtantos y en Twitter: @Xtantos.

Cada año, más personas marcan la X a favor de la Iglesia

En la última declaración de la Renta, de 2011, correspondiente al IRPF de 2010, el número de declaraciones con asignación a favor de la Iglesia Católica se incrementó en 194.685. El número total de declaraciones a favor de la Iglesia se elevó a 7.454.823. En los últimos cinco años, se ha producido un aumento de casi un millón de declaraciones. Si tenemos en cuenta que el 23,8% de las declaraciones que se presentaron

fueron conjuntas, podemos estimar que en la pasada primavera más de 9,2 millones de contribuyentes asignaron a favor de la Iglesia Católica.

Como ya sucedió el año pasado, el impacto de la crisis se ha vuelto a notar, a nivel general, no solo en el número total de declaraciones presentadas, sino también en el monto global de la cuota íntegra, que ha experimentado un descenso significativo. También la cantidad total correspondiente a la Iglesia ha sido menor que el año anterior: 248, 3 millones de euros, en lugar de los 249,4 del pasado ejercicio (es decir 1.162.820 euros menos). Si la disminución no ha sido aún mayor es gracias al mencionado incremento del número de declaraciones, que ha compensado el descenso general.

Ni se paga más, ni te devuelven menos

Desde 2008, el sostenimiento de la Iglesia depende exclusivamente de los católicos y de todas aquellas personas que reconocen la labor de la Iglesia. Quienes libremente quieran hacerlo, pueden marcar la casilla de la Iglesia Católica en su Declaración de la Renta. Un 0,7 por ciento de sus impuestos se dedicará así, sin coste adicional para el contribuyente, a la ingente tarea que la Iglesia desarrolla. Este sencillo gesto no le supone a nadie ni pagar más, ni que le devuelvan menos. Si se quiere marcar la casilla llamada “Otros fines sociales” es posible hacerlo al mismo tiempo que se marca la de la Iglesia. El Estado dedicará entonces un 0,7% a esos “Otros fines sociales” y un 0,7% a la Iglesia.



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL**SANTO PADRE, BENEDICTO XVI****REGINA COELI**

Plaza de San pedro. Domingo, 22 de abril de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, tercer domingo de Pascua, encontramos en el Evangelio según san Lucas a Jesús resucitado que se presenta en medio de los discípulos (cf. *Lc* 24, 36), los cuales, incrédulos y aterrizados, creían ver un espíritu (cf. *Lc* 24, 37). Romano Guardini escribe: «El Señor ha cambiado. Ya no vive como antes. Su existencia... no es comprensible. Sin embargo, es corpórea, incluye... todo lo que vivió; el destino que atravesó, su pasión y su muerte. Todo es realidad. Aunque haya cambiado, sigue siendo una realidad tangible» (*Il Signore. Meditazioni sulla persona e la vita di N.S. Gesù Cristo*, Milán 1949, p. 433). Dado que la resurrección no borra los signos de la crucifixión, Jesús muestra sus manos y sus pies a los Apóstoles. Y para convencerlos les pide algo de comer. Así los discípulos «le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos» (*Lc* 24, 42-43). San Gregorio Magno comenta que «el pez asado al fuego no significa otra cosa que la pasión de Jesús, Mediador entre Dios y los hombres. De hecho, él se dignó esconderse en las

aguas de la raza humana, aceptó ser atrapado por el lazo de nuestra muerte y fue como colocado en el fuego por los dolores sufridos en el tiempo de la pasión» (*Hom. in Evang XXIV*, 5: ccl 141, Turnhout, 1999, p. 201).

Gracias a estos signos muy realistas, los discípulos superan la duda inicial y se abren al don de la fe; y esta fe les permite entender lo que había sido escrito sobre Cristo «en la ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos» (*Lc* 24, 44). En efecto, leemos que Jesús «les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras y les dijo: “Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y, en su nombre, se proclamará la conversión para el perdón de los pecados... Vosotros sois testigos”» (*Lc* 24, 45-48). El Salvador nos asegura su presencia real entre nosotros a través de la Palabra y de la Eucaristía. Por eso, como los discípulos de Emaús, que reconocieron a Jesús al partir el pan (cf. *Lc* 24, 35), así también nosotros encontramos al Señor en la celebración eucarística. Al respecto, santo Tomás de Aquino explica que «es necesario reconocer, de acuerdo con la fe católica, que Cristo todo está presente en este sacramento... porque la divinidad

jamás abandonó el cuerpo que había asumido» (*S. Th.* III, q. 76, a. 1).

Queridos amigos, en el tiempo pas-cual la Iglesia suele administrar la primera Comunión a los niños. Por lo tanto, exhorto a los párrocos, a los padres y a los catequistas a preparar bien esta fiesta de la fe, con gran fervor, pero también con sobriedad. «Este día queda grabado en la memoria, con razón, como el primer momento en que... se percibe la importancia del encuentro personal con Jesús» (Exhort. ap. post-sin. *Sacramentum caritatis*, 19). Que la Madre de Dios nos ayude a escuchar con atención la Palabra del Señor y a participar dignamente en la mesa del sacrificio eucarístico, para convertirnos en testigos de la nueva humanidad.

Plaza de San Pedro. Jornada mundial de oración por las vocaciones. Domingo, 29 de abril de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Concluyó hace poco, en la basílica de San Pedro, la celebración eucarística en la que ordené a nueve nuevos presbíteros de la diócesis de Roma. Demos gracias a Dios por este regalo, signo de su amor fiel y providente a la Iglesia. Estrechémonos espiritualmente en torno a estos nuevos sacerdotes y recemos para que acojan plenamente la gracia del sacramento que los ha configurado con Jesucristo Sacerdote y Pastor. Y

recemos para que todos los jóvenes estén atentos a la voz de Dios que habla interiormente a su corazón y los llama a desprenderse de todo para estar a su servicio. A este objetivo, está dedicada la Jornada mundial de oración por las vocaciones, que celebramos hoy. En efecto, el Señor llama siempre, pero muchas veces no lo escuchamos. Estamos distraídos por muchas cosas, por otras voces más superficiales; y luego tenemos miedo de escuchar la voz del Señor, porque pensamos que puede quitarnos nuestra libertad. En realidad, cada uno de nosotros es fruto del amor: ciertamente, del amor de los padres, pero, más profundamente, del amor de Dios. La Biblia dice: aunque tu madre no te quisiera, yo te quiero, porque te conozco y te amo (cf. *Is* 49, 15). En el momento que me doy cuenta de este amor, mi vida cambia: se convierte en una respuesta a este amor, más grande que cualquier otro, y así se realiza plenamente mi libertad.

Los jóvenes que hoy he consagrado sacerdotes no son diferentes de los demás jóvenes, pero han sido tocados profundamente por la belleza del amor de Dios, y no han podido dejar de responder con toda su vida. ¿Cómo han encontrado el amor de Dios? Lo han encontrado en Jesucristo, en su Evangelio, en la Eucaristía y en la comunidad de la Iglesia. En la Iglesia se descubre que la vida de cada hombre es una historia de amor. Nos lo muestra claramente la Sagrada Escritura, y nos lo confirma el testimonio de los san-

tos. Un ejemplo es la expresión de san Agustín, que en, sus *Confesiones*, se dirige a Dios y le dice: «¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Tú estabas dentro de mí, y yo fuera... Tú estabas conmigo y yo no estaba contigo... Pero me has llamado, y tu grito ha vencido mi sordera» (X, 27.38).

Queridos amigos, oremos por la Iglesia, por cada comunidad local, para que sea como un jardín regado, donde puedan germinar y crecer todas las semillas de vocación que Dios siembra en abundancia. Oremos para que, en todas partes, se cultive este jardín, en la alegría de sentirse todos llamados, en la variedad de los dones. En especial, las familias han de ser el primer lugar donde se «respire» el amor de Dios, que da fuerza interior, incluso en medio de las dificultades y las pruebas de la vida. Quien vive en familia la experiencia del amor de Dios, recibe un don inestimable, que da fruto a su tiempo. Que nos conceda todo esto la santísima Virgen María, modelo de acogida libre y obediente a la llamada divina, Madre de toda vocación en la Iglesia.

Domingo 6 de mayo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

El Evangelio de hoy, quinto domingo del tiempo pascual, comienza con la imagen de la viña. «Jesús dijo a sus

discípulos: “Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador”» (*Jn* 15, 1). A menudo, en la Biblia, a Israel se le compara con la viña fecunda cuando es fiel a Dios; pero, si se aleja de él, se vuelve estéril, incapaz de producir el «vino que alegra el corazón del hombre», como canta el Salmo 104 (v. 15). La verdadera viña de Dios, la vid verdadera, es Jesús, quien con su sacrificio de amor nos da la salvación, nos abre el camino para ser parte de esta viña. Y como Cristo permanece en el amor de Dios Padre, así los discípulos, sabiamente podados por la palabra del Maestro (cf. *Jn* 15, 2-4), si están profundamente unidos a él, se convierten en sarmientos fecundos que producen una cosecha abundante. San Francisco de Sales escribe: «La rama unida y articulada al tronco da fruto no por su propia virtud, sino en virtud de la cepa: nosotros estamos unidos por la caridad a nuestro Redentor, como los miembros a la cabeza; por eso las buenas obras, tomando de él su valor, merecen la vida eterna» (*Trattato dell'amore di Dio*, XI, 6, Roma 2011, 601).

En el día de nuestro Bautismo, la Iglesia nos injerta como sarmientos en el Misterio pascual de Jesús, en su propia Persona. De esta raíz, recibimos la preciosa savia para participar en la vida divina. Como discípulos, también nosotros, con la ayuda de los pastores de la Iglesia, crecemos en la viña del Señor unidos por su amor. «Si el fruto que debemos producir es el amor, una condición previa es precisamente este

“permanecer”, que tiene que ver profundamente con esa fe que no se aparta del Señor» (*Jesús de Nazaret*, Madrid 2007, p. 310). Es indispensable permanecer siempre unidos a Jesús, depender de él, porque sin él no podemos hacer nada (cf. *Jn* 15, 5). En una carta escrita a Juan el Profeta, que vivió en el desierto de Gaza en el siglo V, un creyente hace la siguiente pregunta: ¿Cómo es posible conjugar la libertad del hombre y el no poder hacer nada sin Dios? Y el monje responde: Si el hombre inclina su corazón hacia el bien y pide ayuda de Dios, recibe la fuerza necesaria para llevar a cabo su obra. Por eso, la libertad humana y el poder de Dios van juntos. Esto es posible porque el bien viene del Señor, pero se realiza gracias a sus fieles (cf. *Ep* 763: SC 468, París 2002, 206). El verdadero «permanecer» en Cristo garantiza la eficacia de la oración, como dice el beato cisterciense Guerrico d'Igny: «Oh Señor Jesús..., sin ti no podemos hacer nada, porque tú eres el verdadero jardinero, creador, cultivador y custodio de tu jardín, que plantas con tu palabra, riegas con tu espíritu y haces crecer con tu fuerza» (*Sermo ad excitandam devotionem in psalmodia*: SC 202, 1973, 522).

Queridos amigos, cada uno de nosotros es como un sarmiento, que solo vive si hace crecer cada día con la oración, con la participación en los sacramentos y con la caridad, su unión con el Señor. Y quien ama a Jesús, la vida verdadera, produce frutos de fe para una abundante cosecha espiritual. Su-

pliquemos a la Madre de Dios que permanezcamos firmemente injertados en Jesús y que toda nuestra acción tenga en él su principio y su realización.

Domingo 20 de mayo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Cuarenta días después de la Resurrección -según el libro de los *Hechos de los Apóstoles*-, Jesús sube al cielo, es decir, vuelve al Padre, que lo había enviado al mundo. En muchos países, este misterio no se celebra el jueves, sino hoy, el domingo siguiente. La Ascensión del Señor marca el cumplimiento de la salvación iniciada con la Encarnación. Después de haber instruido por última vez a sus discípulos, Jesús sube al cielo (cf. *Mc* 16, 19). Él entretanto «no se separó de nuestra condición» (cf. *Prefacio*); de hecho, en su humanidad asumió consigo a los hombres en la intimidad del Padre y así reveló el destino final de nuestra peregrinación terrena. Del mismo modo que por nosotros bajó del cielo y por nosotros sufrió y murió en la cruz, así también por nosotros resucitó y subió a Dios, que, por lo tanto, ya no está lejano. San León Magno explica que, con este misterio, «no solamente se proclama la inmortalidad del alma, sino también la de la carne. De hecho, hoy no solamente se nos confirma como poseedores del paraíso, sino que también penetramos en Cristo en las alturas del cielo» (*De*

Ascensione Domini, Tractatus 73, 2.4: ccl 138 a, 451.453). Por esto, los discípulos cuando vieron al Maestro elevarse de la tierra y subir hacia lo alto, no experimentaron desconsuelo, como se podría pensar; más aún, sino una gran alegría, y se sintieron impulsados a proclamar la victoria de Cristo sobre la muerte (cf. *Mc 16, 20*). Y el Señor resucitado obraba con ellos, distribuyendo a cada uno un carisma propio. Lo escribe también san Pablo: «Ha dado dones a los hombres... Ha constituido a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y doctores... para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que llegemos todos... a la medida de Cristo en su plenitud» (*Ef 4, 8.11-13*).

Queridos amigos, la Ascensión nos dice que, en Cristo, nuestra humanidad es llevada a la altura de Dios; así, cada vez que rezamos, la tierra se une al cielo. Y como el incienso, al quemarse, hace subir hacia lo alto su humo, así cuando elevamos al Señor nuestra oración confiada en Cristo, esta atraviesa los cielos y llega a Dios mismo, que la escucha y acoge. En la célebre obra de san Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo*, leemos que «para alcanzar las peticiones que tenemos en nuestro corazón, no hay mejor medio que poner la fuerza de nuestra oración en aquella cosa que es más gusto de Dios; porque entonces no solo dará lo que le pedimos, que es la salvación, sino aun lo que él ve que nos conviene y nos es bueno, aunque no se lo pidamos» (Li-

bro III, cap. 44, 2, Roma 1991, 335).

Supliquemos, por último, a la Virgen María para que nos ayude a contemplar los bienes celestiales, que el Señor nos promete, y a ser testigos cada vez más creíbles de su Resurrección, de la verdadera vida.

Después del Regina Caeli

Hoy se celebra la Jornada mundial de las comunicaciones sociales, sobre el tema «Silencio y Palabra: camino de evangelización». El silencio y la escucha son parte integrante de la comunicación, son un lugar privilegiado para el encuentro con la Palabra de Dios y con nuestros hermanos y hermanas. Invito a todos a rezar para que la comunicación, en todas sus formas, sirva siempre para instaurar con el prójimo un diálogo auténtico, fundado en el respeto recíproco, en la escucha y en la comunión.

El jueves, 24 de mayo, es el día dedicado a la memoria litúrgica de la Virgen María, Auxilio de los cristianos, venerada con gran devoción en el santuario de Sheshan, en Shanghai: nos unimos en oración con todos los católicos que están en China, para que anuncien con humildad y con alegría a Cristo muerto y resucitado, sean fieles a su Iglesia y al Sucesor de Pedro, y vivan cada día de modo coherente con la fe que profesan. Que María, Virgen fiel, sostenga el camino de los católicos chinos, haga su oración cada vez más

intensa y valiosa a los ojos del Señor, y haga crecer el afecto y la participación de la Iglesia universal en el camino de la Iglesia que está en China.

Dirijo un cordial saludo a los miles de miembros del Movimiento italiano por la vida, reunidos en el aula Pablo VI. Queridos amigos, vuestro Movimiento siempre se ha dedicado a defender la vida humana, según las enseñanzas de la Iglesia. En esta línea, habéis anunciado una iniciativa llamada «Uno de nosotros», para sostener la dignidad y los derechos de todo ser humano desde su concepción. Os animo y os exhorto a ser siempre testigos y constructores de la cultura de la vida.

Saludo con afecto a los peregrinos de lengua española que participan en esta oración mariana, así como a los que se unen a la misma a través de los medios de comunicación social. Invito a todos a perseverar junto con la Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra, en ferviente oración, para que la fuerza

divina del Espíritu Santo haga morada en nosotros, y podamos así cumplir fielmente la voluntad del Señor, dando testimonio de su Evangelio con nuestra palabra y modo de obrar. Muchas gracias y feliz domingo.

Saludo a los estudiantes de varias escuelas, y aquí hoy, por desgracia, debo recordar a las muchachas y los muchachos de la escuela de Brindis, implicados ayer en un vil atentado. Pidamos juntos por los heridos, entre ellos algunos graves, y especialmente por la joven Melissa, víctima inocente de una brutal violencia y por sus familiares, que tienen gran dolor.

Mi pensamiento afectuoso va también a las queridas poblaciones de Emilia Romagna golpeadas hace pocas horas por un terremoto. Estoy cercano espiritualmente a las personas probadas por esta calamidad: imploremos la misericordia de Dios para los que han muerto y el alivio en el sufrimiento para los heridos.

AUDIENCIAS GENERALES

Plaza de San Pedro. Miércoles, 25 de abril de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

En la anterior catequesis, mostré cómo la Iglesia, desde los inicios de su

camino, tuvo que afrontar situaciones imprevistas, nuevas cuestiones y emergencias, a las que trató de dar respuesta a la luz de la fe, dejándose guiar por el Espíritu Santo. Hoy quiero reflexionar sobre otra de estas cuestiones: un problema serio que la primera comu-

nidad cristiana de Jerusalén tuvo que afrontar y resolver, como nos narra san Lucas en el capítulo sexto de los *Hechos de los Apóstoles*, acerca de la pastoral de la caridad en favor de las personas solas y necesitadas de asistencia y ayuda. La cuestión no es secundaria para la Iglesia y corría el peligro de crear divisiones en su seno. De hecho, el número de los discípulos iba aumentando, pero los de lengua griega comenzaban a quejarse contra los de lengua hebrea porque, en el servicio diario, no se atendía a sus viudas (cf. *Hch* 6, 1). Ante esta urgencia, que afectaba a un aspecto fundamental en la vida de la comunidad, es decir, a la caridad con los débiles, los pobres, los indefensos, y la justicia, los Apóstoles convocan a todo el grupo de los discípulos. En este momento de emergencia pastoral, resalta el discernimiento llevado a cabo por los Apóstoles. Se encuentran ante la exigencia primaria de anunciar la Palabra de Dios según el mandato del Señor, pero -aunque esa sea la exigencia primaria de la Iglesia- consideran con igual seriedad el deber de la caridad y la justicia, es decir, el deber de asistir a las viudas, a los pobres, proveer con amor a las situaciones de necesidad en que se hallan los hermanos y las hermanas, para responder al mandato de Jesús: amaos los unos a los otros como yo os he amado (cf. *Jn* 15, 12.17). Por consiguiente, las dos realidades que deben vivir en la Iglesia -el anuncio de la Palabra, el primado de Dios, y la caridad concreta, la justicia- están creando dificultad y se debe encontrar

una solución, para que ambas puedan tener su lugar, su relación necesaria. La reflexión de los Apóstoles es muy clara. Como hemos escuchado, dicen: «No nos parece bien descuidar la Palabra de Dios para ocuparnos del servicio de las mesas. Por tanto, hermanos, escoged a siete de vosotros, hombres de buena fama, llenos de espíritu y de sabiduría, y les encargaremos esta tarea. Nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la Palabra» (*Hch* 6, 2-4).

Destacan dos cosas: en primer lugar, desde ese momento existe en la Iglesia un ministerio de la caridad. La Iglesia no solo debe anunciar la Palabra, sino también realizar la Palabra, que es caridad y verdad. Y, en segundo lugar, estos hombres no solo deben gozar de buena fama, sino que además deben ser hombres llenos de Espíritu Santo y de sabiduría, es decir, no pueden ser solo organizadores que saben «actuar», sino que deben «actuar» con espíritu de fe a la luz de Dios, con sabiduría en el corazón; y, por lo tanto, también su función -aunque sea sobre todo práctica- es una función espiritual. La caridad y la justicia no son únicamente acciones sociales, sino que son acciones espirituales realizadas a la luz del Espíritu Santo. Así pues, podemos decir que los Apóstoles afrontan esta situación con gran responsabilidad, tomando una decisión: se elige a siete hombres de buena fama, los Apóstoles oran para pedir la fuerza del Espíritu Santo y luego les imponen las manos para que se dediquen de modo especial

a esta diaconía de la caridad. Así, en la vida de la Iglesia, en los primeros pasos que da, se refleja, en cierta manera, lo que había acontecido durante la vida pública de Jesús, en casa de Marta y María, en Betania. Marta andaba muy afanada con el servicio de la hospitalidad que se debía ofrecer a Jesús y a sus discípulos; María, en cambio, se dedica a la escucha de la Palabra del Señor (cf. *Lc* 10, 38-42). En ambos casos, no se contraponen los momentos de la oración y de la escucha de Dios con la actividad diaria, con el ejercicio de la caridad. La amonestación de Jesús: «Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas; solo una es necesaria. María, pues, ha escogido la parte mejor, y no le será quitada» (*Lc* 10, 41-42), así como la reflexión de los Apóstoles: «Nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la Palabra» (*Hch* 6, 4), muestran la prioridad que debemos dar a Dios. No quiero entrar ahora en la interpretación de este pasaje de Marta y María. En cualquier caso, no se debe condenar la actividad en favor del prójimo, de los demás, sino que se debe subrayar que debe estar penetrada interiormente también por el espíritu de la contemplación. Por otra parte, san Agustín dice que esta realidad de María es una visión de nuestra situación en el cielo; por tanto, en la tierra nunca podemos tenerla completamente, sino solo debe estar presente como anticipación en toda nuestra actividad. Debe estar presente también la contemplación de Dios. No debemos perdernos en el activismo puro, sino

siempre también dejarnos penetrar en nuestra actividad por la luz de la Palabra de Dios y así aprender la verdadera caridad, el verdadero servicio al otro, que no tiene necesidad de muchas cosas -ciertamente, le hacen falta las cosas necesarias-, sino que tiene necesidad sobre todo del afecto de nuestro corazón, de la luz de Dios.

San Ambrosio, comentando el episodio de Marta y María, exhorta así a sus fieles y también a nosotros: «Tratemos, por tanto, de tener también nosotros lo que no se nos puede quitar, prestando a la Palabra del Señor una atención diligente, no distraída: sucede a veces que las semillas de la Palabra celestial, si se las siembra en el camino, desaparecen. Que te estimule también a ti, como a María, el deseo de saber: esta es la obra más grande, la más perfecta». Y añade que «ni siquiera la solicitud del ministerio debe distraer del conocimiento de la Palabra celestial», de la oración (*Expositio Evangelii secundum Lucam*, VII, 85: pl 15, 1720). Los santos, por lo tanto, han experimentado una profunda unidad de vida entre oración y acción, entre el amor total a Dios y el amor a los hermanos. San Bernando, que es un modelo de armonía entre contemplación y laboriosidad, en el libro *De consideratione*, dirigido al Papa Inocencio II para hacerle algunas reflexiones sobre su ministerio, insiste precisamente en la importancia del recogimiento interior, de la oración para defenderse de los peligros de una actividad excesiva, cualquiera que sea

la condición en que se encuentre y la tarea que esté realizando. San Bernardo afirma que demasiadas ocupaciones, una vida frenética, a menudo acaban por endurecer el corazón y hacer sufrir el espíritu (cf. II, 3).

Es una valiosa amonestación para nosotros hoy, acostumbrados a valorarlo todo con el criterio de la productividad y de la eficiencia. El pasaje de los *Hechos de los Apóstoles* nos recuerda la importancia del trabajo -sin duda se crea un verdadero ministerio-, del empeño en las actividades diarias, que es preciso realizar con responsabilidad y esmero, pero también nuestra necesidad de Dios, de su guía, de su luz, que nos dan fuerza y esperanza. Sin la oración diaria vivida con fidelidad, nuestra actividad se vacía, pierde el alma profunda, se reduce a un simple activismo que, al final, deja insatisfechos. Hay una hermosa invocación de la tradición cristiana que se reza antes de cualquier actividad y dice así: «*Actiones nostras, quæsumus, Domine, aspirando preveni et adiuvando prosequere, ut cuncta nostra oratio et operatio a te semper incipiat, et per te coepta finiantur*», «Inspira nuestras acciones, Señor, y acompáñalas con tu ayuda, para que todo nuestro hablar y actuar tenga en ti su inicio y su fin». Cada paso de nuestra vida, cada acción, también de la Iglesia, se debe hacer ante Dios, a la luz de su Palabra.

En la catequesis del miércoles pasado, subrayé la oración unánime de

la primera comunidad cristiana ante la prueba y cómo, precisamente en la oración, en la meditación sobre la Sagrada Escritura pudo comprender los acontecimientos que estaban sucediendo. Cuando la oración se alimenta de la Palabra de Dios, podemos ver la realidad con nuevos ojos, con los ojos de la fe, y el Señor, que habla a la mente y al corazón, da nueva luz al camino en todo momento y en toda situación. Nosotros creemos en la fuerza de la Palabra de Dios y de la oración. Incluso la dificultad que estaba viviendo la Iglesia ante el problema del servicio a los pobres, ante la cuestión de la caridad, se supera en la oración, a la luz de Dios, del Espíritu Santo. Los Apóstoles no se limitan a ratificar la elección de Esteban y de los demás hombres, sino que, «después de orar, les impusieron las manos» (*Hch 6, 6*). El evangelista recordará de nuevo estos gestos con ocasión de la elección de Pablo y Bernabé, donde leemos: «Entonces, después de ayunar y orar, les impusieron las manos y los enviaron» (*At 13,3*). Esto confirma de nuevo que el servicio práctico de la caridad es un servicio espiritual. Ambas realidades deben ir juntas.

Con el gesto de la imposición de las manos, los Apóstoles confieren un ministerio particular a siete hombres, para que se les dé la gracia correspondiente. Es importante que se subraye la oración -«después de orar», dicen- porque pone de relieve precisamente la dimensión espiritual del gesto; no se trata simplemente de conferir un encargo

como sucede en una organización social, sino que es un evento eclesial en el que el Espíritu Santo se apropia de siete hombres escogidos por la Iglesia, consagrándolos en la Verdad, que es Jesucristo: él es el protagonista silencioso, presente en la imposición de las manos para que los elegidos sean transformados por su fuerza y santificados para afrontar los desafíos pastorales. El relieve que se da a la oración nos recuerda además que solo de la relación íntima con Dios, cultivada cada día, nace la respuesta a la elección del Señor y se encomienda cualquier ministerio en la Iglesia.

Queridos hermanos y hermanas, el problema pastoral que impulsó a los Apóstoles a elegir y a imponer las manos sobre siete hombres encargados del servicio de la caridad, para dedicarse ellos a la oración y al anuncio de la Palabra, nos indica también a nosotros el primado de la oración y de la Palabra de Dios, que luego produce también la acción pastoral. Para los pastores, esta es la primera y más valiosa forma de servicio al rebaño que se les ha confiado. Si los pulmones de la oración y de la Palabra de Dios no alimentan la respiración de nuestra vida espiritual, corremos el peligro de asfixiarnos en medio de los mil afanes de cada día: la oración es la respiración del alma y de la vida. Hay otra valiosa observación que quiero subrayar: en la relación con Dios, en la escucha de su Palabra, en el diálogo con él, incluso cuando nos encontramos en el silencio de una iglesia

o de nuestra habitación, estamos unidos en el Señor a tantos hermanos y hermanas en la fe, como un conjunto de instrumentos que, aun con su individualidad, elevan a Dios una única gran sinfonía de intercesión, de acción de gracias y de alabanza. Gracias.

Plaza de San Pedro. Miércoles, 2 de mayo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

En las últimas catequesis, hemos visto cómo, en la oración personal y comunitaria, la lectura y la meditación de la Sagrada Escritura abren a la escucha de Dios que nos habla e infunden luz para comprender el presente. Hoy quiero hablar del testimonio y de la oración del primer mártir de la Iglesia, san Esteban, uno de los siete elegidos para el servicio de la caridad con los necesitados. En el momento de su martirio, narrado por los *Hechos de los Apóstoles*, se manifiesta, una vez más, la fecunda relación entre la Palabra de Dios y la oración.

Esteban es llevado al tribunal, ante el Sanedrín, donde se le acusa de haber declarado que «Jesús... destruirá este lugar, [el templo], y cambiará las tradiciones que nos dio Moisés» (*Hch* 6, 14). Durante su vida pública, Jesús efectivamente anunció la destrucción del templo de Jerusalén: «Destruid este templo y en tres días lo levantaré»

(*Jn* 2, 19). Sin embargo, como anota el evangelista san Juan, «él hablaba del templo de su cuerpo. Y cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y creyeron en la Escritura y en la Palabra que había dicho Jesús» (*Jn* 2, 21-22).

El discurso de Esteban ante el tribunal, el más largo de los *Hechos de los Apóstoles*, se desarrolla precisamente sobre esta profecía de Jesús, el cual es el nuevo templo, inaugura el nuevo culto y sustituye, con la ofrenda que hace de sí mismo en la cruz, los sacrificios antiguos. Esteban quiere demostrar que es infundada la acusación que se le hace de cambiar la ley de Moisés e ilustra su visión de la historia de la salvación, de la alianza entre Dios y el hombre. Así, relee toda la narración bíblica, itinerario contenido en la Sagrada Escritura, para mostrar que conduce al «lugar» de la presencia definitiva de Dios, que es Jesucristo, en particular su pasión, muerte y resurrección. En esta perspectiva, Esteban lee también el hecho de que es discípulo de Jesús, siguiéndolo hasta el martirio. La meditación sobre la Sagrada Escritura le permite de este modo comprender su misión, su vida, su presente. En esto, lo guía la luz del Espíritu Santo, su relación íntima con el Señor, hasta el punto de que los miembros del Sanedrín vieron su rostro «como el de un ángel» (*Hch* 6, 15). Ese signo de asistencia divina remite al rostro resplandeciente de Moisés cuando bajó el monte Sinaí después de haberse encontrado con Dios (cf. *Ex* 34, 29-35; *2 Co* 3, 7-8).

En su discurso, Esteban parte de la llamada de Abrahán, peregrino hacia la tierra indicada por Dios y que tuvo en posesión solo a nivel de promesa; pasa luego a José, vendido por sus hermanos, pero asistido y liberado por Dios, para llegar a Moisés, que se transforma en instrumento de Dios para liberar a su pueblo, pero también encuentra en varias ocasiones el rechazo de su propia gente. En estos acontecimientos narrados por la Sagrada Escritura, de la que Esteban muestra que está en religiosa escucha, emerge siempre Dios, que no se cansa de salir al encuentro del hombre a pesar de hallar a menudo una oposición obstinada. Y esto en el pasado, en el presente y en el futuro. Por consiguiente, en todo el Antiguo Testamento, él ve la prefiguración de la vida de Jesús mismo, el Hijo de Dios hecho carne, que -como los antiguos Padres- afronta obstáculos, rechazo, muerte. Esteban se refiere luego a Josué, a David y a Salomón, puestos en relación con la construcción del templo de Jerusalén, y concluye con las palabras del profeta Isaías (66, 1-2): «Mi trono es el cielo; la tierra, el estrado de mis pies. ¿Qué casa me vais a construir o qué lugar para que descanse? ¿No ha hecho mi mano todo esto?» (*Hch* 7, 49-50). En su meditación sobre la acción de Dios en la historia de la salvación, evidenciando la perenne tentación de rechazar a Dios y su acción, afirma que Jesús es el Justo anunciado por los profetas; en él Dios mismo se hizo presente de modo único y definitivo: Jesús es el «lugar» del verdadero culto. Esteban

no niega la importancia del templo durante cierto tiempo, pero subraya que «Dios no habita en edificios contruidos por manos humanas» (*Hch* 7, 48). El nuevo verdadero templo, en el que Dios habita, es su Hijo, que asumió la carne humana; es la humanidad de Cristo, el Resucitado que congrega a los pueblos y los une en el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. La expresión sobre el templo «no construido por manos humanas» se encuentra también en la teología de san Pablo y de la *Carta a los Hebreos*: el cuerpo de Jesús, que él asumió para ofrecerse a sí mismo como víctima sacrificial a fin de expiar los pecados, es el nuevo templo de Dios, el lugar de la presencia del Dios vivo; en él Dios y el hombre, Dios y el mundo están realmente en contacto: Jesús toma sobre sí todo el pecado de la humanidad para llevarlo en el amor de Dios y para «quemarlo» en este amor. Acercarse a la cruz, entrar en comunión con Cristo, quiere decir entrar en esta transformación. Y esto es entrar en contacto con Dios, entrar en el verdadero templo.

La vida y el discurso de Esteban improvisamente se interrumpen con la lapidación, pero precisamente su martirio es la realización de su vida y de su mensaje: llega a ser uno con Cristo. Así su meditación sobre la acción de Dios en la historia, sobre la Palabra divina que, en Jesús, encontró su plena realización, se transforma en una participación en la oración misma de la cruz. En efecto, antes de morir exclama: «Señor

Jesús, recibe mi espíritu» (*Hch* 7, 59), apropiándose las palabras del Salmo 31 (v. 6) y recalcando la última expresión de Jesús en el Calvario: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (*Lc* 23, 46); y, por último, como Jesús, exclama con fuerte voz ante los que lo estaban apedreando: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado» (*Hch* 7, 60). Notemos que, aunque, por una parte, la oración de Esteban recoge la de Jesús, el destinatario es distinto, porque la invocación se dirige al Señor mismo, es decir, a Jesús, a quien contempla glorificado a la derecha del Padre: «Veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios» (v. 56).

Queridos hermanos y hermanas, el testimonio de san Esteban nos ofrece algunas indicaciones para nuestra oración y para nuestra vida. Podemos preguntarnos: ¿De dónde sacó este primer mártir cristiano la fortaleza para afrontar a sus perseguidores y llegar hasta el don de sí mismo? La respuesta es sencilla: de su relación con Dios, de su comunión con Cristo, de su meditación sobre la historia de la salvación, de ver la acción de Dios, que en Jesucristo llegó al culmen. También nuestra oración debe alimentarse de la escucha de la Palabra de Dios, en la comunión con Jesús y su Iglesia.

Un segundo elemento: san Esteban ve anunciada, en la historia de la relación de amor entre Dios y el hombre, la figura y la misión de Jesús. Él -el Hijo de Dios- es el templo «no construido

con manos humanas» en el que la presencia de Dios Padre se ha hecho tan cercana que ha entrado en nuestra carne humana para llevarnos a Dios, para abrirnos las puertas del cielo. Nuestra oración, por consiguiente, debe ser contemplación de Jesús a la derecha de Dios, de Jesús como Señor de nuestra existencia diaria, de mi existencia diaria. En él, bajo la guía del Espíritu Santo, también nosotros podemos dirigirnos a Dios, tomar contacto real con Dios, con la confianza y el abandono de los hijos que se dirigen a un Padre que los ama de modo infinito. Gracias.

Plaza de San Pedro. Miércoles 9 de mayo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero reflexionar sobre el último episodio de la vida de san Pedro narrado en los *Hechos de los Apóstoles*: su encarcelamiento por orden de Herodes Agripa y su liberación por la intervención prodigiosa del ángel del Señor, en la víspera de su proceso en Jerusalén (cf. *Hch* 12, 1-17).

El relato está marcado, una vez más, por la oración de la Iglesia. De hecho, san Lucas escribe: «Mientras Pedro estaba en la cárcel bien custodiado, la Iglesia oraba insistentemente a Dios por él» (*Hch* 12, 5). Y, después de salir milagrosamente de la cárcel, con ocasión de su visita a la casa de María,

la madre de Juan llamado Marcos, se afirma que «había muchos reunidos en oración» (*Hch* 12, 12). Entre estas dos importantes anotaciones que explican la actitud de la comunidad cristiana frente al peligro y a la persecución, se narra la detención y la liberación de Pedro, que comprende toda la noche. La fuerza de la oración incesante de la Iglesia se eleva a Dios y el Señor escucha y realiza una liberación inimaginable e inesperada, enviando a su ángel.

El relato alude a los grandes elementos de la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto, la Pascua judía. Como sucedió en aquel acontecimiento fundamental, también aquí realiza la acción principal el ángel del Señor que libera a Pedro. Y las acciones mismas del Apóstol -al que se le pide que se levante de prisa, que se ponga el cinturón y que se envuelva en el manto- reproducen las del pueblo elegido en la noche de la liberación por intervención de Dios, cuando fue invitado a comer deprisa el cordero con la cintura ceñida, las sandalias en los pies y un bastón en la mano, listo para salir del país (cf. *Ex* 12, 11). Así Pedro puede exclamar: «Ahora sé realmente que el Señor ha enviado a su ángel para librarne de las manos de Herodes» (*Hch* 12, 11). Pero el ángel no solo recuerda al de la liberación de Israel de Egipto, sino también al de la Resurrección de Cristo. De hecho, los *Hechos de los Apóstoles* narran: «De repente, se presentó el ángel del Señor y se iluminó la celda. Tocando a Pedro en el costado, lo despertó» (*Hch*

12, 7). La luz que llena la celda de la prisión, la acción misma de despertar al Apóstol, remiten a la luz liberadora de la Pascua del Señor que vence las tinieblas de la noche y del mal. Por último, la invitación: «Envuélvete en el manto y sígueme» (*Hch* 12, 8), hace resonar en el corazón las palabras de la llamada inicial de Jesús (cf. *Mc* 1, 17), repetida después de la Resurrección junto al lago de Tiberíades, donde el Señor dice dos veces a Pedro: «Sígueme» (*Jn* 21, 19.22). Es una invitación apremiante al seguimiento: solo saliendo de sí mismos para ponerse en camino con el Señor y hacer su voluntad, se vive la verdadera libertad.

Quiero subrayar también otro aspecto de la actitud de Pedro en la cárcel: de hecho, notamos que, mientras la comunidad cristiana ora con insistencia por él, Pedro «estaba durmiendo» (*Hch* 12, 6). En una situación tan crítica y de serio peligro, es una actitud que puede parecer extraña, pero que, en cambio, denota tranquilidad y confianza; se fía de Dios, sabe que está rodeado por la solidaridad y la oración de los suyos, y se abandona totalmente en las manos del Señor. Así debe ser nuestra oración: asidua, solidaria con los demás, plenamente confiada en Dios, que nos conoce en lo más íntimo y cuida de nosotros de manera que -dice Jesús- «hasta los cabellos de la cabeza tenéis contados. Por eso, no tengáis miedo» (*Mt* 10, 30-31). Pedro vive la noche de la prisión y de la liberación de la cárcel como un momento de su seguimien-

to del Señor, que vence las tinieblas de la noche y libra de la esclavitud de las cadenas y del peligro de muerte. Su liberación es prodigiosa, marcada por varios pasos descritos esmeradamente: guiado por el ángel, a pesar de la vigilancia de los guardias, atraviesa la primera y la segunda guardia, hasta el portón de hierro que daba a la ciudad, el cual se abre solo ante ellos (cf. *Hch* 12, 10). Pedro y el ángel del Señor avanzan juntos un tramo del camino hasta que, vuelto en sí, el Apóstol se da cuenta de que el Señor lo ha liberado realmente y, después de reflexionar, se dirige a la casa de María, la madre de Marcos, donde muchos de los discípulos se hallan reunidos en oración; una vez más la respuesta de la comunidad a la dificultad y al peligro es ponerse en manos de Dios, intensificar la relación con él.

Aquí me parece útil recordar otra situación no fácil que vivió la comunidad cristiana de los orígenes. Nos habla de ella Santiago en su Carta. Es una comunidad en crisis, en dificultad, no tanto por las persecuciones, cuanto porque en su seno existen celos y disputas (cf. *St* 3, 14-16). Y el Apóstol se pregunta el porqué de esta situación. Encuentra dos motivos principales: el primero es el dejarse dominar por las pasiones, por la dictadura de sus deseos de placer, de su egoísmo (cf. *St* 4, 1-2a); el segundo es la falta de oración -«no pedís» (*St* 4, 2b)- o la presencia de una oración que no se puede definir como tal -«pedís y no recibís, porque

pedís mal, con la intención de satisfacer vuestras pasiones» (*St* 4, 3). Esta situación cambiaría, según Santiago, si la comunidad unida hablara con Dios, si orara realmente de modo asiduo y unánime. Incluso hablar sobre Dios, de hecho, corre el riesgo de perder su fuerza interior y el testimonio se desvirtúa si no están animados, sostenidos y acompañados por la oración, por la continuidad de un diálogo vivo con el Señor. Una advertencia importante también para nosotros y para nuestras comunidades, sea para las pequeñas, como la familia, sea para las más grandes, como la parroquia, la diócesis o la Iglesia entera. Y me hace pensar que oraban en esta comunidad de Santiago, pero oraban mal, solo por sus propias pasiones. Debemos aprender siempre de nuevo a orar bien, orar realmente, orientarse hacia Dios y no hacia el propio bien.

La comunidad, en cambio, que acompaña a Pedro mientras se halla en la cárcel, es una comunidad que ora verdaderamente, durante toda la noche, unida. Y es una alegría incontenible la que invade el corazón de todos cuando el Apóstol llama inesperadamente a la puerta. Son la alegría y el asombro ante la acción de Dios que escucha. Así, la Iglesia eleva su oración por Pedro; y a la Iglesia vuelve él para narrar «cómo el Señor lo sacó de la cárcel» (*Hcb* 12, 17). En aquella Iglesia en la que está puesto como roca (cf. *Mt* 16, 18), Pedro narra su «Pascua» de liberación: experimenta que, en seguir a Jesús, está

la verdadera libertad, que nos envuelve la luz deslumbrante de la Resurrección y por esto se puede testimoniar hasta el martirio que el Señor es el Resucitado y «realmente el Señor ha mandado a su ángel para librarlo de las manos de Herodes» (cf. *Hcb* 12, 11). El martirio que sufrirá después en Roma lo unirá definitivamente a Cristo, que le había dicho: cuando seas viejo, otro te llevará adonde no quieras, para indicar con qué muerte iba a dar gloria a Dios (cf. *Jn* 21, 18-19).

Queridos hermanos y hermanas, el episodio de la liberación de Pedro narrado por san Lucas nos dice que la Iglesia, cada uno de nosotros, atraviesa la noche de la prueba, pero lo que nos sostiene es la vigilancia incesante de la oración. También yo, desde el primer momento de mi elección a Sucesor de san Pedro, siempre me he sentido sostenido por vuestra oración, por la oración de la Iglesia, sobre todo en los momentos más difíciles. Lo agradezco de corazón. Con la oración constante y confiada, el Señor nos libra de las cadenas, nos guía para atravesar cualquier noche de prisión que pueda atenazar nuestro corazón, nos da la serenidad del corazón para afrontar las dificultades de la vida, incluso el rechazo, la oposición y la persecución. El episodio de Pedro muestra esta fuerza de la oración. Y el Apóstol, aunque esté en cadenas, se siente tranquilo, con la certeza de que nunca está solo: la comunidad está orando por él, el Señor está cerca de él; más aún, sabe que «la

fuerza de Cristo se manifiesta plenamente en la debilidad» (2 Co 12, 9). La oración constante y unánime es un instrumento valioso también para superar las pruebas que puedan surgir en el camino de la vida, porque estar unidos a Dios es lo que nos permite estar también profundamente unidos los unos a los otros. Gracias.

Plaza de San Pedro. Miércoles, 16 de mayo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

En las últimas catequesis, hemos reflexionado sobre la oración en los *Hechos de los Apóstoles*, hoy quiero comenzar a hablar de la oración en las *Cartas* de san Pablo, el Apóstol de los gentiles. Ante todo, quiero notar cómo no es casualidad que sus Cartas comiencen y concluyan con expresiones de oración: al inicio, acción de gracias y alabanza; y, al final, deseo de que la gracia de Dios guíe el camino de la comunidad a la que está dirigida la carta. Entre la fórmula de apertura: «Doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo» (*Rm* 1, 8), y el deseo final: «La gracia del Señor Jesús esté con vosotros» (*1 Co* 16, 23), se desarrollan los contenidos de las Cartas del Apóstol. La oración de san Pablo se manifiesta en una gran riqueza de formas que van de la acción de gracias a la bendición, de la alabanza a la petición y a la intercesión, del himno a la súplica: una variedad de expresiones

que demuestra cómo la oración implica y penetra todas las situaciones de la vida, tanto las personales como las de las comunidades a las que se dirige.

Un primer elemento que el Apóstol quiere hacernos comprender es que la oración no se debe ver como una simple obra buena realizada por nosotros con respecto de Dios, una acción nuestra. Es ante todo un don, fruto de la presencia viva, vivificante del Padre y de Jesucristo en nosotros. En la *Carta a los Romanos* escribe: «Del mismo modo el Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos orar como conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables» (8, 26). Y sabemos que es verdad lo que dice el Apóstol: «No sabemos orar como conviene». Queremos orar, pero Dios está lejos, no tenemos las palabras, el lenguaje, para hablar con Dios, ni siquiera el pensamiento. Sólo podemos abrirnos, poner nuestro tiempo a disposición de Dios, esperar que él nos ayude a entrar en el verdadero diálogo. El Apóstol dice: precisamente esta falta de palabras, esta ausencia de palabras, incluso este deseo de entrar en contacto con Dios, es oración que el Espíritu Santo no solo comprende, sino que lleva, interpreta ante Dios. Precisamente esta debilidad nuestra se transforma, a través del Espíritu Santo, en verdadera oración, en verdadero contacto con Dios. El Espíritu Santo es, en cierto modo, intérprete que nos hace comprender a nosotros mismos y a Dios lo que queremos decir.

En la oración, más que en otras dimensiones de la existencia, experimentamos nuestra debilidad, nuestra pobreza, nuestro ser criaturas, pues nos encontramos ante la omnipotencia y la trascendencia de Dios. Y cuanto más progresamos en la escucha y en el diálogo con Dios, para que la oración se convierta en la respiración diaria de nuestra alma, tanto más percibimos incluso el sentido de nuestra limitación, no solo ante las situaciones concretas de cada día, sino también en la misma relación con el Señor. Entonces aumenta en nosotros la necesidad de fiarnos, de abandonarnos cada vez más a él; comprendemos que «no sabemos orar como conviene» (*Rm* 8, 26). Y el Espíritu Santo nos ayuda en nuestra incapacidad, ilumina nuestra mente y calienta nuestro corazón, guiando nuestra oración a Dios. Para san Pablo la oración es sobre todo obra del Espíritu en nuestra humanidad, para hacerse cargo de nuestra debilidad y transformarnos de hombres vinculados a las realidades materiales en hombres espirituales. En la *Primera Carta a los Corintios*, dice: «Nosotros hemos recibido un Espíritu que no es del mundo; es el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos los dones que de Dios recibimos. Cuando explicamos verdades espirituales a hombres de espíritu, no las exponemos en el lenguaje que enseña el saber humano, sino en el que enseña el Espíritu» (2, 12-13). Al habitar en nuestra fragilidad humana, el Espíritu Santo nos cambia, intercede por nosotros y nos conduce hacia las alturas de Dios (cf. *Rm* 8, 26).

Con esta presencia del Espíritu Santo, se realiza nuestra unión con Cristo, pues se trata del Espíritu del Hijo de Dios, en el que hemos sido hecho hijos. San Pablo habla del Espíritu de Cristo (cf. *Rm* 8, 9) y no solo del Espíritu de Dios. Es obvio: si Cristo es el Hijo de Dios, su Espíritu es también Espíritu de Dios, y así si el Espíritu de Dios, el Espíritu de Cristo, se hizo ya muy cercano a nosotros en el Hijo de Dios e Hijo del hombre, el Espíritu de Dios también se hace espíritu humano y nos toca; podemos entrar en la comunión del Espíritu. Es como si dijera que no solamente Dios Padre se hizo visible en la encarnación del Hijo, sino también el Espíritu de Dios se manifiesta en la vida y en la acción de Jesús, de Jesucristo, que vivió, fue crucificado, murió y resucitó. El Apóstol recuerda que «nadie puede decir “Jesús es Señor”, sino por el Espíritu Santo» (*1 Co* 12, 3). Así pues, el Espíritu orienta nuestro corazón hacia Jesucristo, de manera que «ya no somos nosotros quienes vivimos, sino que es Cristo quien vive en nosotros» (cf. *Ga* 2, 20). En sus *Catequesis sobre los sacramentos*, san Ambrosio, reflexionando sobre la Eucaristía, afirma: «Quien se embriaga del Espíritu está arraigado en Cristo» (5, 3, 17: pl 16, 450).

Y ahora quiero poner de relieve tres consecuencias en nuestra vida cristiana cuando dejamos actuar en nosotros, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Cristo como principio interior de todo nuestro obrar.

Ante todo, con la oración animada por el Espíritu somos capaces de abandonar y superar cualquier forma de miedo o de esclavitud, viviendo la auténtica libertad de los hijos de Dios. Sin la oración que alimenta cada día nuestro ser en Cristo, en una intimidad que crece progresivamente, nos encontramos en la situación descrita por san Pablo en la *Carta a los Romanos*: no hacemos el bien que queremos, sino el mal que no queremos (cf. *Rm* 7, 19). Y esta es la expresión de la alienación del ser humano, de la destrucción de nuestra libertad, por las circunstancias de nuestro ser a causa del pecado original: queremos el bien que no hacemos y hacemos lo que no queremos, el mal. El Apóstol quiere darnos a entender que no es en primer lugar nuestra voluntad lo que nos libra de estas condiciones, y tampoco la Ley, sino el Espíritu Santo. Y dado que «donde está el Espíritu del Señor hay libertad» (*2 Co* 3, 17), con la oración, experimentamos la libertad que nos ha dado el Espíritu: una libertad auténtica, que es libertad del mal y del pecado para el bien y para la vida, para Dios. La libertad del Espíritu, prosigue san Pablo, no se identifica nunca ni con el libertinaje ni con la posibilidad de optar por el mal, sino con el «fruto del Espíritu que es: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí» (*Ga* 5, 22). Esta es la verdadera libertad: poder seguir realmente el deseo del bien, de la verdadera alegría, de la comunión con Dios, y no ser oprimido por las circunstancias que nos llevan a otras direcciones.

Una segunda consecuencia que se verifica en nuestra vida cuando dejamos actuar en nosotros al Espíritu de Cristo es que la relación misma con Dios se hace tan profunda que no la altera ninguna realidad o situación. Entonces comprendemos que, con la oración, no somos liberados de las pruebas o de los sufrimientos, sino que podemos vivirlos en unión con Cristo, con sus sufrimientos, en la perspectiva de participar también de su gloria (cf. *Rm* 8, 17). Muchas veces, en nuestra oración, pedimos a Dios que nos libre del mal físico y espiritual, y lo hacemos con gran confianza. Sin embargo, a menudo tenemos la impresión de que no nos escucha y entonces corremos el peligro de desalentarnos y de no perseverar. En realidad, no hay grito humano que Dios no escuche, y precisamente en la oración constante y fiel comprendemos con san Pablo que «los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará» (*Rm* 8, 18). La oración no nos libra de la prueba y de los sufrimientos; más aún -dice san Pablo- nosotros «gemimos en nuestro interior, aguardando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo» (*Rm* 8, 23); él dice que la oración no nos libra del sufrimiento, pero la oración nos permite vivirlo y afrontarlo con una fuerza nueva, con la misma confianza de Jesús, el cual -según la *Carta a los Hebreos*- «en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial» (5,

7). La respuesta de Dios Padre al Hijo, a sus fuertes gritos y lágrimas, no fue la liberación de los sufrimientos, de la cruz, de la muerte, sino que fue una escucha mucho más grande, una respuesta mucho más profunda; a través de la cruz y la muerte, Dios respondió con la resurrección del Hijo, con la nueva vida. La oración animada por el Espíritu Santo nos lleva también a nosotros a vivir cada día el camino de la vida con sus pruebas y sufrimientos, en la plena esperanza, en la confianza en Dios que responde como respondió al Hijo.

Y, en tercer lugar, la oración del creyente se abre también a las dimensiones de la humanidad y de toda la creación, que, «expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios» (*Rm* 8, 19). Esto significa que la oración, sostenida por el Espíritu de Cristo que habla en lo más íntimo de nosotros mismos, no permanece nunca cerrada en sí misma, nunca es solo oración por mí, sino que se abre a compartir los sufrimientos de nuestro tiempo, de los demás. Se transforma en intercesión por los demás, y así, en mi liberación, en canal de esperanza para toda la creación, en expresión de aquel amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu que se nos ha dado (cf. *Rm* 5, 5). Y precisamente este es un signo de una verdadera oración, que no acaba en nosotros mismos, sino que se abre a los demás, y así me libera, así ayuda a la redención del mundo.

Queridos hermanos y hermanas, san Pablo nos enseña que, en nuestra oración debemos abrirnos a la presencia del Espíritu Santo, el cual ruega en nosotros con gemidos inefables, para llevarnos a adherirnos a Dios con todo nuestro corazón y con todo nuestro ser. El Espíritu de Cristo se convierte en la fuerza de nuestra oración «débil», en la luz de nuestra oración «apagada», en el fuego de nuestra oración «árida», dándonos la verdadera libertad interior, enseñándonos a vivir afrontando las pruebas de la existencia, con la certeza de que no estamos solos, abriéndonos a los horizontes de la humanidad y de la creación «que gime y sufre dolores de parto» (*Rm* 8, 22). Gracias.

Plaza de San Pedro. Miércoles, 23 de mayo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

El miércoles pasado, mostré cómo san Pablo dice que el Espíritu Santo es el gran maestro de la oración y nos enseña a dirigirnos a Dios con los términos afectuosos de los hijos, llamándolo «Abba, Padre». Eso hizo Jesús. Incluso en el momento más dramático de su vida terrena, nunca perdió la confianza en el Padre y siempre lo invocó con la intimidad del Hijo amado. En Getsemaní, cuando siente la angustia de la muerte, su oración es: «¡Abba, Padre! Tú lo puedes todo; aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres» (*Mc* 14,36).

Ya desde los primeros pasos de su camino, la Iglesia acogió esta invocación y la hizo suya, sobre todo en la oración del Padre nuestro, en la que decimos cada día: «Padre..., hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» (*Mt* 6, 9-10). En las cartas de san Pablo, la encontramos dos veces. El Apóstol, como acabamos de escuchar, se dirige a los Gálatas con estas palabras: «Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama en nosotros: “¡Abba, Padre!”» (*Ga* 4, 6). Y en el centro del canto al Espíritu Santo, que es el capítulo octavo de la *Carta a los Romanos*, afirma: «No habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: ¡Abba, Padre!» (*Rm* 8, 15). El cristianismo no es una religión del miedo, sino de la confianza y del amor al Padre que nos ama. Estas dos densas afirmaciones nos hablan del envío y de la acogida del Espíritu Santo, el don del Resucitado, que nos hace hijos en Cristo, el Hijo unigénito, y nos sitúa en una relación filial con Dios, relación de profunda confianza, como la de los niños; una relación filial análoga a la de Jesús, aunque sea distinto su origen y su alcance: Jesús es el Hijo eterno de Dios que se hizo carne, y nosotros, en cambio, nos convertimos en hijos en él, en el tiempo, mediante la fe y los sacramentos del Bautismo y la Confirmación; gracias a estos dos sacramentos estamos inmersos en el Misterio pascual de Cristo. El Espíritu Santo es el don precioso y ne-

cesario que nos hace hijos de Dios, que realiza la adopción filial a la que estamos llamados todos los seres humanos, porque, como precisa la bendición divina de la *Carta a los Efesios*, Dios «nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo (...) a ser sus hijos» (*Ef* 1, 4-5).

Tal vez el hombre de hoy no percibe la belleza, la grandeza y el consuelo profundo que se contienen en la palabra «padre» con la que podemos dirigirnos a Dios en la oración, porque hoy a menudo no está suficientemente presente la figura paterna, y, con frecuencia incluso, no es suficientemente positiva en la vida diaria. La ausencia del padre, el problema de un padre que no está presente en la vida del niño, es un gran problema de nuestro tiempo, porque resulta difícil comprender en su profundidad qué quiere decir que Dios es Padre para nosotros, De Jesús mismo, de su relación filial con Dios podemos aprender qué significa propiamente «padre», cuál es la verdadera naturaleza del Padre que está en los cielos. Algunos críticos de la religión han dicho que hablar del «Padre», de Dios, sería una proyección de nuestros padres al cielo. Pero es verdad lo contrario: en el Evangelio, Cristo nos muestra quién es padre y cómo es un verdadero padre; así podemos intuir la verdadera paternidad, aprender también la verdadera paternidad. Pensemos en las palabras de Jesús en

el Sermón de la montaña, donde dice: «Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial» (Mt 5, 44-45). Es precisamente el amor de Jesús, el Hijo unigénito -que llega hasta el don de sí mismo en la cruz- el que revela la verdadera naturaleza del Padre: Él es el Amor, y también nosotros, en nuestra oración de hijos, entramos en este circuito de amor, amor de Dios que purifica nuestros deseos, nuestras actitudes marcadas por la cerrazón, por la autosuficiencia, por el egoísmo típicos del hombre viejo.

Así pues, podríamos decir que, en Dios, el ser Padre tiene dos dimensiones. Ante todo, Dios es nuestro Padre, porque es nuestro Creador. Cada uno de nosotros, cada hombre y cada mujer, es un milagro de Dios, es querido por él y es conocido personalmente por él. Cuando en el *Libro del Génesis*, se dice que el ser humano es creado a imagen de Dios (cf. 1, 27), se quiere expresar precisamente esta realidad: Dios es nuestro padre, para él no somos seres anónimos, impersonales, sino que tenemos un nombre. Hay unas palabras en los Salmos que me conmueven siempre cuando las rezo: «Tus manos me hicieron y me formaron» (*Sal* 119, 73), dice el salmista. Cada uno de nosotros puede decir, en esta hermosa imagen, la relación personal con Dios: «Tus manos me hicieron y me formaron. Tú me pensaste, me creaste, me quisiste». Pero esto todavía no basta. El Espíritu de Cristo nos abre

a una segunda dimensión de la paternidad de Dios, más allá de la creación, pues Jesús es el «Hijo» en sentido pleno, «de la misma naturaleza del Padre», como profesamos en el Credo. Al hacerse un ser humano como nosotros, con la encarnación, la muerte y la resurrección, Jesús, a su vez, nos acoge en su humanidad y en su mismo ser Hijo, de modo que también nosotros podemos entrar en su pertenencia específica a Dios. Ciertamente, nuestro ser hijos de Dios no tiene la plenitud de Jesús: nosotros debemos llegar a serlo cada vez más, a lo largo del camino de toda nuestra existencia cristiana, creciendo en el seguimiento de Cristo, en la comunión con él para entrar cada vez más íntimamente en la relación de amor con Dios Padre, que sostiene la nuestra. Esta realidad fundamental se nos revela cuando nos abrimos al Espíritu Santo y él nos hace dirigirnos a Dios diciéndole «¡Abba, Padre!». Realmente, más allá de la creación, hemos entrado en la adopción con Jesús; unidos, estamos realmente en Dios, somos hijos de un modo nuevo, en una nueva dimensión.

Ahora deseo volver a los dos pasajes de san Pablo, que estamos considerando, sobre esta acción del Espíritu Santo en nuestra oración; también aquí son dos pasajes que se corresponden, pero que contienen un matiz diverso. En la *Carta a los Gálatas*, de hecho, el Apóstol afirma que el Espíritu clama en nosotros «¡Abba, Padre!»; en la *Carta a los Romanos* dice que somos nosotros

quienes clamamos «¡Abba, Padre!». Y san Pablo quiere darnos a entender que la oración cristiana nunca es, nunca se realiza en sentido único desde nosotros a Dios, no es solo una «acción nuestra», sino que es expresión de una relación recíproca en la que Dios actúa primero: es el Espíritu Santo quien clama en nosotros, y nosotros podemos clamar porque el impulso viene del Espíritu Santo. Nosotros no podríamos orar si no estuviera inscrito en la profundidad de nuestro corazón el deseo de Dios, el ser hijos de Dios. Desde que existe, el *homo sapiens* siempre está en busca de Dios, trata de hablar con Dios, porque Dios se ha inscrito a sí mismo en nuestro corazón. Así pues, la primera iniciativa viene de Dios y, con el Bautismo, Dios actúa de nuevo en nosotros, el Espíritu Santo actúa en nosotros; es el primer iniciador de la oración, para que nosotros podamos realmente hablar con Dios y decir «Abba» a Dios. Por consiguiente, su presencia abre nuestra oración y nuestra vida, abre a los horizontes de la Trinidad y de la Iglesia.

Además -este es el segundo punto-, comprendemos que la oración del Espíritu de Cristo en nosotros y la nuestra en él, no es solo un acto individual, sino un acto de toda la Iglesia. Al orar, se abre nuestro corazón, entramos en comunión no solo con Dios, sino también propiamente con todos los hijos de Dios, porque somos uno. Cuando nos dirigimos al Padre en nuestra morada interior, en el silencio y en el reco-

gimiento, nunca estamos solos. Quien habla con Dios no está solo. Estamos inmersos en la gran oración de la Iglesia, somos parte de una gran sinfonía que la comunidad cristiana esparcida por todos los rincones de la tierra y en todos los tiempos eleva a Dios; ciertamente los músicos y los instrumentos son distintos -y este es un elemento de riqueza-, pero la melodía de alabanza es única y en armonía. Así pues, cada vez que clamamos y decimos: «¡Abba, Padre!» es la Iglesia, toda la comunión de los hombres en oración, la que sostiene nuestra invocación, y nuestra invocación es invocación de la Iglesia. Esto se refleja también en la riqueza de los carismas, de los ministerios, de las tareas que realizamos en la comunidad. San Pablo escribe a los cristianos de Corinto: «Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos» (1 Co 12, 4-6). La oración guiada por el Espíritu Santo, que nos hace decir «¡Abba, Padre!» con Cristo y en Cristo, nos inserta en el único gran mosaico de la familia de Dios, en el que cada uno tiene un puesto y un papel importante, en profunda unidad con el todo.

Una última anotación: también aprendemos a clamar «¡Abba, Padre!» con María, la Madre del Hijo de Dios. La plenitud de los tiempos, de la que habla san Pablo en la *Carta a los Gálatas* (cf. 4, 4), se realizó en el momento del «sí» de María, de su adhesión plena

a la voluntad de Dios: «He aquí la esclava del Señor» (Lc 1, 38).

Queridos hermanos y hermanas, aprendamos a gustar en nuestra oración la belleza de ser amigos, más aún, hijos de Dios, de poderlo invocar con la intimidad y la confianza que tiene un niño con sus padres, que lo aman.

Abramos nuestra oración a la acción del Espíritu Santo para que clame en nosotros a Dios «¡Abba, Padre!» y para que nuestra oración cambie, para que convierta constantemente nuestro pensar, nuestro actuar, de modo que sea cada vez más conforme al del Hijo unigénito, Jesucristo. Gracias.

CARTAS

Carta del Papa, Benedicto XVI, al Presidente de la Conferencia Episcopal Alemana

A Su Excelencia Reverendísima, Monseñor Robert Zollitsch, Arzobispo de Friburgo, *Presidente de la Conferencia Episcopal Alemana*. Herrenstraße 9. D-79098 FREIBURG

Vaticano, 14 de abril de 2012

Excelencia, venerado y querido Arzobispo:

Con ocasión de su visita del 15 de marzo de 2012, usted me hizo saber que, por lo que se refiere a la traducción de las palabras «pro multis» en las Plegarias Eucarísticas de la Santa Misa, todavía no hay unidad entre los obispos de las áreas de lengua alemana. Al parecer, se corre el riesgo de que, ante la publicación de la nueva edición del «*Gotteslob*» [libro

de cantos y oraciones], que se espera en breve, algunos sectores del ámbito lingüístico alemán deseen mantener la traducción «por todos», aún cuando la Conferencia Episcopal Alemana acordase escribir «por muchos», tal como ha sido indicado por la Santa Sede. Le había prometido que me expresaría por escrito sobre esta cuestión importante, con el fin de prevenir una división como esta en el seno más íntimo de nuestra plegaria. Esta carta que ahora dirijo por medio suyo a los miembros de la Conferencia Episcopal Alemana, se enviará también a los demás obispos de las áreas de lengua alemana.

Ante todo, permítame unas breves palabras sobre el origen del problema. En los años sesenta, cuando hubo que traducir al alemán el Misal Romano, bajo la responsabilidad de los obispos, había un consenso exegético en que la palabra «los muchos»,

«muchos», en Isaías 53,11s, era una forma de expresión hebrea que indicaba la totalidad, «todos». En los relatos de la institución de Mateo y de Marcos, la palabra «muchos» sería por tanto un «semitismo», y debería traducirse por «todos». Esta idea se aplicó también a la traducción directamente del texto latino, donde «pro multis» haría referencia, a través de los relatos evangélicos, a Isaías 53 y, por tanto, debería traducirse como «por todos». Con el tiempo, este consenso exegético se ha resquebrajado; ya no existe. En la narración de la Última Cena de la traducción ecuménica alemana de la Sagrada Escritura, puede leerse: «Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos» (*Mc* 14,24; cf. *Mt* 26,28). Con esto, se pone de relieve algo muy importante: el paso del «pro multis» al «por todos» no era en modo alguno una simple traducción, sino una interpretación, que seguramente tenía y sigue teniendo fundamento, pero es ciertamente ya una interpretación y algo más que una traducción.

Esta fusión entre traducción e interpretación pertenece en cierto sentido a los principios que, inmediatamente después del Concilio, orientaron la traducción de los libros litúrgicos en las lenguas modernas. Se tenía conciencia de cuán lejos estaban la Biblia y los textos litúrgicos del modo de pensar y de hablar del hombre de hoy, de modo que, incluso traducidos, seguían siendo en buena

parte incomprensibles para los participantes en la liturgia. Era una tarea novedosa tratar que, en la traducción, los textos sagrados fueran asequibles a los participantes en la liturgia, aunque siguieran siendo muy ajenos a su mundo; es más, los textos sagrados aparecían precisamente de este modo en su enorme lejanía. Así, los autores no solo se sentían autorizados, sino incluso en la obligación, de incluir ya la interpretación en la traducción, y de acortar de esta manera la vía hacia los hombres, pretendiendo hacer llegar a su mente y a su corazón precisamente estas palabras.

Hasta un cierto punto, el principio de una traducción del contenido del texto base, y no necesariamente literal, sigue estando justificado. Desde que debo recitar continuamente las oraciones litúrgicas en lenguas diferentes, me doy cuenta de que no es posible encontrar a veces casi nada en común entre las diversas traducciones, y que el texto único, que está en la base, con frecuencia es solo lejanamente reconocible. Además, hay ciertas banalizaciones que comportan una auténtica pérdida. Así, a lo largo de los años, también a mí personalmente me ha resultado cada vez más claro que el principio de la correspondencia no literal, sino estructural, como guía en las traducciones tiene sus límites. Estas consideraciones han llevado a la Instrucción sobre las traducciones «*Liturgiam authenticam*», emanada por la Congregación para

el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, el 28 de marzo de 2001, a poner de nuevo en primer plano el principio de la correspondencia literal, sin prescribir obviamente un verbalismo unilateral. La contribución importante que está en la base de esta instrucción consiste en la distinción entre traducción e interpretación, de la que he hablado al principio. Esta es necesaria tanto respecto a la palabra de la Escritura, como de los textos litúrgicos. Por un lado, la palabra sagrada debe presentarse lo más posible tal como es, incluso en lo que tiene de extraño y con los interrogantes que comporta; por otro lado, a la Iglesia se le ha encomendado el cometido de la interpretación, con el fin de que – en los límites de nuestra comprensión actual – nos llegue ese mensaje que el Señor nos ha destinado. Ni siquiera la traducción más esmerada puede sustituir a la interpretación: pertenece a la estructura de la revelación el que la Palabra de Dios sea leída en la comunidad interpretativa de la Iglesia, y que la fidelidad y la actualización estén enlazadas recíprocamente. La Palabra debe estar presente tal y como es, en su forma propia, tal vez extraña para nosotros; la interpretación debe confrontarse con la fidelidad a la Palabra misma, pero, al mismo tiempo, ha de hacerla accesible al oyente de hoy.

En este contexto, la Santa Sede ha decidido que, en la nueva traducción del Misal, la expresión «pro multis»

deba ser **traducida** tal y como es, y no al mismo tiempo ya interpretada. En lugar de la versión interpretada «por todos», ha de ponerse la simple traducción «por muchos». Quisiera hacer notar aquí que ni en Mateo ni en Marcos hay artículo, así pues, no «por los muchos», sino «por muchos». Si bien esta decisión, como espero, es absolutamente comprensible a la luz de la correlación fundamental entre traducción e interpretación, soy consciente sin embargo de que representa un reto enorme para todos aquellos que tienen el cometido de exponer la Palabra de Dios en la Iglesia. En efecto, para quienes participan habitualmente en la Santa Misa, esto parece casi inevitablemente como una ruptura precisamente en el corazón de lo sagrado. Ellos se dirán: Pero Cristo, ¿no ha muerto por todos? ¿Ha modificado la Iglesia su doctrina? ¿Puede y está autorizada para hacerlo? ¿Se está produciendo aquí una reacción que quiere destruir la herencia del Concilio? Por la experiencia de los últimos 50 años, todos sabemos cuán profundamente impactan en el ánimo de las personas los cambios de formas y textos litúrgicos; lo mucho que puede inquietar una modificación del texto en un punto tan importante. Por este motivo, en el momento en que, en virtud de la distinción entre traducción e interpretación, se optó por la traducción «por muchos», se decidió al mismo tiempo que esta traducción fuera precedida en cada área lingüística de una esmerada catequesis, por

medio de la cual los obispos deberían hacer comprender concretamente a sus sacerdotes y, a través de ellos, a todos los fieles por qué se hace. Hacer preceder la catequesis es la condición esencial para la entrada en vigor de la nueva traducción. Por lo que sé, una catequesis como esta no se ha hecho hasta ahora en el área lingüística alemana. El propósito de mi carta es pedirlos con la mayor urgencia a todos vosotros, queridos hermanos, la elaboración de una catequesis de este tipo, para hablar después de esto con los sacerdotes y hacerlo al mismo tiempo accesible a los fieles.

En dicha **catequesis**, se deberá explicar brevemente en primer lugar por qué, en la traducción del Misal tras el Concilio, la palabra «muchos» fue sustituida por «todos»: para expresar de modo inequívoco, en el sentido querido por Jesús, la universalidad de la salvación que de él proviene.

Pero surge inmediatamente la pregunta: Si Jesús ha muerto por todos, ¿por qué en las palabras de la Última Cena él dijo «por muchos»? Y, ¿por qué nosotros ahora nos atenemos a estas palabras de la institución de Jesús? A este punto, es necesario añadir ante todo que, según Mateo y Marcos, Jesús ha dicho «por muchos», mientras según Lucas y Pablo ha dicho «por vosotros». Aparentemente, así se restringe aún más el círculo. Y, sin embargo, es precisamente partiendo de esto como se puede llegar

a la solución. Los discípulos saben que la misión de Jesús va más allá de ellos y de su grupo; que él ha venido para reunir a los hijos de Dios dispersos por el mundo (cf. *Jn* 11,52). Pero el «por vosotros» hace que la misión de Jesús aparezca de forma absolutamente concreta para los presentes. Ellos no son miembros cualquiera de una enorme totalidad, sino que cada uno sabe que el Señor ha muerto «por mí», «por nosotros». El «por vosotros» se extiende al pasado y al futuro, se refiere a mí de manera totalmente personal; nosotros, que estamos aquí reunidos, somos conocidos y amados por Jesús en cuanto tales. Por consiguiente, este «por vosotros» no es una restricción, sino una concretización, que vale para cada comunidad que celebra la Eucaristía y que la une concretamente al amor de Jesús. En las palabras de la consagración, el Canon Romano ha unido las dos lecturas bíblicas y, de acuerdo con esto, dice: «por vosotros y por muchos». Esta fórmula fue retomada luego por la reforma litúrgica en todas las Plegarias Eucarísticas.

Pero, una vez más: ¿Por qué «por muchos»? ¿Acaso el Señor no ha muerto por todos? El hecho de que Jesucristo, en cuanto Hijo de Dios hecho hombre, sea el hombre para todos los hombres, el nuevo Adán, forma parte de las certezas fundamentales de nuestra fe. Sobre este punto, quisiera recordar solamente tres textos de la Escritura: Dios en-

tregó a su Hijo «por todos», afirma Pablo en la *Carta a los Romanos* (Rm 8,32). «Uno murió por todos», dice en la Segunda *Carta a los Corintios*, hablando de la muerte de Jesús (2 Co 5,14). Jesús «se entrego en rescate por todos», escribe en la *Primera Carta a Timoteo* (1 Tm 2,6). Pero entonces, con mayor razón, una vez más, debemos preguntarnos: si esto es así de claro, ¿por qué en la Plegaria Eucarística esta escrito «por muchos»? Ahora bien, la Iglesia ha tomado esta fórmula de los relatos de la institución en el *Nuevo Testamento*. Lo dice así por respeto a la palabra de Jesús, por permanecer fiel a él incluso en las palabras. El respeto reverencial por la palabra misma de Jesús es la razón de la fórmula de la Plegaria Eucarística. Pero ahora nos preguntamos: ¿Por qué Jesús mismo lo ha dicho precisamente así? La razón verdadera y propia consiste en que, con esto, Jesús se ha hecho reconocer como el Siervo de Dios de *Isaías* 53, ha mostrado ser aquella figura que la palabra del profeta estaba esperando. Respeto reverencial de la Iglesia por la palabra de Jesús, fidelidad de Jesús a la palabra de la «Escritura»: esta doble fidelidad es la razón concreta de la fórmula «por muchos». En esta cadena de reverente fidelidad, nos insertamos nosotros con la traducción literal de las palabras de la Escritura.

Así como hemos visto anteriormente que el «por vosotros» de la traducción lucano-paulina no res-

tringe, sino que concretiza, así podemos reconocer ahora que la dialéctica «muchos»-«todos» tiene su propio significado. «Todos» se mueve en el plano ontológico: el ser y obrar de Jesús, abarca a toda la humanidad, al pasado, al presente y al futuro. Pero históricamente, en la comunidad concreta de aquellos que celebran la Eucaristía, él llega de hecho solo a «muchos». Entonces es posible reconocer un triple significado de la correlación entre «muchos» y «todos». En primer lugar, para nosotros, que podemos sentarnos a su mesa, debería significar sorpresa, alegría y gratitud, porque él me ha llamado, porque puedo estar con él y puedo conocerlo. «Estoy agradecido al Señor, que por gracia me ha llamado a su Iglesia...» [*Canto religioso "Fest soll mein Taufbund immer steen", estrofa 1*]. En segundo lugar, significa también responsabilidad. Cómo el Señor, a su modo, llegue a los otros – a «todos» – es a fin de cuentas un misterio suyo. Pero, indudablemente, es una responsabilidad el hecho de ser llamado por él directamente a su mesa, de manera que puedo oír: «por vosotros», «por mi», él ha sufrido. Los muchos tienen responsabilidad por todos. La comunidad de los muchos debe ser luz en el candelero, ciudad puesta en lo alto de un monte, levadura para todos. Esta es una vocación que concierne a cada uno de manera totalmente personal. Los muchos, que somos nosotros, deben llevar consigo la responsabilidad por

el todo, conscientes de la propia misión. Finalmente, se puede añadir un tercer aspecto. En la sociedad actual tenemos la sensación de no ser en absoluto «muchos», sino muy pocos, una pequeña multitud, que se reduce continuamente. Pero no, somos «muchos»: «Después de esto vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lengua», dice el *Apocalipsis* de Juan (*Ap* 7,9). Nosotros somos muchos y representamos a todos. Así, ambas palabras, «muchos» y «todos» van juntas y se relacionan una con otra en la responsabilidad y en la promesa.

Excelencia, queridos hermanos en el episcopado. Con todo esto, he querido indicar la línea del contenido fundamental de la catequesis, por medio de la cual se debe preparar a sacerdotes y laicos lo más pronto posible para la nueva traducción. Espero que pueda servir al mismo tiempo para una participación más profunda en la Santa Eucaristía, integrándose en la gran tarea que nos espera con el «Año de la Fe». Confío que dicha catequesis se presente prontamente, y forme parte así de esa renovación litúrgica, a la cual se comprometió el Concilio desde su primera sesión.

Con la bendición y el saludo pascual, me confirmo suyo en el Señor.

Benedictus PP. XVI

***Carta del Papa, Benedicto XVI,
con ocasión del milenario de la
Catedral de Bamberg***

A mi venerado hermano, Ludwig Schick, Arzobispo de Bamberg

He sabido con alegría que la archidiócesis de Bamberg celebra en estos días el milenario de su catedral imperial. De buen grado, me uno en la alegría festiva a usted, excelencia, al reverendísimo obispo auxiliar, a los sacerdotes, a los diáconos y a los religiosos, así como a todos los fieles, y os expreso a todos mis mejores deseos de bendición.

En el sobresaliente edificio de la catedral de Bamberg, potencia y belleza se unen en un extraordinario testimonio de aquella fe de cuyo espíritu y fuerza nació esta sublime casa de Dios. La solemne celebración del milenario de su consagración, en la que participo íntimamente, puede llegar a ser para la archidiócesis de Bamberg el preludio del Año de la fe que proclamé para toda la Iglesia. Puede animaros a todos vosotros, sacerdotes y fieles, a redescubrir y profundizar aquella fe de la que vuestra espléndida catedral se yergue como testigo de piedra en el centro de la ciudad episcopal y de la Franconia. Por tanto, deseo invitaros a realizar mentalmente una «visita» a esa casa de Dios y a escuchar el mensaje que ella misma, aun sin usar palabras, nos anuncia de modo impresionante.

Lo que distingue a la catedral de todas las demás iglesias es la cátedra del obispo, situada en posición destacada. Por eso la llamamos catedral. La cátedra no es un trono, sino un púlpito para la enseñanza. De ella se difunde la palabra del obispo. Y los obispos, como sucesores de los Apóstoles, han sido instituidos por Dios, como enseña el concilio Vaticano II: «El que los escucha, escucha a Cristo; el que, en cambio, los desprecia, desprecia a Cristo y al que lo envió» (*Lumen gentium*, 20). El obispo, como maestro de la verdad católica, es garante de la unidad de la diócesis, de sus sacerdotes y de sus fieles, y esto solo en sintonía con la comunidad de fe de la Iglesia universal, que abraza el espacio y el tiempo.

Prosiguiendo, nos encontramos ante el altar. Es el centro de la catedral. El altar es el lugar sagrado donde se ofrece el sacrificio eucarístico, donde la pasión, la muerte y la resurrección se hacen presentes cada día de nuevo. «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (*Mt 28*, 20), prometió Jesús. Con intensidad única, la Iglesia se alegra de esta presencia en la Eucaristía, «fuente y culmen de toda la vida cristiana» (*Lumen gentium*, 11). Dicha fuente brota de este altar, y su flujo vivificante se derrama desde ahí en toda la diócesis. Además, ante este altar el obispo impone las manos a los jóvenes a quienes envía como sacerdotes a las comunidades. Allí se consagran

los óleos sagrados -el del Crisma, el de los catecúmenos y el de los enfermos-, con los cuales se administran los santos sacramentos en toda la archidiócesis. En verdad, este altar es el corazón de toda la archidiócesis.

Aquí se nos revela la verdadera naturaleza escondida de la Iglesia. Aun constituyendo una comunidad compuesta por personas, es al mismo tiempo un misterio divino. Cuerpo de Cristo, casa de Dios, así la llama la Sagrada Escritura. La Iglesia de Jesucristo no es simplemente un grupo de intereses, una empresa común, en una palabra, una forma de sociedad humana que, por tanto, podría estar formada y guiada según reglas seculares, políticas, con medios temporales. Quien es llamado al servicio de la Iglesia no es un funcionario de la comunidad, sino que recibe el encargo y el mandato de Jesucristo, la Cabeza de su Cuerpo místico. Es Cristo mismo quien une a los fieles en una unidad llena de vida.

Nos detenemos luego ante el extraordinario monumento fúnebre de los santos Enrique y Cunegunda, realizado por Riemenschneider. Fueron cristianos ejemplares que por los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y el Matrimonio recibieron el mandato y la misión al servicio del reino de Dios en el mundo. En esta pareja de reyes santos, podéis reconocer, queridos hermanos y hermanas, lo que significa vivir como

cristianos en el mundo y plasmarlo según el espíritu de Cristo. La tumba de la pareja imperial, así como la del rey Conrado III, os impulsan a anunciar la Palabra del Evangelio en la familia, en la profesión, en la sociedad, en la economía y en la cultura, y a forjar las realidades terrenas según su espíritu.

Por último, vuestra catedral custodia la tumba del Papa Clemente II, quien incluso después de su elección como sucesor de Pedro quiso seguir siendo obispo de Bamberg, dando así una notable prueba de la unidad de Bamberg con Roma. También esta tumba nos transmite un mensaje. Es un eco de las palabras que en cierta ocasión el Señor dijo a Pedro y, a través de su persona, a todos sus sucesores: Pedro, «sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará» (Mt 16, 18). Estas palabras recuerdan que vuestra archidiócesis de Bamberg está construida sobre esta piedra. En estrecha comunión con el Sucesor del apóstol Pedro y con la Iglesia universal encontraréis, también en la actual crisis de fe, una certeza de fe y una confianza inquebrantables.

La cátedra del obispo, el altar y las tumbas de los patronos de vuestra diócesis, así como las de un Papa y un rey, han transmitido su mensaje en nuestro tiempo. Lo mismo hacen los fuertes muros de la catedral, que custodian estos lugares sagrados. Son muros que han resistido a las tempestades

de un milenio. Sobre ellos, se han abatido las olas de las ideologías del siglo pasado hostiles a Dios y a los hombres. La casa estaba y sigue estando construida sobre piedra. Por último, están las cuatro altas torres de la catedral imperial, que apuntan hacia el cielo. Indican la meta de la peregrinación terrena de la Iglesia, como dice el lema del jubileo de la catedral: «Al encuentro del cielo». En este sentido, quiera Dios que el jubileo impulse «hacia el cielo» también a la Iglesia de Bamberg, a todos los fieles y a quienes visitan la catedral.

Conocer esta casa edificada sobre piedra, queridos hermanos y hermanas, puede reforzaros en la certeza de que el Señor no abandona a su Iglesia, tampoco en el futuro, aunque parezca difícil. En la Iglesia, de la que la catedral milenaria es un símbolo poderoso, también las generaciones futuras de fieles católicos encontrarán la patria del corazón y protección.

Que María, Madre de nuestro Señor, a la que llamáis con orgullo y con alegría duquesa de la Franconia, y los santos patronos de la diócesis Enrique y Cunegunda, sigan extendiendo su mano protectora sobre la catedral, sobre la ciudad, sobre la archidiócesis y sobre toda la Franconia. Con este deseo os imparto de corazón a todos la bendición apostólica.

Vaticano, 3 de mayo de 2012, fiesta de los Apóstoles Felipe y Santiago

DISCURSOS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el concierto ofrecido por el Gewandhaus de Leipzig con ocasión del 85º cumpleaños del Santo Padre

Sala Pablo VI. Viernes, 20 de abril de 2012

Señor ministro presidente, distinguidos huéspedes del Estado libre de Sajonia y de la ciudad de Leipzig, señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, amables señores y señoras:

Con esta espléndida ejecución de la sinfonía n. 2 «Lobgesang», de Felix Mendelssohn-Bartholdy, me habéis hecho un precioso regalo a mí, con ocasión de mi cumpleaños, así como a todos los presentes. En efecto, esta sinfonía es un gran himno de alabanza a Dios, una plegaria con la que hemos alabado y dado gracias al Señor por sus dones. Pero, ante todo, quiero dar las gracias a quienes han hecho posible este momento. En primer lugar, a la *Gewandhausorchester*, que no tiene necesidad de presentación: se trata de una de las orquestas más antiguas del mundo, con una tradición de excelente calidad de ejecución y una notable fama. Un cordial agradecimiento a los óptimos coros y solistas, pero, de modo del todo especial al maestro Riccardo Chailly por su intensa interpretación. Mi gratitud se extiende al ministro presidente y a los representantes del Estado libre de

Sajonia, al alcalde y a la delegación de la ciudad de Leipzig y a las autoridades eclesiásticas, así como a los responsables del *Gewandhaus* y a todos los que han venido de Alemania.

Mendelssohn, sinfonía «Lobgesang» y *Gewandhaus*: tres elementos unidos no solo esta tarde, sino desde los comienzos. En efecto, la gran sinfonía para coro, solistas y orquesta que hemos escuchado fue compuesta por Mendelssohn para celebrar el cuarto centenario de la invención de la imprenta, y fue interpretada por primera vez en la *Thomaskirche* de Leipzig, la iglesia de Johann Sebastian Bach, el 25 de junio de 1840, precisamente por la orquesta del *Gewandhaus*. En el estrado, estaba Mendelssohn en persona, quien durante años fue director de esta antigua y prestigiosa orquesta.

Esta composición consta de tres movimientos solo para orquesta, sin solución de continuidad, y también de una especie de cantata con solistas y coro. En una carta a su amigo Karl Klingemann, el propio Mendelssohn explicaba que en esta sinfonía «primero alaban los instrumentos de un modo muy propio de ellos, y después el coro y las voces individuales». El arte como alabanza a Dios, Belleza suprema, está en la base del modo de componer de Mendelssohn, y esto no solo por lo que respecta a la música

litúrgica o sacra, sino también a toda su producción. Como refiere Julius Schubring, para él la música sacra como tal no estaba un escalón más arriba que la otra; cada una a su manera debía servir para honrar a Dios. Y el lema que Mendelssohn escribió en la partitura de la sinfonía «Lobgesang», reza así: «Quisiera ver todas las artes, en particular la música, al servicio de Aquel que las ha dado y creado». El mundo ético-religioso de nuestro autor no estaba separado de su concepción del arte; antes bien, era parte integrante de él: «*Kunst und Leben sind nicht zweierlei*», el arte y la vida no son dos cosas distintas, sino una sola cosa, escribió. Una profunda unidad de vida cuyo elemento unificador es la fe, que caracterizó toda la existencia de Mendelssohn y guió sus decisiones. En sus cartas, descubrimos este hilo conductor. A su amigo Schirmer, el 9 de enero de 1841, refiriéndose a su familia, le decía: «Ciertamente, a veces hay preocupaciones y días serios... pero no se puede hacer otra cosa que pedir fervientemente a Dios que nos conserve la salud y la felicidad que nos ha dado»; y el 17 de enero de 1843 escribía a Klingemann: «Todos los días doy gracias a Dios de rodillas por todo el bien que me da». Por tanto, una fe sólida, convencida, alimentada de modo profundo por la Sagrada Escritura, como muestran, entre otros, los dos oratorios «Paulus» y «Elias», y la sinfonía que hemos escuchado, llena de referencias bíblicas, sobre todo de

los Salmos y de san Pablo. Me resulta difícil destacar algunos de los intensos momentos que hemos vivido esta tarde; solo quiero recordar el maravilloso dúo entre las sopranos y el coro con las palabras «*Ich harrete des Herrn, und er neigte sich zu mir und hörte mein Fleh'n*», tomadas del salmo 40: «Yo esperaba al Señor; él se inclinó y escuchó mi grito»; es el canto de quien pone toda su esperanza en Dios y sabe con certeza que no será defraudado.

De nuevo, gracias a la orquesta y al coro del *Gewandhaus*, al coro del *Mitteldeutscher Rundfunk* (mdr), a los solistas y al director, así como a las autoridades del Estado libre de Sajonia y de la ciudad de Leipzig por la ejecución de esta «obra luminosa», como la llamó Robert Schumann, que nos ha permitido a todos alabar a Dios; y yo, de modo particular, una vez más he podido dar las gracias a Dios por los años de vida y de ministerio.

Quiero concluir con las palabras que Robert Schumann escribió en la revista *Neue Zeitschrift für Musik*, después de haber asistido a la primera ejecución de la sinfonía que hemos escuchado, y que quieren ser una invitación sobre la cual reflexionar: «Dejad que nosotros, como reza el texto al que tan espléndidamente puso música el maestro, cada vez más “abandonemos la obras de la oscuridad y empuñemos las armas de la luz”». Gracias a todos y buenas tardes.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los miembros de la Fundación
Papal***

*Sala Clementina. Sábado, 21 de abril
de 2012*

Queridos amigos:

Me agrada saludar a los miembros de la Fundación Papal con ocasión de vuestra peregrinación anual a Roma. Quiera Dios que vuestra visita a las tumbas de los Apóstoles y mártires fortalezcan vuestro amor al Señor crucificado y resucitado, y vuestro compromiso al servicio de su Iglesia. Me alegra tener esta ocasión para agradecer personalmente vuestro apoyo a una gran variedad de apostolados cercanos al corazón del Sucesor de Pedro.

En los próximos meses tendré el honor de canonizar a dos nuevas santas de América del Norte. La beata Catalina Tekakwitha y la beata madre Mariana Cope son ejemplos notables de santidad y caridad heroica, pero también nos recuerdan el histórico papel desempeñado por las mujeres en la construcción de la Iglesia en América. Que gracias a su ejemplo e intercesión todos vosotros seáis confirmados en la búsqueda de la santidad y en vuestros esfuerzos por contribuir al crecimiento del reino de Dios en el corazón de las personas hoy. A través de la obra de la Fundación Papal ayudáis a impulsar la misión evangelizadora de la Iglesia, a promover la educación y el desarrollo integral de nuestros herma-

nos y hermanas en los países más pobres, y a sostener los esfuerzos misioneros de numerosas diócesis y congregaciones religiosas en todo el mundo.

Durante estos días os pido que recéis continuamente por las necesidades de la Iglesia universal y, en particular, por la libertad de los cristianos de proclamar el Evangelio y llevar su luz a las cuestiones morales urgentes de nuestro tiempo. Con gran afecto, os encomiendo, a vosotros y a vuestras familias a la amorosa intercesión de María, Madre de la Iglesia, y os imparto cordialmente mi bendición apostólica como prenda de alegría y paz en el Señor resucitado.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en la visita a la Universidad
Católica del Sagrado Corazón en el
50º Aniversario de fundación de la
Facultad de Medicina y Cirugía del
Policlínico Agostino Gemelli***

Jueves 3 de mayo de 2012

Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, honorable señor presidente de la Cámara y señores ministros, ilustre pro-rector, distinguidas autoridades, ocentes, médicos, distinguido personal sanitario y universitario, queridos estudiantes y queridos pacientes:

Con particular alegría, me encuentro hoy con vosotros para celebrar los

50 años de fundación de la Facultad de medicina y cirugía del Policlínico «Agostino Gemelli». Agradezco al presidente del Instituto Toniolo, cardinal Angelo Scola, y al pro-rector, profesor Franco Anelli, las amables palabras que me han dirigido. Saludo al señor presidente de la Cámara, honorable Gianfranco Fini, a los señores ministros, honorables Lorenzo Ornaghi y Renato Balduzzi, a las numerosas autoridades, así como a los docentes, a los médicos, al personal y a los estudiantes del Policlínico y de la Universidad Católica. Un pensamiento especial a vosotros, queridos pacientes.

En esta circunstancia, quiero ofrecer algunas reflexiones. Vivimos en un tiempo en que las ciencias experimentales han transformado la visión del mundo e incluso la auto-comprensión del hombre. Los múltiples descubrimientos, las tecnologías innovadoras que se suceden a un ritmo frenético, son razón de un orgullo motivado, pero a menudo no carecen de aspectos inquietantes. De hecho, en el trasfondo del optimismo generalizado del saber científico se extiende la sombra de una crisis del pensamiento. El hombre de nuestro tiempo, rico en medios, pero no igualmente en fines, a menudo vive condicionado por un reduccionismo y un relativismo que llevan a perder el significado de las cosas; casi deslumbrado por la eficacia técnica, olvida el horizonte fundamental de la de-

manda de sentido, relegando así a la irrelevancia la dimensión trascendente. En este trasfondo, el pensamiento resulta débil y gana terreno también un empobrecimiento ético, que oscurece las referencias normativas de valor. La que ha sido la fecunda raíz europea de cultura y de progreso parece olvidada. En ella, la búsqueda del absoluto -el *quaerere Deum*- comprendía la exigencia de profundizar las ciencias profanas, todo el mundo del saber (cf. *Discurso en el Collège des Bernardins de París*, 12 de septiembre de 2008). En efecto, la investigación científica y la demanda de sentido, aun en la específica fisonomía epistemológica y metodológica, brotan de un único manantial, el *Logos* que preside la obra de la creación y guía la inteligencia de la historia. Una mentalidad fundamentalmente tecno-práctica genera un peligroso desequilibrio entre lo que es técnicamente posible y lo que es moralmente bueno, con consecuencias imprevisibles.

Es importante, por tanto, que la cultura redescubra el vigor del significado y el dinamismo de la trascendencia, en una palabra, que abra con decisión el horizonte del *quaerere Deum*. Viene a la mente la célebre frase agustiniana «Nos has creado para ti [Señor], y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti» (*Confesiones*, I, 1). Se puede decir que el mismo impulso a la investigación científica brota de la nostalgia de Dios que habita en el corazón humano: en el fondo, el hombre

de ciencia tiende, también de modo inconsciente, a alcanzar aquella verdad que puede dar sentido a la vida. Pero por más apasionada y tenaz que sea la búsqueda humana, no es capaz de alcanzar con seguridad ese objetivo con sus propias fuerzas, porque «el hombre no es capaz de esclarecer completamente la extraña penumbra que se cierne sobre la cuestión de las realidades eternas... Dios debe tomar la iniciativa de salir al encuentro y de dirigirse al hombre» (J. Ratzinger, *L'Europa di Benedetto nella crisi delle culture*, Cantagalli, Roma 2005, 124). Así pues, para restituir a la razón su dimensión nativa integral, es preciso redescubrir el lugar originario que la investigación científica comparte con la búsqueda de fe, *fides quaerens intellectum*, según la intuición de san Anselmo. Ciencia y fe tienen una reciprocidad fecunda, casi una exigencia complementaria de la inteligencia de lo real. Pero, de modo paradójico, precisamente la cultura positivista, excluyendo la pregunta sobre Dios del debate científico, determina la declinación del pensamiento y el debilitamiento de la capacidad de inteligencia de lo real. Pero el *quaerere Deum* del hombre se perdería en una madeja de caminos si no saliera a su encuentro una vía de iluminación y de orientación segura, que es la de Dios mismo que se hace cercano al hombre con inmenso amor: «En Jesucristo Dios no solo habla al hombre, sino que lo busca. Es una búsqueda que nace de lo íntimo de Dios y tiene su punto culminante en la encarnación

del Verbo» (Juan Pablo II, *Tertio millennio adveniente*, 7).

El cristianismo, religión del *Logos*, no relega la fe al ámbito de lo irracional, sino que atribuye el origen y el sentido de la realidad a la Razón creadora, que en el Dios crucificado se manifestó como amor y que invita a recorrer el camino del *quaerere Deum*: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Comenta aquí santo Tomás de Aquino: «El punto de llegada de este camino es el fin del deseo humano. Ahora bien, el hombre desea principalmente dos cosas: en primer lugar el conocimiento de la verdad que es propio de su naturaleza. En segundo lugar, la permanencia en el ser, propiedad común a todas las cosas. En Cristo, se encuentran ambos... Así pues, si buscas por dónde pasar, acoge a Cristo porque él es el camino» (*Exposiciones sobre Juan*, cap. 14, *lectio* 2). El Evangelio de la vida ilumina, por tanto, el camino arduo del hombre, y ante la tentación de la autonomía absoluta, recuerda que «la vida del hombre proviene de Dios, es su don, su imagen e impronta, participación de su sople vital» (Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, 39). Y es precisamente recorriendo la senda de la fe como el hombre se hace capaz de descubrir incluso en las realidades de sufrimiento y de muerte, que atraviesan su existencia, una posibilidad auténtica de bien y de vida. En la cruz de Cristo, reconoce el Árbol de la vida, revelación del amor apasionado de Dios por el hombre. La atención hacia quienes sufren es, por tanto, un

encuentro diario con el rostro de Cristo, y la dedicación de la inteligencia y del corazón se convierte en signo de la misericordia de Dios y de su victoria sobre la muerte.

Vivida en su integridad, la búsqueda se ve iluminada por la ciencia y la fe, y de estas dos «alas» recibe impulso y estímulo, sin perder la justa humildad, el sentido de su propia limitación. De este modo, la búsqueda de Dios resulta fecunda para la inteligencia, fermento de cultura, promotora de auténtico humanismo, búsqueda que no se queda en la superficie. Queridos amigos, dejaos guiar siempre por la sabiduría que viene de lo alto, por un saber iluminado por la fe, recordando que la sabiduría exige la pasión y el esfuerzo de la búsqueda.

Se inserta aquí la tarea insustituible de la Universidad Católica, lugar en donde la relación educativa se pone al servicio de la persona en la construcción de una competencia científica cualificada, arraigada en un patrimonio de saberes que el sucederse de las generaciones ha destilado en sabiduría de vida; lugar en donde la relación de curación no es oficio, sino una misión; donde la caridad del Buen Samaritano es la primera cátedra; y el rostro del hombre sufriente, el Rostro mismo de Cristo: «A mí me lo hicisteis» (*Mt 25, 40*). La Universidad Católica del Sagrado Corazón, en el trabajo diario de investigación, de enseñanza y de estudio, vive en esta *traditio* que expresa su pro-

pio potencial de innovación: ningún progreso, y mucho menos en el plano cultural, se alimenta de mera repetición, sino que exige un inicio siempre nuevo. Requiere además la disponibilidad a la confrontación y al diálogo que abre la inteligencia y testimonia la rica fecundidad del patrimonio de la fe. Así se da forma a una sólida estructura de personalidad, donde la identidad cristiana penetra la vida diaria y se expresa desde dentro de una profesionalidad excelente.

La Universidad Católica, que mantiene una relación especial con la Sede de Pedro, hoy está llamada a ser una institución ejemplar que no limita el aprendizaje a la funcionalidad de un éxito económico, sino que amplía la dimensión de su proyección en la que el don de la inteligencia investiga y desarrolla los dones del mundo creado, superando una visión solo productivista y utilitarista de la existencia, porque «el ser humano está hecho para el don, el cual manifiesta y desarrolla su dimensión trascendente» (*Caritas in veritate*, 34). Precisamente esta conjugación de investigación científica y de servicio incondicional a la vida delinea la fisonomía católica de la Facultad de medicina y cirugía «Agostino Gemelli», porque la perspectiva de la fe es interior -no superpuesta ni yuxtapuesta- a la investigación aguda y tenaz del saber.

Una Facultad católica de medicina es lugar donde el humanismo trascendente no es eslogan retórico, sino regla

vivida de la dedicación diaria. Soñando una Facultad de medicina y cirugía auténticamente católica, el padre Gemelli -y con él muchos otros, como el profesor Brasca-, ponía en el centro de la atención a la persona humana en su fragilidad y en su grandeza, en los siempre nuevos recursos de una investigación apasionada y en la no menor consciencia del límite y del misterio de la vida. Por esto, habéis querido instituir un nuevo Centro de Ateneo para la vida, que sostenga otras realidades ya existentes, como por ejemplo, el Instituto científico internacional Pablo VI. Así pues, estimulo la atención a la vida en todas sus fases.

Quiero dirigirme ahora, en particular a todos los pacientes presentes aquí en el «Gemelli», asegurarles mi oración y mi afecto, y decirles que aquí se les seguirá siempre con amor, porque en su rostro se refleja el del Cristo sufriente.

Es precisamente el amor de Dios, que resplandece en Cristo, el que hace aguda y penetrante la mirada de la investigación y ayuda a descubrir lo que ninguna otra investigación es capaz de captar. Lo tenía muy presente el beato Giuseppe Toniolo, quien afirmaba que es propio de la naturaleza del hombre ver en los demás la imagen de Dios amor y, en la creación, su huella. Sin amor, también la ciencia pierde su nobleza. Sólo el amor garantiza la humanidad de la investigación. Gracias por la atención.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a un grupo de obispos de Estados
Unidos con ocasión de su visita "AD
LIMINA APOSTOLORUM"***

Queridos hermanos en el episcopado:

Os saludo a todos con afecto en el Señor y os expreso mis mejores deseos para una peregrinación *ad limina Apostolorum* llena de gracia. Durante nuestros encuentros he reflexionado con vosotros y con vuestros hermanos en el episcopado sobre los desafíos intelectuales y culturales de la nueva evangelización en el contexto de la sociedad estadounidense contemporánea. Hoy deseo afrontar la cuestión de la educación religiosa y de la formación en la fe de la próxima generación de católicos en vuestro país.

Ante todo, quiero expresar mi aprecio por los grandes progresos que se han logrado en los últimos años para mejorar la catequesis, revisar los textos y adecuarlos al *Catecismo de la Iglesia católica*. También se han realizado importantes esfuerzos para preservar el gran patrimonio de las escuelas católicas primarias y secundarias de Estados Unidos, que se han visto profundamente afectadas por los cambios demográficos y el aumento de los costes, aun asegurando que la educación que proporcionan sigue estando al alcance de todas las familias, independientemente de su situación económica. Como se ha mencionado a menudo en nuestros encuentros, estas escuelas

siguen siendo un recurso fundamental para la nueva evangelización, y la significativa contribución que dan a la sociedad estadounidense en su conjunto debería ser más apreciada y sostenida con más generosidad.

En el ámbito de la educación superior, muchos de vosotros habéis señalado un creciente reconocimiento, por parte de los institutos y las universidades católicos, de la necesidad de reafirmar su identidad distintiva con fidelidad a sus ideales fundacionales y a la misión de la Iglesia al servicio del Evangelio. Pero queda aún mucho por hacer, especialmente en áreas fundamentales como la conformidad con el mandato establecido en el canon 812 para quienes enseñan disciplinas teológicas. La importancia de esta norma canónica, como expresión tangible de comunión eclesial y de solidaridad en el apostolado educativo de la Iglesia, resulta aún más evidente si tenemos en cuenta la confusión creada por casos de aparentes divergencias entre algunos representantes de las instituciones católicas y la dirección pastoral de la Iglesia: dichas divergencias perjudican el testimonio de la Iglesia y, como ha demostrado la experiencia, pueden ser fácilmente aprovechadas para comprometer su autoridad y su libertad.

No es exagerado afirmar que proporcionar a los jóvenes una sólida educación en la fe representa el desafío interno más urgente que debe afrontar la comunidad católica en vuestro

país. El depósito de la fe es un tesoro inestimable que cada generación debe transmitir a la sucesiva, conquistando corazones para Jesucristo y formando las mentes en el conocimiento, en la comprensión y en el amor a su Iglesia. Es gratificante constatar cómo también en nuestros días la visión cristiana, presentada en su amplitud e integridad, se demuestra inmensamente atractiva para la imaginación, el idealismo y las aspiraciones de los jóvenes, que tienen derecho a conocer la fe en toda su belleza, su riqueza intelectual y sus exigencias radicales.

Aquí quiero simplemente proponer algunos puntos que espero sean útiles para vuestro discernimiento al afrontar este desafío.

Ante todo, como sabemos, la tarea fundamental de una educación auténtica en todos los niveles no consiste meramente en transmitir conocimientos, aunque eso sea esencial, sino también en formar los corazones. Existe la necesidad constante de conjugar el rigor intelectual al comunicar de modo eficaz, atractivo e integral la riqueza de la fe de la Iglesia con la formación de los jóvenes en el amor a Dios, en la práctica de la moral cristiana y en la vida sacramental y, además, en el cultivo de la oración personal y litúrgica.

De ahí se sigue que la cuestión de la identidad católica, también a nivel universitario, implica mucho más que la enseñanza de la religión o la mera pre-

sencia de una capellanía en el campus. Con demasiada frecuencia, al parecer, las escuelas y las universidades católicas no han logrado impulsar a los estudiantes a reapropiarse de su fe como parte de los estimulantes descubrimientos intelectuales que caracterizan la experiencia de la educación superior. El hecho de que muchos nuevos estudiantes se encuentran separados de su familia, de su escuela y de los sistemas de apoyo comunitarios que antes facilitaban la transmisión de la fe, debería impulsar constantemente a las instituciones educativas católicas a crear redes de apoyo nuevas y eficaces. En todos los aspectos de su educación, a los estudiantes se los debe alentar a articular una visión de la armonía entre fe y razón capaz de guiar una búsqueda del conocimiento y de la virtud que dure toda la vida. Como siempre, en este proceso desempeñan un papel esencial los profesores que estimulan a otros con su amor evidente a Cristo, su testimonio de sólida devoción y su compromiso por la *sapientia christiana* que integra la fe y la vida, la pasión intelectual y el aprecio por el esplendor de la verdad, tanto divina como humana.

De hecho, la fe, por su misma naturaleza, exige una conversión constante e integral a la plenitud de la verdad revelada en Cristo. Él es el Logos creador, en el que todas las cosas han sido creadas y en el que todas las realidades subsisten (cf. *Col* 1, 17); es el nuevo Adán, que revela la verdad última sobre el hombre y sobre el mundo en el

que vivimos. En un tiempo, semejante al nuestro, de grandes cambios culturales y de transformaciones sociales, san Agustín indicaba esta relación intrínseca entre fe y empresa intelectual humana recurriendo a Platón, el cual afirmaba que, según él, «amar la sabiduría es amar a Dios» (*De Civitate Dei*, VIII, 8). El compromiso cristiano en favor del aprendizaje, que hizo nacer las universidades medievales, se fundaba en esta convicción de que el único Dios, como fuente de toda verdad y bondad, también es la fuente del deseo ardiente del intelecto de conocer y del deseo de la voluntad de realizarse en el amor.

Sólo en esta luz, podemos apreciar la contribución peculiar de la educación católica, que realiza una «*diakonía* de la verdad» inspirada por una caridad intelectual consciente de que guiar a los demás hacia la verdad es, en el fondo, un acto de amor (cf. *Discurso a los educadores católicos*, Washington, 17 de abril de 2008). El hecho de que la fe reconozca la unidad esencial de todo conocimiento constituye un baluarte contra la alienación y la fragmentación que se producen cuando el uso de la razón se separa de la búsqueda de la verdad y de la virtud; en este sentido, las instituciones católicas desempeñan un papel específico para ayudar a superar la crisis actual de las universidades. Sólidamente arraigados en esta visión de la interrelación intrínseca entre fe, razón y búsqueda de la excelencia humana, todo intelectual cristiano y todas las instituciones educativas de la Iglesia

deben estar convencidos, y deseosos de convencer a otros, de que ningún aspecto de la realidad permanece ajeno o no tocado por el misterio de la redención y por el dominio del Señor resucitado sobre toda la creación.

Durante mi visita pastoral a Estados Unidos hablé de la necesidad que tiene la Iglesia estadounidense de cultivar «un modo de pensar, una “cultura” intelectual que sea auténticamente católica» (*Homilía en el Nationals Stadium de Washington*, 17 de abril de 2008: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 25 de abril de 2008, p. 5). Asumir esta tarea conlleva ciertamente una renovación de la apologética y un énfasis en los rasgos distintivos católicos; pero, en última instancia, debe orientarse a proclamar la verdad liberadora de Cristo y a fomentar un diálogo y una cooperación más amplios para construir una sociedad cada vez más sólidamente arraigada en un humanismo auténtico, inspirado por el Evangelio y fiel a los valores más altos de la herencia cívica y cultural estadounidense. En el momento actual de la historia de vuestra nación, este es el desafío y la oportunidad que espera a toda la comunidad católica y que las instituciones educativas de la Iglesia deberían ser las primeras en reconocer y abrazar.

Al concluir estas breves reflexiones, deseo expresar una vez más mi gratitud, y la de toda la Iglesia, por el generoso compromiso, a menudo acompañado

por el sacrificio personal, demostrado por tantos profesores y administradores que trabajan en la vasta red de escuelas católicas en vuestro país. A vosotros, queridos hermanos, y a todos los fieles encomendados a vuestra solicitud pastoral, imparto de corazón mi bendición apostólica como prenda de sabiduría, alegría y paz en el Señor resucitado.

Palabras del Papa, Benedicto XVI, durante la audiencia a la Guardia Suiza Pontificia con ocasión del juramento de los nuevos reclutas

Sala Clementina. Lunes, 7 de mayo de 2012

Señor comandante, monseñor capellán, queridos oficiales y miembros de la Guardia Suiza, ilustres huéspedes, queridos hermanos y hermanas:

Deseo dirigiros a todos vosotros un cordial saludo. En particular, doy mi bienvenida a los reclutas, hoy rodeados de sus padres, familiares y amigos; así como a los representantes de las autoridades suizas, llegados para esta feliz circunstancia. Vosotros, queridos guardias, tenéis el privilegio de trabajar durante algunos años en el corazón de la cristiandad y vivir en la «Ciudad Eterna». Vuestros familiares, y cuantos han querido compartir con vosotros estos días de fiesta, han asociado su participación en la ceremonia

de juramento a una peregrinación a la tumba de los Apóstoles. A todos deseo que tengáis aquí, en Roma, la singular experiencia de la universalidad de la Iglesia y que os fortalezcáis y profundicéis en la fe, sobre todo con los momentos de oración y los encuentros que caracterizan esta jornada.

Las funciones que cumple la Guardia Suiza constituyen un servicio directo al Sumo Pontífice y a la Sede Apostólica. Por ello es motivo de vivo aprecio el hecho de que haya jóvenes que elijan consagrar algunos años de su existencia en total disponibilidad al Sucesor de Pedro y a sus colaboradores. Vuestro trabajo se sitúa en el surco de una indiscutida fidelidad al Papa, que fue heroica en el «Saqueo de Roma» en 1527, cuando, el 6 de mayo, vuestros predecesores sacrificaron su vida. El peculiar servicio de la Guardia Suiza no podía entonces ni puede tampoco hoy llevarse a cabo sin aquellas características que distinguen a cada miembro del cuerpo: solidez en la fe católica, fidelidad y amor hacia la Iglesia de Jesucristo, diligencia y perseverancia en las pequeñas y grandes tareas cotidianas, valentía y humildad, altruismo y disponibilidad. De estas virtudes, debe estar lleno vuestro corazón cuando prestáis el servicio de honor y de seguridad en el Vaticano.

Sed atentos los unos con los otros, para sosteneros en el trabajo cotidiano y edificaros recíprocamente, y con-

servad el estilo de caridad evangélica con las personas que encontréis cada día. En la Sagrada Escritura, la llamada al amor del prójimo está vinculada al mandamiento de amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas (cf. *Mc* 12, 29-31). Para dar amor a los hermanos es necesario sacarlo de la forja de la caridad divina, gracias a pausas prolongadas de oración, a la constante escucha de la Palabra de Dios y a una existencia totalmente centrada en el misterio de la Eucaristía.

El secreto de la eficacia de vuestro trabajo aquí, en el Vaticano, así como de cada proyecto vuestro es, por lo tanto, la continua referencia a Cristo. Este es también el testimonio de no pocos de vuestros predecesores, que se caracterizaron no solo en el cumplimiento de su trabajo, sino también en el compromiso de vida cristiana. Algunos han sido llamados a seguir al Señor en el camino del sacerdocio o de la vida consagrada, y han respondido con prontitud y entusiasmo. Otros coronaron felizmente con el sacramento del Matrimonio su vocación conyugal. Doy gracias a Dios, fuente de todo bien, por los diversos dones y las distintas misiones que él os confía, y ruego para que también vosotros, que iniciáis vuestro servicio, respondáis plenamente a la llamada de Cristo siguiéndole con fiel generosidad.

Queridos amigos, aprovechad el tiempo que paséis aquí, en Roma, para

crecer en la amistad con Cristo, amar cada vez más a su Iglesia y caminar hacia la meta de toda verdadera vida cristiana: la santidad.

Que os ayude la Virgen María, a quien honramos de modo especial en el mes de mayo, a experimentar cada día más la comunión profunda con Dios, que para nosotros, creyentes, empieza en la tierra y será completa en el cielo. De hecho estamos llamados, como recuerda san Pablo, a ser «conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios» (Ef 2, 19). Con estos sentimientos, os aseguro mi constante recuerdo en la oración y de corazón os imparto a cada uno la bendición apostólica.

***Saludo del Papa, Benedicto XVI,
a una delegación del Congreso Judío
Latinoamericano***

*Sala de los Papas. Jueves, 10 de mayo
de 2012*

Queridos amigos judíos:

Mucho me complace dar la bienvenida a esta delegación del *Congreso Judío Latinoamericano*. Nuestro encuentro es particularmente significativo, pues ustedes son el primer grupo que representa a organizaciones y comunidades judías en América Latina con el que me he encontrado aquí en el Vaticano. En toda Latinoamérica hay comunida-

des judías dinámicas, especialmente en Argentina y Brasil, que viven junto a una gran mayoría de católicos. A partir de los años del Concilio Vaticano II, las relaciones entre judíos y católicos se han fortalecido también en su región, y hay diversas iniciativas que siguen profundizando la mutua amistad.

Como ustedes saben, el próximo mes de octubre se celebra el cincuentenario del comienzo del Concilio Vaticano II, cuya Declaración *Nostra Aetate* sigue siendo la base y guía en nuestros esfuerzos por promover mayor comprensión, respeto y cooperación entre nuestras dos comunidades. Esta Declaración no solo asumió una neta posición contra toda forma de antisemitismo, sino que sentó también las bases para una nueva valoración teológica de la relación de la Iglesia con el judaísmo, y manifestó su confianza en que el aprecio de la herencia espiritual compartida por judíos y cristianos llevaría a una comprensión y estima mutua cada vez mayor (n. 4)

Al considerar el progreso adquirido en los últimos cincuenta años de relaciones judeo-católicas en todo el mundo, no podemos por menos que dar gracias al Todopoderoso por este signo evidente de su bondad y providencia. Con el crecimiento de la confianza, el respeto y la buena voluntad, grupos que inicialmente se relacionaban con cierta desconfianza, se han convertido paso a paso en socios de confianza y amigos, buenos amigos incluso, capa-

ces de hacer frente juntos a la crisis y superar los conflictos de manera positiva. Ciertamente, aún queda mucho por hacer en la superación de los lastres del pasado, en el fomento de mejores relaciones entre nuestras dos comunidades, y en la respuesta a los desafíos que afrontan cada vez más los creyentes en el mundo actual. Sin embargo, es un motivo para dar gracias el que estemos comprometidos a recorrer juntos el camino del diálogo, la reconciliación y la cooperación.

Queridos amigos, en un mundo cada vez más amenazado por la pérdida de los valores espirituales y morales, que son los que pueden garantizar el respeto de la dignidad humana y la paz duradera, un diálogo sincero y respetuoso entre religiones y culturas es crucial para el futuro de nuestra familia humana. Tengo la esperanza de que esta visita de hoy sea una fuente de aliento y confianza renovada a la hora de afrontar el reto de construir lazos cada vez más fuertes de amistad y colaboración, y de dar testimonio profético de la fuerza de la verdad de Dios, la justicia y el amor reconciliador, para el bien de toda la humanidad.

Con estos sentimientos, queridos amigos, pido al tres veces Santo que les bendiga a ustedes y a sus familias con abundantes dones espirituales, y que guíe sus pasos por el camino de la paz.

Shalom elichém.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la comunidad del Pontificio
Colegio Español de Roma***

*Sala Clementina. Jueves 10 de mayo
de 2012*

Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado, Querido señor rector, superiores, religiosas, alumnos del Pontificio Colegio Español de San José de Roma:

Es para mí un motivo de alegría recibirlos en la conmemoración de los cincuenta años de la sede actual del Pontificio Colegio Español de San José, y precisamente en la memoria litúrgica de san Juan de Ávila, patrono del clero secular español, y al que próximamente declararé Doctor de la Iglesia universal. Saludo al señor cardenal Antonio María Rouco Varela, arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal Española, al que agradezco sus amables palabras, así como a los señores arzobispos miembros del Patronato, al señor rector, a los formadores, religiosas y a vosotros, queridos alumnos.

Esta efeméride marca una relevante etapa del ya dilatado itinerario de este convictorio, que comenzó a finales del siglo diecinueve, cuando el beato Manuel Domingo y Sol, fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, se lanzó a la aventura de crear un colegio en Roma, con la bendición de mi venerado predece-

sor, León XIII, y el interés del episcopado español.

Por vuestro colegio, han pasado miles de seminaristas y sacerdotes que han servido a la Iglesia en España con amor entrañable y fidelidad a su misión. La formación específica de los sacerdotes es siempre una de las mayores prioridades de la Iglesia. Al ser enviados a Roma para profundizar en vuestros estudios sacerdotales, debéis pensar sobre todo, no tanto en vuestro bien particular, cuanto en el servicio al pueblo santo de Dios, que necesita pastores que se entreguen al hermoso servicio de la santificación de los fieles con alta preparación y competencia.

Pero recordad que el sacerdote renueva su vida y saca fuerzas para su ministerio de la contemplación de la divina Palabra y del diálogo intenso con el Señor. Es consciente de que no podrá llevar a Cristo a sus hermanos ni encontrarlo en los pobres y en los enfermos, si no lo descubre antes en la oración ferviente y constante. Es necesario fomentar el trato personal con Aquel al que después se anuncia, celebra y comunica. Aquí está el fundamento de la espiritualidad sacerdotal, hasta llegar a ser signo transparente y testimonio vivo del Buen Pastor. El itinerario de la formación sacerdotal es, también, una escuela de comunión misionera: con el Sucesor de Pedro, con el propio obispo, en el propio presbiterio, y siempre al servicio de la Iglesia particular y universal.

Queridos sacerdotes, que la vida y doctrina del Santo Maestro Juan de Ávila iluminen y sostengan vuestra estancia en el Pontificio Colegio Español de San José. Su profundo conocimiento de la Sagrada Escritura, de los santos padres, de los concilios, de las fuentes litúrgicas y de la sana teología, junto con su amor fiel y filial a la Iglesia, hizo de él un auténtico renovador, en una época difícil de la historia de la Iglesia. Precisamente por ello, fue «un espíritu clarividente y ardiente, que a la denuncia de los males, a la sugerencia de remedios canónicos, ha añadido una escuela de intensa espiritualidad» (Pablo VI, *Homilía durante la canonización de san Juan de Ávila*, 31 mayo 1970).

La enseñanza central del Apóstol de Andalucía es el misterio de Cristo, Sacerdote y Buen Pastor, vivido en sintonía con los sentimientos del Señor, a imitación de san Pablo (cf. *Flp* 2,5). «En este espejo sacerdotal, se ha de mirar el sacerdote para conformarse en los deseos y oración con Él» (*Tratado sobre el sacerdocio*, 10). El sacerdocio requiere esencialmente su ayuda y amistad: «Esta comunicación del Señor con el sacerdote... es trato de amigos», dice el Santo (*ibid.*, 9).

Animados por las virtudes y el ejemplo de san Juan de Ávila, os invito, pues, a ejercer vuestro ministerio presbiteral con el mismo celo apostólico que lo caracterizaba, con su misma austeridad de vida, así como con el mismo afecto filial que tenía a la santísima Virgen María, Madre de los sacerdotes.

Bajo la entrañable advocación de «*Mater clementissima*», han sido innumerables los alumnos que han confiado a ella su vocación, sus estudios, sus afanes y proyectos más nobles, como también sus tristezas y preocupaciones. No dejéis de invocarla cada día, ni os canséis de repetir su nombre con devoción. Escuchad a san Juan de Ávila, cuando exhortaba a los sacerdotes a imitarla: «Mirémonos, padres, de pies a cabeza, alma y cuerpo, y nos veremos hechos semejables a la sacratísima Virgen María, que con sus palabras trujo a Dios a su vientre... Y el sacerdote le trae con las palabras de la consagración» (*Plática 1ª a los sacerdotes*). La Madre de Cristo es modelo de aquel amor que lleva a dar la vida por el Reino de Dios, sin esperar nada a cambio.

Que, bajo el amparo de Nuestra Señora, la comunidad del Pontificio Colegio Español de Roma pueda seguir cumpliendo sus objetivos de profundización y actualización de los estudios eclesíasticos, en el clima de honda comunión presbiteral y alto rigor científico que lo distingue, con vistas a realizar, ya desde ahora, la íntima fraternidad pedida por el concilio Vaticano II «en virtud de la común ordenación sagrada y de la común misión» (*Lumen gentium*, 28). Así se formarán pastores que, como reflejo de la vida de Dios Amor, uno y trino, sirvan a sus hermanos con rectitud de intención y total dedicación, promoviendo la unidad de la Iglesia y el bien de toda la sociedad humana.

Con estos sentimientos, os imparto una especial Bendición Apostólica, que complacido hago extensiva a vuestros familiares, comunidades de origen y a cuantos colaboran en vuestro itinerario formativo durante vuestra estancia en Roma. Muchas gracias.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los directores nacionales de las
Obras Misionales Pontificias***

*Sala Clementina. Viernes, 11 de mayo
de 2012*

*Señor cardenal, venerados hermanos
en el episcopado y en el sacerdocio, queridos
hermanos y hermanas:*

Os dirijo a todos mi cordial saludo, comenzando por el señor cardenal Fernando Filoni, prefecto de la Congregación para la evangelización de los pueblos, a quien agradezco sus amables palabras y las informaciones sobre la actividad de las Obras misionales pontificias. Extiendo mi saludo y mi agradecimiento al secretario monseñor Savio Hon Tai-Fai; al secretario adjunto, monseñor Pergiuseppe Vacchelli, presidente de las Obras misionales pontificias; a los directores nacionales y a todos los colaboradores, así como a quienes prestan su generoso servicio en el dicasterio. Mi pensamiento, como el vuestro, se dirige en este momento al padre Massimo Cenci, subsecretario, que acaba de fallecer improvisamente.

Que el Señor lo recompense por todo el trabajo que realizó en misión y al servicio de la Santa Sede.

El encuentro de hoy se realiza en el contexto de la Asamblea anual del Consejo superior de las Obras misionales pontificias, al que está confiada la cooperación misionera de todas las Iglesias del mundo.

La evangelización, que siempre tiene un carácter de urgencia, en estos tiempos impulsa a la Iglesia a obrar con un paso aún más ágil por las sendas del mundo, para llevar a todos los hombres a conocer a Cristo. De hecho, solamente en la verdad, que es Cristo mismo, la humanidad puede descubrir el sentido de la existencia, encontrar la salvación y crecer en la justicia y en la paz. Todos los hombres y todos los pueblos tienen derecho a recibir el Evangelio de la verdad. En esta perspectiva, asume un significado particular vuestro compromiso de celebrar el Año de la fe, ya cercano, para reforzar el empeño de difusión del reino de Dios y del conocimiento de la fe cristiana. Esto exige de parte de quienes ya encontraron a Jesucristo «una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo» (Carta ap. *Porta fidei*, 6). En efecto, las comunidades cristianas «necesitan escuchar de nuevo la voz del Esposo que las invita a la conversión, las impulsa a intentar cosas nuevas y las llama a comprometerse en la gran obra de la nueva evangelización». (Juan Pablo II, Ex. ap. postsin. *Ecclesia in Europa*, 23).

Jesús, el Verbo encarnado, siempre es el centro del anuncio, el punto de referencia para el seguimiento y para la metodología misma de la misión evangelizadora, porque él es el rostro humano de Dios que quiere encontrarse con cada hombre y cada mujer para hacerlos entrar en comunión con él, en su amor. Recorrer las sendas del mundo para proclamar el Evangelio a todos los pueblos de la tierra y guiarlos al encuentro con el Señor (cf. Cart. ap. *Porta fidei*, 7), exige, por tanto, que el anunciador tenga una relación personal y cotidiana con Cristo, que lo conozca y lo ame profundamente.

La misión hoy necesita renovar la confianza en la acción de Dios; necesita una oración más intensa para que venga su reino, para que se haga su voluntad en la tierra como en el cielo. Es necesario invocar luz y fuerza del Espíritu Santo, y comprometerse con decisión y generosidad para inaugurar, en cierto sentido, «una nueva época de anuncio del Evangelio (...) no solo porque, después de dos mil años, gran parte de la familia humana aún no reconoce a Cristo, sino también porque la situación en que la Iglesia y el mundo se encuentran (...) plantea particulares desafíos a la fe religiosa» (Juan Pablo II, Exhort. ap. postsin. *Ecclesia in Asia*, 29). Por eso, me alegra alentar el proyecto de la Congregación para la evangelización de los pueblos y de las Obras misionales pontificas, en apoyo al Año de la fe. Ese proyecto prevé una campaña mundial que, a

través de la oración del santo rosario, acompañe la obra de evangelización en el mundo y, para muchos bautizados, el redescubrimiento y la profundización de la fe.

Queridos amigos, sabéis bien que el anuncio del Evangelio conlleva no pocas veces dificultades y sufrimiento; de hecho, el crecimiento del reino de Dios en el mundo con frecuencia se realiza al precio de la sangre de sus servidores. En esta fase de cambios económicos, culturales y políticos, donde a menudo el ser humano se siente solo, presa de la angustia y la desesperación, los mensajeros del Evangelio, aunque sean anunciadores de esperanza y de paz, siguen siendo perseguidos como su Maestro y Señor. Pero, a pesar de los problemas y la trágica realidad de la persecución, la Iglesia no se desalienta, permanece fiel al mandato de su Señor, consciente de que «como siempre en la historia cristiana, los mártires, es decir, los testigos, son numerosos e indispensables para el camino del Evangelio» (Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, 45). El mensaje de Cristo, hoy como ayer, no puede acomodarse a la lógica de este mundo, porque es profecía y liberación, es semilla de una humanidad nueva que crece, y solamente al final de los tiempos tendrá su plena realización.

A vosotros se os ha confiado de manera especial la tarea de sostener a los ministros del Evangelio, ayudándoles a «conservar la alegría de evangelizar,

incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas» (Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 80). Vuestro peculiar compromiso consiste también en mantener viva la vocación misionera de todos los discípulos de Cristo, de manera que cada uno, según el carisma recibido del Espíritu Santo, pueda tomar parte en la misión universal que el Resucitado confió a su Iglesia. Vuestra obra de animación y formación misionera forma parte del alma de la solicitud pastoral, porque la *missio ad gentes* constituye el paradigma de toda la acción apostólica de la Iglesia. Sed cada vez más expresión visible y concreta de la comunión de personas y de medios entre las Iglesias, que, como vasos comunicantes, viven la misma vocación y tensión misionera, y en cada rincón de la tierra trabajan para sembrar el Verbo de Verdad en todos los pueblos y las culturas. Estoy seguro de que seguiréis esforzándoos para que las Iglesias locales asuman, cada vez más generosamente, su parte de responsabilidad en la misión universal de la Iglesia.

Que la Virgen santísima, Reina de las misiones, os acompañe en este servicio y sostenga cada uno de vuestros esfuerzos para promover la conciencia y la colaboración misionera. Con este deseo, que tengo siempre presente en mi oración, os manifiesto mi agradecimiento a vosotros y a todos los que cooperan en la causa de la evangelización, y de corazón imparto a cada uno la bendición apostólica.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
al final del concierto ofrecido en
su honor por el Presidente de la
República Italiana***

*Aula Pablo VI. Viernes, 11 de mayo
de 2012*

Señor presidente de la República, señores cardenales, honorables ministros y autoridades, venerados hermanos en el episcopado y en el presbiterado, amables señores y señoras:

Un afectuoso y deferente saludo al presidente de la República italiana, honorable Giorgio Napolitano, y a su amable esposa, al cual uno mi sincero agradecimiento por sus cordiales palabras, por el regalo de un violín y de una valiosa partitura, y por este concierto de música sacra de dos grandes autores italianos. Son signos que manifiestan, una vez más, el vínculo entre el Sucesor de Pedro y esta querida nación. Un saludo al presidente del Consejo, senador Mario Monti, y a todas las autoridades. Un sincero agradecimiento a la orquesta y al coro del Teatro de la Ópera de Roma, a las dos sopranos y, sobre todo, al maestro Riccardo Muti por la intensa interpretación y ejecución. Es conocida la sensibilidad del maestro Muti por la música sacra, así como su compromiso para que se conozca más este rico repertorio que expresa con música la fe de la Iglesia. También por este motivo, me alegra concederle una condecoración pontificia. Expreso mi gratitud al ayuntamiento de Cremona, al Centro de

musicología Walter Stauffer y a la Fundación Antonio Stradivari-La Triennale por haber puesto a disposición de las primeras partes de la orquesta algunos antiguos y valiosos instrumentos de sus propias colecciones.

Antonio Vivaldi es un gran exponente de la tradición musical veneciana. ¿Quién no conoce al menos sus Cuatro Estaciones? Pero sigue siendo aún poco conocida su producción sacra, que ocupa un lugar significativo en su obra y es de gran valor, sobre todo porque expresa su fe. El *Magnificat* que hemos escuchado es el canto de alabanza de María y de todos los humildes de corazón, que reconocen y celebran con alegría y gratitud la acción de Dios en su vida y en la historia; de Dios, que tiene un «estilo» distinto del hombre, porque siempre toma partido por los últimos, para darles esperanza. Y la música de Vivaldi expresa la alabanza, el júbilo, la acción de gracias y también la admiración ante la obra de Dios, con una extraordinaria riqueza de sentimientos: desde el solemne coral al inicio, en el que toda la Iglesia alaba al Señor, pasando por el brioso «*Et exultavit*», hasta el bellísimo momento coral del «*Et misericordia*», en el que se detiene con audaces armonías, ricas en modulaciones improvisas, para invitarnos a meditar en la misericordia de Dios, que es fiel y se extiende de generación en generación.

Con las dos piezas sacras de Giuseppe Verdi, que hemos escuchado, el registro cambia: nos hallamos ante el dolor

de María al pie de la cruz: *Stabat Mater dolorosa*. El gran operista italiano, como había indagado y expresado el drama de numerosos personajes en sus obras, aquí esboza el de la Virgen, que contempla a su Hijo en la cruz. La música se hace esencial, casi se «aferra» a las palabras para expresar del modo más intenso posible su contenido, en una gran gama de sentimientos. Basta pensar en el doloroso sentido de «piedad» con el que comienza la Secuencia, en el dramático «*Pro peccatis suae gentis*», en el susurrado «*dum emisit spiritum*» y en las invocaciones corales llenas de emoción, pero también de serenidad, dirigidas a María, «*fons amoris*», a fin de que podamos participar en su dolor materno y nuestro corazón arda de amor a Cristo, hasta llegar a la estrofa final, súplica intensa y fuerte a Dios para que al alma se le otorgue la gloria del paraíso, aspiración última de la humanidad.

También el *Te Deum* es una sucesión de contrastes, pero la atención de Verdi por el texto sacro es minuciosa y hace una lectura diversa de la tradición. No ve tanto el canto de las victorias o de las coronaciones, sino -como escribe- una sucesión de situaciones: el júbilo inicial, «*Te Deum*», «*Sanctus*»; la contemplación del Cristo encarnado, que libera y abre el reino de los cielos; la invocación al «*Judex venturus*» para que tenga misericordia; y, al final, el grito repetido por la soprano y el coro «*In te, Domine speravi*», con que se concluye el pasaje, casi una súplica del mismo Verdi para tener esperanza y luz en el último tramo

de la vida (cf. Giuseppe Verdi, *Carta a Giovanni Tebaldini*, 1 de marzo de 1896). Esta tarde hemos escuchado las dos últimas piezas escritas por el compositor, no destinadas a la publicación, sino escritas solo para sí mismo; más aún, habría querido que lo enterraran con la partitura del *Te Deum*.

Queridos amigos, deseo que esta noche repitamos a Dios, con fe: En ti, Señor, pongo con alegría mi esperanza; haz que te ame como tu santa Madre, para que a mi alma, al final del camino, se le otorgue la gloria del paraíso. Renuevo mi agradecimiento al señor presidente de la República italiana, a las solistas, a los conjuntos del Teatro de la Ópera de Roma, al maestro Muti, a los organizadores y a todos los presentes. Que el Señor os bendiga a vosotros y a vuestros seres queridos. Gracias de corazón.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
en la proyección de la película
«María de Nazaret»***

Sala Clementina. Miércoles, 16 de mayo de 2012

Queridos amigos:

Gracias a todos vosotros por este momento que invita a reflexionar a través de las imágenes y los diálogos del filme «María de Nazaret». En especial, gracias a la rai con su directora general, señora Lorenza Lei, y los demás repre-

sentantes, así como a «Lux Vide», con la familia Bernabei y el equipo de producción.

Expreso mi cordial gratitud al director del *Bayerischer Rundfunk*, profesor Gerhard Fuchs, al productor Martin Choroba, a la *Tellux-Film-Gesellschaft* de Múnich, así como a todos los que han colaborado, a los actores presentes y al grupo de los camarógrafos, por esta presentación en el palacio apostólico.

Gracias también a los representantes de Telecinco de España.

No es fácil delinear la figura de una madre, porque contiene una riqueza de vida difícil de describir; y eso resulta aún más arduo si se trata de María de Nazaret, una mujer que es Madre de Jesús, del Hijo de Dios hecho hombre.

Habéis centrado el filme en tres figuras femeninas, cuyas vidas se entrecruzan, pero que hacen opciones profundamente diferentes. Herodías permanece cerrada en sí misma, en su mundo; no logra elevar la mirada para leer los signos de Dios y no sale del mal. María Magdalena tiene una vida más compleja: sufre la fascinación de una vida fácil, basada en las cosas, y usa varios medios para alcanzar sus objetivos, hasta el momento dramático en el que es juzgada, es puesta ante su vida, y aquí el encuentro con Jesús le abre el corazón, le cambia la existen-

cia. Pero el centro es María de Nazaret. En ella, se encuentra la riqueza de una vida que fue un «Heme aquí» a Dios: es una madre que albergaba el deseo de tener siempre consigo a su Hijo, pero sabe que es de Dios; tiene una fe y un amor tan grandes que acepta que parta y cumpla su misión; es un repetir «Heme aquí» a Dios desde la Anunciación hasta la cruz.

Tres experiencias, un paradigma de cómo se puede enfocar la propia vida: sobre el egoísmo, sobre la cerrazón en sí mismos y en las cosas materiales, dejándose guiar por el mal; o sobre el sentido de la presencia de un Dios que vino y permanece en medio de nosotros, y que nos espera con bondad si nos equivocamos y nos pide que lo sigamos, que nos fiemos de él.

María de Nazaret es la mujer del «Heme aquí» pleno y total a la voluntad divina, y en este «sí», repetido también ante el dolor de la pérdida del Hijo, encuentra la felicidad plena y profunda. ¡Gracias a todos por esta grata velada!

La «mujer del “Heme aquí” pleno y total a la voluntad divina»: la figura de la Virgen fue descrita con estas palabras por Benedicto XVI en su alocución al final de la proyección de la película «María de Nazaret». El lugar, la sala Clementina del palacio apostólico, que por una tarde, el miércoles 16 de mayo, se transformó en sala cinematográfica con pantalla grande,

butacas, un centenar de espectadores y el Papa como invitado de honor. La cinta es una co-producción de Rai-fiction, Lux Vide, BetaFilm, Tellux, Bayerischer Rundfunk y Telecinco Cinema; la dirección, de Giacomo Campiotti. Las imágenes de María y de su vida -desde la infancia a la anunciación de la Encarnación, el nacimiento de Jesús, la presentación en el templo, el comienzo de la predicación del reino de Dios, la pasión, muerte y resurrección del Hijo- ocuparon 75 minutos de proyección, una versión reducida respecto a las dos partes que el 1 y 2 de abril emitió la televisión pública italiana Rai Uno. Al final de la película, Benedicto XVI pronunció el saludo que publicamos junto a estas líneas. Entre los espectadores se contaron el cardenal Re; el arzobispo Becciu, sustituto de la Secretaría de Estado; el obispo Sciacca, secretario general de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano; y monseñor Wells, asesor de la Secretaría de Estado. El Papa estuvo acompañado por el arzobispo Harvey, prefecto de la Casa pontificia; y los monseñores Gänswein, secretario particular, y Xuereb, de la secretaría particular. Entre las personalidades, Ettore, Matilde y Paolo Bernabei, respectivamente presidente honorario, presidente y director de Lux Vide; los actores Alissa Jung, Andreas Pietschmann y Luca Marinelli, intérpretes de los papeles de María, Jesús y José; el director Campiotti; y Lorenza Lei, directora general de la Rai.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
al Movimiento Iglesias de
Compromiso Cultural, Federación
de Organismos Cristianos de
Servicio Internacional Voluntario
Movimiento Cristiano de
Trabajadores***

*Aula Pablo VI. Sábado, 19 de mayo
de 2012*

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra acogeros esta mañana en este encuentro que reúne al Movimiento eclesial de compromiso cultural, a la Federación de organismos cristianos de servicio internacional voluntario y al Movimiento cristiano de trabajadores. Saludo con afecto a los hermanos en el episcopado que os apoyan y os guían, a los dirigentes y responsables, a los consiliarios y a todos los socios y simpatizantes. Este año vuestras asociaciones festejan los aniversarios de fundación: ochenta años el Movimiento eclesial de compromiso cultural; cuarenta años la Federación de organismos cristianos de servicio internacional voluntario y el Movimiento cristiano de trabajadores. Estas tres realidades son deudoras de la sabia obra del siervo de Dios, Pablo VI, quien, en calidad de consiliario nacional, sostuvo los primeros pasos del Movimiento de licenciados de la Acción católica en 1932, y, como Pontífice, el reconocimiento de la Federación de los organismos cristianos de voluntariado y el nacimiento del Movimiento cristiano de trabajadores, en 1972. A mi

venerado predecesor se dirige nuestro recuerdo y nuestra gratitud por el impulso que dio a estas importantes asociaciones eclesiales.

Los aniversarios son ocasiones propicias para pensar nuevamente en el propio carisma con gratitud y también con mirada crítica, atenta a los orígenes históricos y a los nuevos signos de los tiempos. *Cultura, voluntariado y trabajo* constituyen un trinomio indisoluble del compromiso diario del laicado católico, que quiere hacer incisiva su pertenencia a Cristo y a la Iglesia, tanto en el ámbito privado como en la esfera pública de la sociedad. El fiel laico se pone propiamente en acción cuando entra en uno o más de estos ámbitos y, en el servicio cultural, en la acción solidaria con las personas necesitadas y en el trabajo, se esfuerza por promover la dignidad humana. Estos tres ámbitos están unidos por un común denominador: *el don de sí*. En efecto, el compromiso cultural, sobre todo el escolar y el universitario, orientado a la formación de las futuras generaciones, no se limita a la transmisión de nociones técnicas y teóricas, sino que implica el don de sí con la palabra y con el ejemplo. El voluntariado, recurso insustituible de la sociedad, conlleva no tanto dar cosas cuanto darse a sí mismo en la ayuda concreta a los más necesitados. Por último, el trabajo no es solo instrumento de ganancia individual, sino también ocasión para expresar las propias ca-

pacidades dedicándose, con espíritu de servicio, a la actividad profesional, ya sea obrera, agrícola, científica o de otro tipo.

Pero para vosotros todo esto tiene una connotación particular, la cristiana: vuestra acción debe estar animada por la caridad; esto significa aprender a ver con los ojos de Cristo y dar al otro algo más que las cosas necesarias exteriormente, darle la mirada, el gesto de amor que necesita. Esto nace del amor que proviene de Dios, quien nos ha amado primero, nace del encuentro íntimo con él (cf. *Deus caritas est*, 18). San Pablo, en su discurso de despedida de los ancianos de Éfeso, recuerda una verdad expresada por Jesús: «Hay más dicha en dar que en recibir» (*Hch* 20, 35). Queridos amigos, es la *lógica del don*, una lógica a menudo subestimada, que vosotros valoráis y testimoniáis: dar el propio tiempo, las propias habilidades y competencias, la propia instrucción, la propia profesionalidad; en una palabra, prestar atención al otro, sin esperar nada a cambio en este mundo; y os agradezco este gran testimonio. Al obrar así, no solo se hace bien al otro, sino que también se descubre la felicidad profunda, según la lógica de Cristo, que se entregó totalmente a sí mismo.

La familia es el primer lugar en el que se experimenta el amor gratuito; y cuando esto no sucede, la familia se desnaturaliza, entra en crisis. Todo

lo que se vive en la familia, la entrega sin reservas por el bien del otro, es un momento educativo fundamental para aprender a vivir como cristianos también la relación con la cultura, el voluntariado y el trabajo. En la encíclica *Caritas in veritate* quise extender el modelo familiar de la lógica de la gratuidad y de la entrega a una dimensión universal. La justicia sola de hecho no es suficiente. Para que haya verdadera justicia es necesario algo «más» que solo la gratuidad y la solidaridad pueden dar: «La solidaridad es en primer lugar que todos se sientan responsables de todos; por tanto, no se la puede dejar solamente en manos del Estado. Mientras antes se podía pensar que lo primero era alcanzar la justicia y que la gratuidad venía después como un complemento, hoy es necesario decir que sin la gratuidad no se alcanza ni siquiera la justicia» (n. 38). La gratuidad no se compra en el mercado y no se puede prescribir por ley. Sin embargo, tanto la economía como la política necesitan la gratuidad, personas abiertas al don recíproco (cf. *ib.*, 39).

El encuentro de hoy pone de relieve dos elementos: la afirmación por vuestra parte de la necesidad de seguir recorriendo el camino del Evangelio, con fidelidad a la doctrina social de la Iglesia y con lealtad a los pastores; y mi aliento, el aliento del Papa, que os invita a proseguir con constancia vuestro compromiso en favor de los hermanos. De este compromiso, tam-

bién forma parte la tarea de evidenciar las injusticias y testimoniar los valores en los que se funda la dignidad de la persona, promoviendo las formas de solidaridad que favorecen el bien común. El Movimiento eclesial de compromiso cultural, a la luz de su historia, está llamado a un renovado servicio en el mundo de la cultura, caracterizado por desafíos urgentes y complejos, para la difusión del humanismo cristiano: la razón y la fe son aliadas en el camino hacia la Verdad. La Federación de organismos cristianos de servicio internacional voluntario debe continuar confiando sobre todo en la fuerza de la caridad que viene de Dios, prosiguiendo su lucha contra toda forma de pobreza y de exclusión, en favor de las poblaciones menos favorecidas. El Movimiento cristiano de trabajadores ha de llevar luz y esperanza cristiana al mundo del trabajo, para lograr también una justicia social cada vez mayor. Además, ha de mirar siempre al mundo juvenil, que hoy más que nunca busca sendas de compromiso que sepan conjugar idealidad y concreción.

Queridos amigos, deseo a cada uno que prosiga con alegría su compromiso personal y asociativo, testimoniando el *Evangelio del don y de la gratuidad*. Invoco para vosotros la intercesión maternal de la Virgen María y os imparto de corazón la bendición apostólica, que extendiendo a todos los socios y a los familiares. Gracias por vuestro compromiso y por vuestra presencia.

HOMILÍAS

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Santa Misa de ordenación
sacerdotal***

*Basilica Vaticana. Jornada mundial
de oración por las vocaciones. IV Domin-
go de Pascua, 29 de abril de 2012*

*Venerados hermanos, queridos orde-
nandos, queridos hermanos y hermanas:*

La tradición romana de celebrar las ordenaciones sacerdotales en este IV domingo de Pascua, el domingo «del Buen Pastor», contiene una gran riqueza de significado, ligada a la convergencia entre la Palabra de Dios, el rito litúrgico y el tiempo pascual en que se sitúa. En particular, la figura del pastor, tan relevante en la Sagrada Escritura y naturalmente muy importante para la definición del sacerdote, adquiere su plena verdad y claridad en el rostro de Cristo, en la luz del misterio de su muerte y resurrección. De esta riqueza, también vosotros, queridos ordenandos, podéis siempre beber, cada día de vuestra vida, y así vuestro sacerdocio se renovará continuamente.

Este año, el pasaje evangélico es el central del capítulo 10 de san Juan y comienza precisamente con la afirmación de Jesús: «Yo soy el buen pastor», a la que sigue enseguida la primera característica fundamental: «El buen pastor da su vida por las ovejas» (Jn 10, 11). He ahí que se nos conduce inmediatamen-

te al centro, al culmen de la revelación de Dios como pastor de su pueblo; este centro y culmen es Jesús, precisamente Jesús que muere en la cruz y resucita del sepulcro al tercer día, resucita con toda su humanidad, y, de este modo, nos involucra, a cada hombre, en su paso de la muerte a la vida. Este acontecimiento -la Pascua de Cristo-, en el que se realiza plena y definitivamente la obra pastoral de Dios, es un acontecimiento sacrificial: por ello el Buen Pastor y el Sumo Sacerdote coinciden en la persona de Jesús que ha dado la vida por nosotros.

Pero observemos brevemente también las primeras dos lecturas y el salmo responsorial (*Sal* 118). El pasaje de los *Hechos de los Apóstoles* (4, 8-12) nos presenta el testimonio de san Pedro ante los jefes del pueblo y los ancianos de Jerusalén, después de la prodigiosa curación del parálítico. Pedro afirma con gran franqueza: «Jesús es la piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular»; y añade: «No hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debamos salvarnos» (vv. 11-12).

El Apóstol interpreta después, a la luz del misterio pascual de Cristo, el *Salmo* 118, en el que el orante da gracias a Dios que ha respondido a su grito de auxilio y lo ha puesto a salvo. Dice este

Salmo: «La piedra que desecharon los arquitectos / es ahora la piedra angular. / Es el Señor quien lo ha hecho, / ha sido un milagro patente» (*Sal* 118, 22-23). Jesús vivió precisamente esta experiencia de ser desechado por los jefes de su pueblo y rehabilitado por Dios, puesto como fundamento de un nuevo templo, de un nuevo pueblo que alabará al Señor con frutos de justicia (cfr. *Mt* 21, 42-43). Por lo tanto, la primera lectura y el salmo responsorial, que es el mismo Salmo 118, aluden fuertemente al contexto pascual, y con esta imagen de la piedra desechada y restablecida atraen nuestra mirada hacia Jesús muerto y resucitado.

La segunda lectura, tomada de la *Primera Carta de Juan* (3,1-2), nos habla, en cambio, del fruto de la Pascua de Cristo: el hecho de habernos convertido en hijos de Dios. En las palabras de san Juan, se oye de nuevo todo el estupor por este don: no solo somos llamados hijos de Dios, sino que «lo somos realmente» (v. 1). En efecto, la condición filial del hombre es fruto de la obra salvífica de Jesús: con su encarnación, con su muerte y resurrección, y con el don del Espíritu Santo, él introdujo al hombre en una relación nueva con Dios, su propia relación con el Padre. Por ello, Jesús resucitado dice: «Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro» (*Jn* 20, 17). Es una relación ya plenamente real, pero que aún no se ha manifestado plenamente: lo será al final, cuando -si Dios lo quiere- podremos ver su rostro tal cual es (cfr. v. 2).

Queridos ordenandos: ¡es allí a donde nos quiere conducir el Buen Pastor! Es allí a donde el sacerdote está llamado a conducir a los fieles a él encomendados: a la vida verdadera, la vida «en abundancia» (*Jn* 10, 10). Volvamos al Evangelio, y a la palabra del pastor. «El buen pastor da su vida por la ovejas» (*Jn* 10, 11). Jesús insiste en esta característica esencial del verdadero pastor que es él mismo: «dar la propia vida». Lo repite tres veces, y, al final, concluye diciendo: «Por esto, me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla: este mandato he recibido de mi Padre» (*Jn* 10, 17-18). Este es claramente el rasgo cualificador del pastor tal como Jesús lo interpreta en primera persona, según la voluntad del Padre que lo envió. La figura bíblica del rey-pastor, que comprende principalmente la tarea de regir el pueblo de Dios, de mantenerlo unido y guiarlo, toda esta función real se realiza plenamente en Jesucristo en la dimensión sacrificial, en el ofrecimiento de la vida. En una palabra, se realiza en el misterio de la cruz, esto es, en el acto supremo de humildad y de amor oblativo. Dice el abad Teodoro Studita: «Por medio de la cruz, nosotros, ovejas de Cristo, hemos sido reunidos en un único redil y destinados a las eternas moradas» (*Discurso sobre la adoración de la cruz*: PG 99, 699).

En esta perspectiva, se orientan las fórmulas del Rito de ordenación de

presbíteros, que estamos celebrando. Por ejemplo, entre las preguntas relativas a los «compromisos de los elegidos», la última, que tiene un carácter culminante y de alguna forma sintética, dice así: «¿Queréis uniros cada vez más estrechamente a Cristo, sumo sacerdote, quien se ofreció al Padre como víctima pura por nosotros, y consagraros a Dios junto a él para la salvación de todos los hombres?». El sacerdote es, de hecho, quien es introducido de un modo singular en el misterio del sacrificio de Cristo, con una unión personal a él, para prolongar su misión salvífica. Esta unión, que tiene lugar gracias al sacramento del Orden, pide hacerse «cada vez más estrecha» por la generosa correspondencia del sacerdote mismo. Por esto, queridos ordenandos, dentro de poco responderéis a esta pregunta diciendo: «Sí, quiero, con la gracia de Dios». Sucesivamente, en el momento de la unción crismal, el celebrante dice: «Jesucristo, el Señor, a quien el Padre ungió con la fuerza del Espíritu Santo, te auxilie para santificar al pueblo cristiano y para ofrecer a Dios el sacrificio». Y después, en la entrega del pan y el vino: «Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios en el sacrificio eucarístico. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz de Cristo Señor». Resalta con fuerza que, para el sacerdote, celebrar cada día la santa misa no significa proceder a una función ritual, sino cumplir una misión que involucra entera y profundamente la existencia, en comu-

nión con Cristo resucitado quien, en su Iglesia, sigue realizando el sacrificio redentor.

Esta dimensión eucarística-sacrificial es inseparable de la dimensión pas-toral y constituye su núcleo de verdad y de fuerza salvífica, del que depende la eficacia de toda actividad. Naturalmente no hablamos solo de la eficacia en el plano psicológico o social, sino de la fecundidad vital de la presencia de Dios al nivel humano profundo. La predicación misma, las obras, los gestos de distinto tipo que la Iglesia realiza con sus múltiples iniciativas, perderían su fecundidad salvífica si decayera la celebración del sacrificio de Cristo. Y esta se encomienda a los sacerdotes ordenados. En efecto, el presbítero está llamado a vivir en sí mismo lo que experimentó Jesús en primera persona, esto es, entregarse plenamente a la predicación y a la sanación del hombre de todo mal de cuerpo y espíritu, y después, al final, resumir todo en el gesto supremo de «dar la vida» por los hombres, gesto que halla su expresión sacramental en la Eucaristía, memorial perpetuo de la Pascua de Jesús. Es solo a través de esta «puerta» del sacrificio pascual por donde los hombres y las mujeres de todo tiempo y lugar pueden entrar a la vida eterna; es a través de esta «vía santa» como pueden cumplir el éxodo que les conduce a la «tierra prometida» de la verdadera libertad, a las «verdes praderas» de la paz y de la alegría sin fin (cf. *Jn* 10, 7. 9; *Sal* 77, 14. 20-21; *Sal* 23, 2).

Queridos ordenandos: que esta Palabra de Dios ilumine toda vuestra vida. Y cuando el peso de la cruz se haga más duro, sabed que esa es la hora más preciosa, para vosotros y para las personas a vosotros encomendadas: renovando con fe y amor vuestro «Sí, quiero, con la gracia de

Dios», cooperaréis con Cristo, Sumo Sacerdote y Buen Pastor, a apacentar sus ovejas -tal vez solo la que se había perdido, ¡pero por la cual es grande la fiesta en el cielo! Que la Virgen María, *Salus Populi Romani*, vele siempre por cada uno de vosotros y por vuestro camino. Amén.

MENSAJES

Mensaje del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en la XVIII Sesión Plenaria de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales

A su excelencia la profesora Mary Ann Glendon, Presidenta de la Academia pontificia de ciencias sociales

Me alegra saludarla a usted y a todos los que se han reunido en Roma por la XVIII sesión plenaria de la Academia pontificia de ciencias sociales. Habéis elegido celebrar el de la carta encíclica *Pacem in terris* del beato Juan XXIII examinando la contribución dada por este importante documento a la doctrina social de la Iglesia. En el culmen de la guerra fría, cuando el mundo estaba todavía aceptando la amenaza planteada por la existencia y la proliferación de armas de destrucción masiva, el Papa Juan escribió la que ha sido definida como una «carta abierta al mundo». Se trataba de un apremiante llamamiento de un gran Pastor, próximo

al final de su vida, para que la causa de la paz y de la justicia fuera promovida con vigor en todos los sectores de la sociedad, tanto a nivel nacional como internacional. Aunque el escenario político global ha cambiado de manera significativa en el medio siglo transcurrido desde entonces, la visión ofrecida por el Papa Juan tiene todavía mucho que enseñarnos mientras luchamos por afrontar los nuevos retos para la paz y la justicia en la era posterior a la guerra fría, en medio de la continua proliferación de armamentos.

«La paz no puede darse en la sociedad humana si primero no se da en el interior de cada hombre, es decir, si primero no guarda cada uno en sí mismo el orden que Dios ha establecido» (*Pacem in terris*, 165). En el centro de la doctrina social de la Iglesia está la antropología que reconoce en cada criatura humana la imagen del Creador, dotada de inteligencia y de libertad, capaz de conocer y de amar. Paz

y justicia son fruto del orden justo, que está inscrito en la creación misma, escrito en el corazón humano (cf. *Rm* 2, 15) y por tanto accesible a todas las personas de buena voluntad, a todos los «peregrinos de verdad y de paz». La encíclica del Papa Juan ha sido y es una fuerte invitación a comprometerse en ese diálogo creativo entre la Iglesia y el mundo, entre los creyentes y los no creyentes, que el concilio Vaticano II se propuso promover. Ofrece una visión profundamente cristiana del lugar que ocupa el hombre en el universo, confiada en que obrando de este modo propone un mensaje de esperanza a un mundo que tiene hambre de ella, un mensaje que puede resonar entre las personas de todas las creencias y de las que no tienen ninguna, ya que su verdad es accesible a todos.

Con este mismo espíritu, después de los ataques terroristas que sacudieron al mundo en septiembre de 2001, el beato Juan Pablo II insistió en que «no hay paz sin justicia, ni justicia sin perdón» (*Mensaje para la Jornada mundial de la paz de 2002*). Hay que insertar la noción de perdón en el debate internacional sobre la resolución de conflictos, con el fin de transformar el lenguaje estéril de la recriminación recíproca, que no conduce a ninguna parte. Si la criatura humana está hecha a imagen de Dios, un Dios de justicia que es «rico en misericordia» (*Ef* 2, 4), entonces estas cualidades deben reflejarse en la dirección de los asuntos humanos. Es la combinación de justicia y perdón,

de justicia y gracia, que permanece en el corazón de la respuesta divina al pecado humano (cf. *Spe salvi*, 44), en otras palabras, en el corazón del «orden establecido por Dios» (*Pacem in terris*, 1). El perdón no es una negación del mal, sino una participación en el amor salvador y transformador de Dios que reconcilia y cura.

Por tanto, fue significativa la elección del tema para la Asamblea especial para África del Sínodo de los obispos de 2009: «La Iglesia en África al servicio de la reconciliación, la justicia y la paz». El mensaje portador de vida del Evangelio ha traído esperanza a millones de africanos, ayudándoles a superar los sufrimientos infligidos por regímenes represivos y conflictos fratricidas. Igualmente, la Asamblea sobre la Iglesia en Oriente Medio en 2010 destacó los temas de la comunión y del testimonio, la unidad de pensamiento y de alma que caracteriza a aquellos que se comprometen a seguir la luz de la verdad. Los males históricos y las injusticias solo pueden superarse si los hombres y las mujeres se inspiran en un mensaje de curación y de esperanza, en un mensaje que ofrece un camino para seguir adelante, para salir del *impasse* que a menudo encierra a las personas y las naciones en un círculo vicioso de violencia. Desde 1963, algunos conflictos que en esa época parecían irresolubles se han convertido en historia. Cobremos ánimo, por tanto, mientras luchamos por la paz y la justicia en el mundo actual, confiando en que nues-

tra búsqueda común del orden establecido por Dios, de un mundo en el que la dignidad de cada persona humana reciba el respeto que le corresponde, puede dar fruto y lo dará.

Confío vuestras deliberaciones a la guía materna de Nuestra Señora, Reina de la paz. A usted, monseñor Sánchez Sorondo, y a todos los participantes en la XVIII Sesión plenaria, imparto de buen grado mi bendición apostólica.

Vaticano, 27 de abril de 2012

Mensaje del Papa, Benedicto XVI, con ocasión de la 98ª reunión de los católicos alemanes (Katholikentag)

A mi venerado hermano Robert Zollitsch, arzobispo de Friburgo, a los obispos, a los sacerdotes, a los diáconos, a los religiosos y a todos los participantes en el Katholikentag de Mannheim

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

«Atreverse a una nueva partida»: con este lema se reúnen en estos días numerosos fieles para el 98º Katholikentag en Mannheim. Con afecto, os saludo a todos los que os habéis reunido para la apertura solemne en la Marktplatz, en el corazón de la ciudad. Mi saludo va en particular al arzobispo de Friburgo y presidente de la Conferencia episcopal alemana, Robert Zollitsch, a los cardenales

y a los obispos presentes, así como al comité central de los católicos alemanes que, juntamente con la archidiócesis de Mannheim, es el dueño de casa de este Katholikentag. Saludo, además, a los representantes del ecumenismo, de la vida pública y a todos los que están conectados con vosotros a través de los medios de comunicación. En esta ocasión, recuerdo de buen grado y con profunda gratitud mi visita pastoral a nuestra patria el año pasado, y los numerosos y edificantes encuentros con personas de todos los sectores de la población en aquella gran fiesta de la fe.

«Atreverse a una nueva partida» es el tema de vuestro encuentro en Mannheim. ¿Qué nos quieren decir en realidad estas palabras? Partir significa ponerse en movimiento, ponerse en camino. Pero a menudo implica también la decisión de cambiar y renovarse. Sólo puede partir quien está dispuesto a dejar atrás lo viejo y afrontar lo nuevo. Pero, ¿qué significa esto para la comunidad de la Iglesia, que según el apóstol san Pablo es el Cuerpo místico de Cristo? Cristo es la Cabeza y nosotros somos los miembros. No podemos manipular a la Iglesia en su Cabeza; más bien, como miembros, estamos llamados a orientarnos siempre de nuevo hacia la Cabeza, «que inició y completa nuestra fe» (*Hb* 12, 2). La renovación solo da fruto si se realiza a partir de lo que es verdaderamente nuevo de Cristo, que es camino, verdad y vida (cf. *Jn* 14, 6). Por tanto, la partida implica a cada creyente de modo personal e íntimo. A través del Bautismo somos nuevos en

Cristo. El Señor ha librado nuestra humanidad de la esclavitud del pecado y la ha «hecho partir» hacia la relación vivificante con Dios. Por eso, esta partida desde Dios debe llegar a ser siempre una partida personal hacia Dios. Cada uno debe preocuparse por su fe personal, por vivirla concretamente y por seguir desarrollándola. Pero, en nuestra fe, no estamos solos, aislados de los demás. Creemos con y en la comunidad de la Iglesia. La partida de cada bautizado es al mismo tiempo partida en la Iglesia y con ella.

En todos los tiempos, ha habido personas que se han atrevido a realizar esta partida y a las cuales se ha revelado de modo particularmente claro la presencia de Dios. El testimonio de fe de los santos y de la gran multitud de cristianos que han anunciado, alegres e intrépidos, el mensaje del Evangelio a los demás puede animarnos también hoy a una nueva partida, puede estimularnos a una nueva valentía en la fe. En la Sagrada Escritura y en la historia de la Iglesia, ha habido multitud de personas a las que no bastaba, a las que no podía bastar, lo que era común en su tiempo. Con corazón inquieto y abierto, han sido capaces de percibir en su vida y en las exigencias de la cotidianidad la «llamada a salir» de Dios. No ha sido la incoherencia humana lo que las ha hecho partir, sino el anhelo de la verdad y la escucha de la Palabra de Dios. La verdadera partida consiste, como ellas nos lo demuestran, en la obediencia y en la confianza respecto a las indicaciones y a la llamada de Dios. Quien se siente interpelado por Dios y modela su vida a partir de

este diálogo con Dios supera las angustias y los miedos y, por tanto, puede «dar razón de su esperanza» (cf. 1 P 3, 15).

Un hijo de la ciudad de Mannheim, el padre jesuita Alfred Delp, que después fue mártir, en una reflexión escrita pocas semanas antes de su muerte, nos describe a las personas que se atreven a ponerse en camino siguiendo la llamada de Dios: «Son personas -escribe- de una mirada infinita. Tienen hambre y sed de lo definitivo; realmente hambre y sed. Por consiguiente, son capaces de decidir. Subordinan la vida a su índole definitiva. Son personas que buscan, que caminan, porque han creído más en la llamada interior y en el signo exterior -que sin hambre interior y curiosidad atenta jamás habrían notado- que en la estabilidad segura y cómoda» (*Im Angesicht des Todes*, 97 s).

Queridos hermanos y hermanas, el Katholikentag se celebra en una ciudad que tiene una inmensa multiplicidad de ideas y concepciones, proyectos de vida y religiones. En ese ámbito, la aventura de una nueva partida significa reconocer sus oportunidades y sus peligros y crear los espacios para una convivencia auténtica. En efecto, solo una humanidad en la que reine la «civilización del amor» podrá disfrutar de una paz verdadera y duradera. Como Iglesia tenemos la misión de anunciar de manera abierta y clara la exigencia y el mensaje del Evangelio. La contribución de todos los bautizados a la nueva evangelización es irrenunciable. También nuestro país necesita una nueva partida misionera, apostólica.

Deseo dedicar en particular algunas palabras a los jóvenes y a los adultos jóvenes. Pude encontrarme con muchos de vosotros el año pasado, durante la Jornada mundial de la juventud en Madrid, y algunas semanas después durante la vigilia en Friburgo. A los que, como vosotros, tienen aún la vida por delante, se les pide continuamente que tomen decisiones e, incluso en el caso de desengaños, que se vuelvan a levantar y forjen con firmeza su futuro. Tened la valentía de orientaros hacia Jesucristo. Fortaleceos unos a otros en la fe. Apoyad el mensaje del Evangelio entre vuestros amigos, en la escuela y en el trabajo. Del mismo modo que Cristo ama a la Iglesia (cf. *Ef 5, 25*), así también nosotros queremos amar a la Iglesia. Sí, identifícaos con la Iglesia, porque Cristo se identifica con la Iglesia, porque Cristo se identifica con nosotros. Acoged la vida y la verdad que Cristo nos

da en la Iglesia. Todos queremos llevar este tesoro del amor de Dios a los hombres de nuestro país. Siguiendo su Palabra, queremos ponernos en camino (cf. *Lc 5, 5*), respondiendo así a la partida de Dios hacia nosotros, los hombres.

El 98° Katholikentag constituye, en cierto sentido, un prelude del Año de la fe, que iniciaremos dentro de poco, con ocasión del quincuagésimo aniversario de la apertura del concilio Vaticano II. Por tanto, que estos días sean una fiesta de la fe y ayuden a redescubrir la fe de la Iglesia en su belleza y su lozanía, a vivirla de manera cada vez más profunda y también a anunciarla en un tiempo nuevo. Con este deseo, pongo la celebración del Katholikentag en las manos de Dios y os imparto de corazón la bendición apostólica.

Vaticano, 14 de mayo de 2012

VIAJES - VISITA PASTORAL A AREZZO, LA VERNA Y SANSEPOLCRO (13 DE MAYO DE 2012)

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el encuentro con la población

Plaza Torre di Berta, Sansepolcro.
Domingo, 13 de mayo de 2012

Queridos hermanos y hermanas: me alegra encontrarme en Sansepolcro y unirme a vuestra acción de gracias a

Dios por el milenario de fundación de la ciudad, por los prodigios de gracia y todos los beneficios que, en diez siglos, la Providencia ha otorgado. En esta histórica plaza, repitamos las palabras del Salmo responsorial de hoy: «Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas... Aclama al Señor tierra entera; gritad, vitoread, tocad» (Sal 97).

Queridos amigos de Sansepolcro, os saludo a todos con afecto, comenzando por el arzobispo monseñor Riccardo Fontana; con él, saludo a los sacerdotes, a las personas consagradas y a los fieles laicos que se dedican activamente al apostolado. Un deferente saludo dirijo a las autoridades civiles y militares, en particular a la alcaldesa, doctora Daniela Frullani, a la que agradezco las cordiales palabras que me ha dirigido.

Hace mil años, los santos peregrinos Arcano y Egidio, ante las grandes transformaciones de la época, se pusieron a buscar la verdad y el sentido de la vida, dirigiéndose a Tierra Santa. Al volver, trajeron consigo no solo las piedras que recogieron en el monte Sión, sino también la especial idea que habían elaborado en la tierra de Jesús: construir en el alto valle del Tíber la civitas hominis a imagen de Jerusalén, que, en su mismo nombre, evoca la justicia y la paz. Un proyecto que recuerda la gran visión de la historia de san Agustín en la obra *«La ciudad de Dios»*. Cuando los godos de Alarico entraron en Roma y el mundo pagano acusó al Dios de los cristianos de no haber salvado la ciudad caput mundi, el santo obispo de Hipona aclaró lo que debemos esperar de Dios, la justa relación entre esfera política y esfera religiosa. Él ve en la historia la presencia de dos amores: «amor a sí», que lleva a la indiferencia respecto de Dios, y «amor a Dios», que lleva a la plena libertad para los demás y a construir una ciudad del hombre regida por la justicia y por la paz (cf. *La ciudad de Dios*, XIV, 28).

Ciertamente, esta visión no fue extraña a los fundadores de Sansepolcro. Ellos idearon un modelo de ciudad articulado y lleno de esperanza para el futuro, en el que los discípulos de Cristo estaban llamados a ser el motor de la sociedad en la promoción de la paz, a través de la práctica de la justicia. Su valiente desafío se convirtió en realidad, con la perseverancia de un camino que, primero gracias al apoyo del carisma benedictino, y después de los monjes camaldulenses, ha proseguido durante generaciones. Fue necesario un fuerte compromiso para fundar una comunidad monástica y luego, en torno a la iglesia abacial, vuestra ciudad. No fue solo un proyecto que marca el plan urbanístico del «Borgo» de Sansepolcro, porque la misma colocación de la catedral tiene un fuerte valor simbólico: es el punto de referencia a partir del cual cada uno puede orientarse en el camino, y sobre todo en la vida; constituye una fuerte llamada a mirar hacia las alturas, a elevarse de la cotidianidad para dirigir los ojos al cielo, en una continua tensión hacia los valores espirituales y hacia la comunión con Dios, que no aliena de lo cotidiano, sino que lo orienta y lo hace vivir de un modo aún más intenso. Esta perspectiva es válida también hoy para recuperar el gusto de la búsqueda de la «verdad», para percibir la vida como un camino que acerca a la «verdad» y a la «justicia».

Queridos amigos, el ideal de vuestros fundadores ha llegado hasta nuestros días y constituye no solo el

eje de la identidad de Sansepolcro y de la Iglesia diocesana, sino también un desafío a conservar y promover el pensamiento cristiano, que está en el origen de esta ciudad. El milenario es la ocasión para hacer una reflexión que es, al mismo tiempo, camino interior por las sendas de la fe y esfuerzo por redescubrir las raíces cristianas, a fin de que los valores evangélicos sigan fecundando las conciencias y la historia diaria de la población. Hoy es especialmente necesario que el servicio de la Iglesia al mundo se exprese con fieles laicos iluminados, capaces de actuar dentro de la ciudad del hombre, con la voluntad de servir más allá del interés privado, más allá de las visiones parciales. El bien común cuenta más que el bien del individuo, y toca también a los cristianos contribuir al nacimiento de una nueva ética pública. Nos lo recuerda la espléndida figura del nuevo beato Giuseppe Toniolo. A la desconfianza hacia el compromiso en el ámbito político y social, los cristianos, especialmente los jóvenes, están llamados a contraponer el compromiso y el amor a la responsabilidad, animados por la caridad evangélica, que pide no encerrarse en sí mismos, sino de interesarse por los demás. A los jóvenes dirijo la invitación a saber pensar en grande: ¡tened la valentía de osar! Estad dispuestos a dar un nuevo sabor a toda la sociedad civil, con la sal de la honradez y del altruismo desinteresado. Es necesario recuperar sólidas motivaciones para servir al bien de los ciudadanos.

El desafío que afronta este antiguo «Borgo» es armonizar el redescubrimiento de su propia identidad milenaria con la acogida y la incorporación de culturas y sensibilidades diversas. San Pablo nos enseña que la Iglesia, pero también toda la sociedad, son como el cuerpo humano, donde cada parte es diferente de las demás, pero todas concurren al bien del organismo (cf. 1 Co 12, 12-26). Demos gracias a Dios porque vuestra comunidad diocesana ha madurado en los siglos una ardiente apertura misionera, como lo atestigua el hermanamiento con el Patriarcado latino de Jerusalén. Me ha complacido saber que ese hermanamiento ha producido frutos de colaboración y obras de caridad en favor de los hermanos más necesitados en Tierra Santa. Los antiguos vínculos indujeron a vuestros antepasados a construir aquí una copia en piedra del Santo Sepulcro de Jerusalén, para hacer sólida la identidad de los habitantes y para mantener viva la devoción y la oración hacia la ciudad santa. Este vínculo continúa y hace que vosotros percibáis todo lo que atañe a Tierra Santa como realidad que os implica; como, por lo demás, en Jerusalén, vuestro nombre y la presencia de peregrinos de la diócesis, hacen activas las relaciones fraternas. Al respecto, estoy seguro de que os abriréis a nuevas perspectivas de solidaridad, imprimiendo un renovado impulso apostólico al servicio del Evangelio. Y este será uno de los resultados más significativos de las celebraciones jubilares de vuestra ciudad.

Quiero hacer también una alusión a la catedral, donde he contemplado la belleza del «Santo Rostro». Esta basílica es el lugar de la alabanza de toda la ciudad a Dios, la sede de la recuperada armonía entre los momentos de culto y de la vida cívica, el punto de referencia para la pacificación de los ánimos. Y como vuestros padres supieron construir el espléndido templo de piedra, para que fuera signo y llamada a la comunión de vida, a vosotros corresponde hacer visible y creíble el significado del edificio sacro, viviendo en paz en la comunidad eclesial y civil. En pleno Renacimiento, los habitantes de Sansepolcro pidieron al pintor Durante Alberti que representara a Belén en la iglesia madre, para que nadie olvidara que Dios está con nosotros en la pobreza del pesebre. Recordando el pasado y atentos al presente, pero también proyectados hacia el futuro, los cristianos de la diócesis de Arezzo-Cortona-Sansepolcro sabéis que el progreso espiritual de vuestras comunidades eclesiales e incluso la promoción del bien común de las comunidades civiles exigen el compromiso con vistas a una inserción cada vez más vital de vuestras parroquias y asociaciones en el territorio. Que el camino recorrido y la fe que os anima os infundan valor e impulso para continuar. Mirando vuestro rico patrimonio espiritual, sed una Iglesia viva al servicio del Evangelio. Una Iglesia hospitalaria y generosa, que con su testimonio haga presente el amor de Dios a todo ser humano, especialmente a los que sufren y a los necesitados.

Que la Virgen santísima, venerada de modo especial en este mes de mayo, vele por cada uno de vosotros y sostenga los esfuerzos por un futuro mejor. ¡Oh María, Reina de la paz, escucha nuestra oración: haznos testigos de tu Hijo Jesús y artífices incansables de justicia y de paz! Amén. Gracias.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante la visita al santuario de la
Verna***

Domingo, 13 de mayo de 2012

Queridos frailes menores, queridas hijas de la santa madre Clara, queridos hermanos y hermanas: ¡Que el Señor os dé paz!

¡Contemplar la cruz de Cristo! Hemos subido como peregrinos al Sasso Spicco de La Verna donde «dos años antes de su muerte» (Celano, Vida primera, III, 94: FF, 484) san Francisco recibió en su cuerpo los estigmas de la gloriosa pasión de Cristo. Su camino de discípulo lo había llevado a una unión tan profunda con el Señor que compartía incluso sus señales exteriores del acto supremo de amor de la cruz. Un camino iniciado en San Damián ante Cristo crucificado contemplado con la mente y con el corazón. La continua meditación de la cruz, en este lugar santo, ha sido camino de santificación para numerosos cristianos que, a lo largo de ocho siglos, se han arrodilla-

do aquí para orar, en el silencio y en el recogimiento.

La cruz gloriosa de Cristo resume el sufrimiento del mundo, pero es sobre todo señal tangible del amor, medida de la bondad de Dios hacia el hombre. En este lugar, también, nosotros estamos llamados a recuperar la dimensión sobrenatural de la vida, a levantar los ojos de lo que es contingente, para volver a abandonarnos totalmente al Señor, con corazón libre y en perfecta alegría, contemplando al Crucificado para que nos hiera con su amor.

«Altísimo, omnipotente, buen Señor, tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición» (Cántico del hermano sol: FF, 263). Sólo dejándose iluminar por la luz del amor de Dios, el hombre y la naturaleza entera pueden ser rescatados; solo así la belleza puede finalmente reflejar el esplendor del rostro de Cristo, como la luna refleja el sol. Brotando de la cruz gloriosa, la Sangre de Cristo crucificado vuelve a vivificar los huesos secos del Adán que está en nosotros, para que cada uno vuelva a encontrar la alegría de encaminarse hacia la santidad, de subir hacia las alturas, hacia Dios. Desde este lugar bendito, me uno a la oración de todos los franciscanos y las franciscanas de la tierra: «Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos aquí y en todas las iglesias que hay en el mundo, porque con tu santa cruz redimiste al mundo».

¡Arrebatados por el amor de Cristo! No se sube a La Verna sin dejarse guiar por la oración de san Francisco del absorbent, que reza: «Te suplico, Señor, que la fuerza abrasadora y meliflua de tu amor absorba de tal modo mi mente que la separe de todas las cosas que hay debajo del cielo, para que yo muera por amor de tu amor, ya que por amor de mi amor tú te dignaste morir» (Oración «absorbent», 1: FF, 277). La contemplación de Cristo crucificado es obra de la mente, pero no logra elevarse hacia lo alto sin el apoyo, sin la fuerza del amor. En este mismo lugar, fray Buenaventura de Bagnoregio, insigne hijo de san Francisco, proyectó su *Itinerarium mentis in Deum* indicándonos el camino que es preciso recorrer para elevarnos a las cimas donde podemos encontrar a Dios. Este gran Doctor de la Iglesia nos comunica su misma experiencia, invitándonos a la oración. Ante todo, es necesario dirigir la mente a la Pasión del Señor, porque el sacrificio de la cruz es el que borra nuestro pecado, una falta que solo puede ser colmada por el amor de Dios: «Exhorto al lector -escribe-, ante todo al gemido de la oración a Cristo crucificado, cuya sangre lava las manchas de nuestras culpas» (*Itinerarium mentis in Deum*, Prol. 4). Pero, para tener eficacia, nuestra oración necesita las lágrimas, es decir, la participación interior, nuestro amor que responda al amor de Dios. Además, es necesaria la admiración, que san Buenaventura ve en los humildes del Evangelio, capaces de asombrarse ante la obra salvífica de Cristo. Y,

precisamente, la humildad es la puerta de todas las virtudes. De hecho, no es posible alcanzar a Dios con el orgullo intelectual de la búsqueda encerrada en sí misma, sino con la humildad, según una célebre expresión de san Buenaventura: «[el hombre] no crea que le baste la lectura sin la unción, la especulación sin la devoción, la búsqueda sin la admiración, la consideración sin el júbilo, la diligencia sin la piedad, la ciencia sin la caridad, la inteligencia sin la humildad, el estudio sin la gracia divina, el espejo sin la sabiduría divinamente inspirada» (ib.).

La contemplación de Cristo crucificado tiene una eficacia extraordinaria, porque nos hace pasar del orden de las cosas pensadas a la experiencia vivida; de la salvación esperada, a la patria feliz. San Buenaventura afirma: «Aquel que lo mira atentamente [a Cristo crucificado]... realiza con él la Pascua, es decir, el paso» (ib., VII, 2). Este es el corazón de la experiencia de La Verna, de la experiencia que hizo aquí el Poverello de Asís. En este Sacro Monte, san Francisco vive en sí mismo la profunda unidad entre sequela, imitatio y conformatio Christi. Y así nos dice también a nosotros que no basta declararse cristianos para ser cristianos, y tampoco tratar de realizar obras buenas. Hace falta configurarse con Jesús, con un lento, progresivo esfuerzo de transformación del propio ser, a imagen del Señor, para que, por gracia divina, todo miembro de su Cuerpo, que es la Iglesia, muestre la necesaria seme-

janza con la Cabeza, Cristo Señor. Y también en este camino se parte -como nos enseñan los maestros medievales siguiendo al gran Agustín- del conocimiento de sí mismos, de la humildad de mirar con sinceridad a lo más íntimo de sí mismos.

¡Llevar el amor de Cristo! ¡Cuántos peregrinos han subido y suben a este Sacro Monte a contemplar el Amor de Dios crucificado y dejarse arrebatado por él! ¡Cuántos peregrinos han subido buscando a Dios, que es la verdadera razón por la que la Iglesia existe: hacer de puente entre Dios y el hombre! Y aquí os encuentran también a vosotros, hijos e hijas de san Francisco. Recordad siempre que la vida consagrada tiene la misión específica de testimoniar, con la palabra y con el ejemplo de una vida según los consejos evangélicos, la fascinante historia de amor entre Dios y la humanidad, que atraviesa la historia.

El medievo franciscano dejó una huella indeleble en vuestra Iglesia de Arezzo. Los repetidos pasos del Poverello de Asís y sus estancias en vuestro territorio son un tesoro precioso. Único y fundamental fue el episodio de La Verna, por la singularidad de los estigmas impresos en el cuerpo del seráfico padre Francisco, pero también la historia colectiva de sus frailes y de vuestra gente, que redescubre aún, en el Sasso Spicco, la centralidad de Cristo en la vida del creyente. Montauto de Anghiari, Las Celdas de Cortona y el Eremitorio de Montecasale, y el de

Cerbaiolo, pero también otros lugares menores del franciscanismo toscano, siguen marcando la identidad de las comunidades de Arezzo, Cortona y Sansepolcro.

Muchas luces han iluminado estas tierras, como santa Margarita de Cortona, figura poco conocida de penitente franciscana, capaz de revivir en sí misma con extraordinaria vivacidad el carisma del Poverello de Asís, uniendo la contemplación de Cristo crucificado con la caridad hacia los últimos. El amor a Dios y al prójimo sigue animando la valiosa obra de los franciscanos en vuestra comunidad eclesial. La profesión de los consejos evangélicos es un camino real para vivir la caridad de Cristo. En este lugar bendito, pido al Señor que siga enviando obreros a su viña y sobre todo a los jóvenes dirijo la apremiante invitación, para que quien sea llamado por Dios responda con generosidad y tenga la valentía de entregarse en la vida consagrada y en el sacerdocio ministerial.

Me he hecho peregrino en La Verana, como Sucesor de Pedro, y quisiera que cada uno de nosotros volviera a escuchar la pregunta de Jesús a Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?... Apacienta mis corderos» (Jn 21, 15). El amor a Cristo está en la base de la vida del Pastor, así como de la del consagrado; un amor que no tiene miedo al compromiso y al esfuerzo. Llevad este amor al hombre de nuestro tiempo, a menudo cerrado en su

propio individualismo; sed signo de la inmensa misericordia de Dios. La piedad sacerdotal enseña a los sacerdotes a vivir lo que se celebra, a partir la propia vida para aquellos con quienes nos encontramos: compartiendo el dolor, prestando atención a los problemas, acompañando el camino de fe.

Gracias al ministro general José Carballo por sus palabras, a toda la Familia franciscana y a todos vosotros. Perseverad, como vuestro santo padre, en la imitación de Cristo, para que quien se encuentre con vosotros se encuentre con san Francisco y, encontrándose con san Francisco, se encuentre con el Señor.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la concelebración
Eucarística***

Parque “Il Prato”, Arezzo. Domingo, 13 de mayo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Es grande mi alegría por poder partir con vosotros el pan de la Palabra de Dios y de la Eucaristía. Os saludo cordialmente a todos y os agradezco la calurosa acogida. Saludo a vuestro pastor, monseñor Riccardo Fontana, al que agradezco las amables palabras de bienvenida; a los demás obispos, a los sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas, a los representantes de las asociaciones y los movimientos eclesiales.

Un deferente saludo al alcalde, abogado Giuseppe Fanfani, al que agradezco sus palabras de saludo; al senador Mario Monti, presidente del Consejo de ministros, y a las demás autoridades civiles y militares. Expreso mi agradecimiento de modo especial a quienes han colaborado generosamente para esta visita pastoral.

Hoy me acoge una Iglesia antigua, experta en relaciones y benemérita por su compromiso durante siglos para construir la ciudad del hombre a imagen de la ciudad de Dios. Efectivamente, en tierra de Toscana, la comunidad de Arezzo se ha distinguido muchas veces en la historia por el sentido de libertad y la capacidad de diálogo entre componentes sociales diversos. Al venir por primera vez entre vosotros, mi deseo es que la ciudad sepa siempre hacer fructificar esta valiosa herencia.

En los siglos pasados, la Iglesia que está en Arezzo se enriqueció y animó con múltiples expresiones de la fe cristiana, entre las cuales la más alta es la de los santos. Pienso, en particular, en san Donato, vuestro patrono, cuyo testimonio de vida, que fascinó a la cristiandad del Medievo, sigue siendo actual. Fue un evangelizador intrépido, para que todos se librasen de las costumbres paganas y encontraran en la Palabra de Dios la fuerza para afirmar la dignidad de toda persona y el verdadero sentido de la libertad. A través de su predicación llevó a la unidad, con la oración y la Eucaristía, a los pueblos

de los que fue obispo. El cáliz roto y recompuesto por san Donato, del que habla san Gregorio Magno (cf. *Diálogos I*, 7, 3), es imagen de la obra pacificadora llevada a cabo por la Iglesia en el seno de la sociedad, para el bien común. Así lo atestigua en favor nuestro san Pedro Damiano y, con él, la gran tradición camaldulense que desde hace miles de años, partiendo del Casentino, ofrece su riqueza espiritual a esta Iglesia diocesana y a la Iglesia universal.

En vuestra catedral, está sepultado el beato Gregorio X, Papa, como para mostrar, en la diversidad de los tiempos y de las culturas, la continuidad del servicio que la Iglesia de Cristo quiere prestar al mundo. Sostenido por la luz que venía de las nacientes Órdenes mendicantes, de teólogos y santos, entre los cuales santo Tomás de Aquino y san Buenaventura de Bagnoregio, afrontó los grandes problemas de su tiempo: la reforma de la Iglesia; la recomposición del cisma con el Oriente cristiano, que intentó realizar con el concilio de Lyon; la atención a Tierra Santa; la paz y las relaciones entre los pueblos: él fue el primero en Occidente en tener un intercambio de embajadores con el Kublai Kan de China.

Queridos amigos, la primera lectura nos ha presentado un momento importante en el que se manifiesta precisamente la universalidad del mensaje cristiano y de la Iglesia: san Pedro, en la casa de Cornelio, bautizó a los primeros paganos. En el *Antiguo Testamento*,

Dios había querido que la bendición del pueblo judío no fuera exclusiva, sino que se extendiera a todas las naciones. Desde la llamada de Abrahán, había dicho: «En ti serán benditas todas las familias de la tierra» (Gn 12, 3). Y así Pedro, inspirado desde lo alto, comprende que «Dios no hace acepción de personas, sino que acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea» (Hch 10, 34-35). El gesto realizado por Pedro se convierte en imagen de la Iglesia abierta a toda la humanidad. Siguiendo la gran tradición de vuestra Iglesia y de vuestras comunidades, sed testigos auténticos del amor de Dios hacia todos.

Pero, ¿cómo podemos nosotros, con nuestra debilidad, llevar este amor? San Juan, en la segunda lectura, nos ha dicho con fuerza que la liberación del pecado y de sus consecuencias no es iniciativa nuestra, sino de Dios. No hemos sido nosotros quienes lo hemos amado a él, sino que es él quien nos ha amado a nosotros y ha tomado sobre sí nuestro pecado y lo ha lavado con la sangre de Cristo. Dios nos ha amado primero y quiere que entremos en su comunión de amor, para colaborar en su obra redentora.

En el pasaje del *Evangelio*, ha resonado la invitación del Señor: «Os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca» (Jn 15, 16). Son palabras dirigidas de modo específico a los Apóstoles, pero, en sentido amplio, conciernen a todos los discípulos de Je-

sús. Toda la Iglesia, todos nosotros hemos sido enviados al mundo para llevar el Evangelio y la salvación. Pero la iniciativa siempre es de Dios, que llama a los múltiples ministerios, para que cada uno realice su propia parte para el bien común. Llamados al sacerdocio ministerial, a la vida consagrada, a la vida conyugal, al compromiso en el mundo, a todos se les pide que respondan con generosidad al Señor, sostenidos por su Palabra, que nos tranquiliza: «No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido» (ib.).

Queridos amigos, conozco el compromiso de vuestra Iglesia para promover la vida cristiana. Sed fermento en la sociedad, sed cristianos presentes, emprendedores y coherentes. La ciudad de Arezzo resume, en su historia plurimilenaria, expresiones significativas de culturas y de valores. Entre los tesoros de vuestra tradición, está el orgullo de una identidad cristiana, testimoniada por tantos signos y por devociones arraigadas, como la que tributáis a la Virgen del Consuelo. Esta tierra, donde nacieron grandes personalidades del Renacimiento, desde Petrarca hasta Vasari, ha desempeñado un papel activo en la consolidación de la concepción del hombre que ha influido en la historia de Europa, poniendo énfasis en los valores cristianos. Incluso en tiempos recientes, pertenece al patrimonio ideal de la ciudad lo que algunos entre sus mejores hijos, en la investigación universitaria y en las sedes institucionales, han sabido elaborar sobre el concepto mismo de civitas,

declinando el ideal cristiano de la edad comunal en las categorías de nuestro tiempo. En el contexto de la Iglesia en Italia, comprometida en este decenio en el tema de la educación, debemos preguntarnos, sobre todo en la región que es patria del Renacimiento, qué visión del hombre somos capaces de proponer a las nuevas generaciones. La Palabra de Dios que hemos escuchado es una fuerte invitación a vivir el amor de Dios a todos, y la cultura de estas tierras, entre sus valores distintivos, la solidaridad, la atención a los más débiles, el respeto de la dignidad de cada uno. Es muy conocida la acogida, que también en tiempos recientes habéis sabido dar a quienes han venido en busca de libertad y de trabajo. Ser solidarios con los pobres es reconocer el proyecto de Dios Creador, que ha hecho de todos una sola familia.

Ciertamente, también vuestra provincia está fuertemente probada por la crisis económica. La complejidad de los problemas hace difícil encontrar las soluciones más rápidas y eficaces para salir de la situación actual, que afecta de modo especial a los estratos más débiles y preocupa mucho a los jóvenes. La atención a los demás, desde siglos remotos, ha impulsado a la Iglesia a hacerse solidaria concretamente con quienes sufren necesidad, compartiendo recursos, promoviendo estilos de vida más esenciales, contrastando la cultura de lo efímero, que ha engañado a muchos, produciendo una profunda crisis espiritual. Esta Iglesia diocesana, enriquecida por el testimonio luminoso del Poverello de Asís,

debe seguir siendo atenta y solidaria con quienes sufren necesidad, pero debe saber también educar para superar lógicas puramente materialistas, que a menudo caracterizan a nuestro tiempo, y acaban por anublar precisamente el sentido de la solidaridad y de la caridad.

Testimoniar el amor de Dios en la atención a los últimos se conjuga también con la defensa de la vida, desde su primer instante hasta su término natural. En vuestra región asegurar a todos dignidad, salud y derechos fundamentales se siente con razón como un bien irrenunciable. La defensa de la familia, a través de leyes justas y capaces de tutelar también a los más débiles, ha de constituir siempre un punto importante para mantener un tejido social sólido y ofrecer perspectivas de esperanza para el futuro. Como en el Medievo los estatutos de vuestras ciudades fueron instrumento para asegurar a muchos los derechos inalienables, así también hoy ha de proseguir el esfuerzo por promover una ciudad de rostro cada vez más humano. En esto la Iglesia ofrece su contribución para que el amor a Dios vaya siempre acompañado por el amor al prójimo.

Queridos hermanos y hermanas, proseguid el servicio a Dios y al hombre según la enseñanza de Jesús, el luminoso ejemplo de vuestros santos y la tradición de vuestro pueblo. Que, en este compromiso, os acompañe y sostenga siempre la materna protección de la Virgen del Consuelo, a la que tanto amáis y veneráis. Amén.

SANTA SEDE

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO

**Carta a los sacerdotes del Prefecto de la Congregación para el Clero,
en la Jornada Mundial de Oración para la Santificación del Clero**

Queridos Sacerdotes:

En la próxima solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, el 15 de junio de 2012, celebraremos, como de costumbre, la “Jornada Mundial de Oración para la Santificación del Clero”.

La expresión de la Escritura «Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (1Ts 4, 3), aunque vaya dirigida a todos los cristianos, se refiere en modo particular a nosotros, los sacerdotes, que hemos aceptado no solo la invitación a “santificarnos”, sino también a convertirnos en “ministros de santificación” para nuestros hermanos.

Esta “voluntad de Dios”, en nuestro caso, por decirlo así, se ha doblado y multiplicado al infinito, tanto que a ella podemos y debemos obedecer en cada acción ministerial que llevamos a cabo.

Este es nuestro estupendo destino: no podemos santificarnos sin trabajar para la santidad de nuestros hermanos, y no podemos trabajar para la santidad de nuestros hermanos sin que antes hayamos trabajado y trabajemos para nuestra santidad.

Al introducir a la Iglesia en el nuevo milenio, el Beato Juan Pablo II nos recordaba la normalidad de este “ideal de perfección”, que debe ofrecerse en seguida a todos: «Preguntar a un catecúmeno: “¿quieres recibir el bautismo?”, significa al mismo tiempo preguntarle: “¿quieres ser santo?”» 1.

Ciertamente, en el día de nuestra Ordenación sacerdotal, esta misma pregunta bautismal resonó de nuevo en nuestro corazón, pidiendo una vez más nuestra respuesta personal; pero se nos ha confiado para que supiésemos dirigirla también a nuestros fieles, custodiando su belleza y preciosidad.

La conciencia de nuestros incumplimientos personales no contradice esta persuasión, como tampoco lo hacen las culpas de algunos que, a veces, han humillado el sacerdocio a los ojos del mundo.

A distancia de diez años -considerando que las noticias difundidas se agravan - debemos dejar que resuenen de nuevo en nuestro corazón, con mayor fuerza y urgencia, las palabras que Juan Pablo II nos dirigió el Jueves Santo del año 2002: «Además, en cuanto sacerdotes, nos sentimos en estos momentos personalmente conmovidos en lo

más íntimo por los pecados de algunos hermanos nuestros que han traicionado la gracia recibida con la Ordenación, cediendo incluso a las peores manifestaciones del *mysterium iniquitatis* que actúa en el mundo. Se provocan así escándalos graves, que llegan a crear un clima denso de sospechas sobre todos los demás sacerdotes beneméritos, que ejercen su ministerio con honestidad y coherencia, y a veces con caridad heroica. Mientras la Iglesia expresa su propia solicitud por las víctimas y se esfuerza por responder con justicia y verdad a cada situación penosa, todos nosotros -conscientes de la debilidad humana, pero confiando en el poder salvador de la gracia divina - estamos llamados a abrazar el *mysterium Crucis* y a comprometernos aún más en la búsqueda de la santidad. Hemos de orar para que Dios, en su providencia, suscite en los corazones un generoso y renovado impulso de ese ideal de entrega total a Cristo que está en la base del ministerio sacerdotal»².

Como ministros de la misericordia de Dios, sabemos, por tanto, que la búsqueda de la santidad siempre se puede retomar, a partir del arrepentimiento y el perdón. Pero a la vez sentimos la necesidad de pedirlo, cada sacerdote, en nombre de todos los sacerdotes y para todos los sacerdotes³.

Refuerza nuestra confianza la invitación que la propia Iglesia nos dirige a cruzar nuevamente el umbral de la *Porta fidei*, acompañando a todos nuestros

fieles. Sabemos que este es el título de la Carta apostólica con la cual el Santo Padre, Benedicto XVI, convocó el Año de la Fe que comenzará el próximo 12 de octubre de 2012.

Una reflexión sobre las circunstancias de esta invitación nos puede ayudar.

Se sitúa en el 50° aniversario de la apertura del Concilio ecuménico Vaticano II (11 de octubre de 1962) y en el 20° aniversario de la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica* (11 de octubre de 1992). Además, para el mes de octubre de 2012, se ha convocado la Asamblea General del Sínodo de los Obispos sobre el tema de “La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”.

Se nos pedirá, pues, trabajar en profundidad sobre cada uno de estos “capítulos”:

– sobre el Concilio Vaticano II, a fin de que sea de nuevo acogido como «la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX»: “Una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza”, “una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia”⁴;

– sobre el *Catecismo de la Iglesia Católica*, para que realmente se acoja y se utilice «como instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial y como una regla segura para la enseñanza de la fe»⁵;

– sobre la preparación del próximo Sínodo de los Obispos, para que sea realmente «una buena ocasión para introducir a todo el cuerpo eclesial en un tiempo de especial reflexión y redescubrimiento de la fe»⁶.

Por ahora -como introducción a todo el trabajo- podemos meditar brevemente sobre esta indicación del Pontífice, en la cual todo converge: «Es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. Hoy como ayer, él nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra (cf. Mt 28, 19). Con su amor, Jesucristo atrae hacia sí a los hombres de cada generación: en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confía el anuncio del Evangelio, con un mandato que es siempre nuevo. Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe».⁷

“Los hombres de cada generación”, “todos los pueblos de la tierra”, “nueva evangelización”: ante este horizonte tan universal, sobre todo nosotros, los sacerdotes, debemos preguntarnos cómo y dónde estas afirmaciones pueden unirse y consistir.

Podemos, pues, comenzar recordando que ya el *Catecismo de la Iglesia Católica* se abre con un abrazo universal, reconociendo que “El hombre es «ca-

paz» de Dios”⁸; pero lo hace eligiendo -como su primera cita- este texto del Concilio ecuménico Vaticano II: «La razón más alta (“eximia ratio”) de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor (“ex amore”), es conservado siempre por amor (“ex amore”); y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador. Sin embargo, muchos de nuestros contemporáneos no perciben de ninguna manera esta unión íntima y vital con Dios o la rechazan explícitamente» (“hanc intimam ac vitalem coniunctionem cum Deo”)⁹.

¿Cómo olvidar que, con el texto que acabamos de citar -precisamente en la riqueza de las formulaciones escogidas-, los Padres conciliares querían dirigirse directamente a los ateos, afirmando la inmensa dignidad de la vocación, de la que se habían alejado como hombres? ¡Y lo hacían con las mismas palabras que sirven para describir la experiencia cristiana, en el culmen de su intensidad mística!

También la Carta apostólica *Porta Fidei* inicia afirmando que esta «introduce en la vida de comunión con Dios», lo que significa que nos permite adentrarnos directamente en el misterio central de la fe que debemos profesar: «Profesar la fe en la Trinidad

-Padre, Hijo y Espíritu Santo- equivale a creer en un solo Dios que es Amor» (ibídem, n. 1).

Todo esto debe resonar de modo especial en nuestro corazón y en nuestra inteligencia, para que seamos conscientes de cuál es hoy el drama más grave de nuestros tiempos.

Las naciones cristianizadas ya no sienten la tentación de ceder a un ateísmo genérico (como en el pasado), sino que corren el riesgo de ser víctimas de ese particular ateísmo que viene de haber olvidado la belleza y el calor de la Revelación Trinitaria.

Hoy son sobre todo los sacerdotes, en su adoración diaria y en su ministerio diario, quienes deben encauzarlo todo hacia la Comunión Trinitaria: solo a partir de esta y adentrándose en esta, los fieles pueden descubrir verdaderamente el rostro del Hijo de Dios y su contemporaneidad, y pueden verdaderamente llegar al corazón de todo hombre y a la patria a la cual todos están llamados. Y solo así los sacerdotes podemos ofrecer de nuevo a los hombres de hoy la dignidad del ser persona, el sentido de las

relaciones humanas y de la vida social, y la finalidad de toda la creación.

“Creer en un solo Dios que es Amor”: no será realmente posible ninguna nueva evangelización si los cristianos no somos capaces de sorprender y conmover nuevamente al mundo con el anuncio de la Naturaleza de Amor de Nuestro Dios, en las Tres Divinas Personas que la expresan y que nos hacen partícipes de su misma vida.

El mundo de hoy, con sus laceraciones cada vez más dolorosas y preocupantes, necesita al Dios-Trinidad, y anunciarlo es la tarea de la Iglesia.

La Iglesia, para poder desempeñar esta tarea, debe permanecer indisolublemente abrazada a Cristo y no dejar nunca que se le separe de Él: necesita santos que vivan “en el corazón de Jesús” y sean testigos felices del Amor Trinitario de Dios. ¡Y los Sacerdotes, para servir a la Iglesia y al mundo, necesitan ser santos!

Vaticano, 26 de marzo de 2012

Solemnidad de la Anunciación de la Santísima Virgen

NOTAS:

1 Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, n. 31.

2 JUAN PABLO II, Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo del año 2002.

3 CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, El sacerdote ministro de la Misericordia Divina. Material para Confesores y Directores espirituales, 9 de marzo de 2011, 14-18; 74-76; 110-116 (el sacerdote como penitente y discípulo espiritual).

4 Cf. *Porta fidei*, n. 5.

5 Cf. *Ibídem*, n. 11.

6 *Ibídem*, n. 4.

7 *Ibídem*, n. 7.

8 Sección Primera. Capítulo I.

9 *Gaudium et Spes*, n. 19 y *Catecismo de la Iglesia Católica* n. 27.

LECTURAS Y TEXTOS para profundizar o para celebraciones

LECTURAS BÍBLICAS

Del *Evangelio de Juan*: 15, 14-17

Del *Evangelio de Lucas*: 22, 14 - 27

Del *Evangelio de Juan*: 20, 19 - 23

De la *Carta a los Hebreos*: 5, 1 - 10

LECTURAS PATRÍSTICAS

S. JUAN CRISÓSTOMO, *El sacerdocio*, III, 4-5; 6.

ORÍGENES, *Homilías sobre el Levítico*, 7, 5.

LECTURAS DEL MAGISTERIO

Gaudium et Spes, n. 19 y *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 27.

JUAN PABLO II, *Carta a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 2001.

Benedicto XVI, *Homilía del Jueves Santo*, 13 de abril de 2006.

LECTURAS de los ESCRITOS de los SANTOS

SAN GREGORIO MAGNO: *Diálogos*, 4, 59.

SANTA CATALINA DE SIENA, *El diálogo de la divina Providencia*, cap. 116; cf. Sl 104, 15.

SANTA TERESA DE LISIEUX, Ms A 56r; LT 108; LT 122; LT 101; Pr n. 8.

BEATO CHARLES DE FOUCAULD, *Écrits Spirituels*, pp. 69-70.

SANTA TERESA BENEDICTA DE LA CRUZ (EDITH STEIN), WS, 23.

ORACIÓN POR LA SANTA IGLESIA Y POR LOS SACERDOTES

Oh Jesús mío, te ruego por toda la Iglesia:
 concédele el amor y la luz de tu Espíritu
 y da poder a las palabras de los sacerdotes
 para que los corazones endurecidos
 se ablanden y vuelvan a ti, Señor.
 Señor, danos sacerdotes santos;

Tú mismo consévalos en la santidad.
 Oh Divino y Sumo Sacerdote,
 que el poder de tu misericordia
 los acompañe en todas partes y los proteja
 de las trampas y asechanzas del demonio,
 que están siendo tendidas incesantemente para las almas de los sacerdotes.
 Que el poder de tu misericordia,
 oh Señor, destruya y haga fracasar
 lo que pueda empañar la santidad de los sacerdotes,
 ya que tú lo puedes todo.
 Oh mi amadísimo Jesús,
 te ruego por el triunfo de la Iglesia,
 por la bendición para el Santo Padre y todo el clero,
 por la gracia de la conversión de los pecadores empedernidos.
 Te pido, Jesús, una bendición especial y luz
 para los sacerdotes,
 ante los cuales me confesaré durante toda mi vida.
 (*Santa Faustina Kowalska*)

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA LOS SACERDOTES

1. «*Por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad*» (Jn 17, 19)

¿Me propongo seriamente la santidad en mi sacerdocio? ¿Estoy convencido de que la fecundidad de mi ministerio sacerdotal viene de Dios y que, con la gracia del Espíritu Santo, debo identificarme con Cristo y dar mi vida por la salvación del mundo?

2. «*Este es mi cuerpo*» (Mt 26, 26)

¿El santo sacrificio de la Misa es el centro de mi vida interior? ¿Me preparo bien, celebro devotamente y después,

me recojo en acción de gracias? ¿Constituye la Misa el punto de referencia habitual de mi jornada para alabar a Dios, darle gracias por sus beneficios, recurrir a su benevolencia y reparar mis pecados y los de todos los hombres?

3. «*El celo por tu casa me devora*» (Jn 2, 17)

¿Celebro la Misa según los ritos y las normas establecidas, con auténtica motivación, con los libros litúrgicos aprobados? ¿Estoy atento a las sagradas especies conservadas en el tabernáculo, renovándolas periódicamente? ¿Conservo con cuidado los vasos sagrados?

¿Llevo con dignidad todos los vestidos sagrados prescritos por la Iglesia, teniendo presente que actúo in persona Christi Capitis?

4. «*Permaneced en mi amor*» (Jn 15, 9)

¿Me produce alegría permanecer ante Jesucristo presente en el Santísimo Sacramento, en mi meditación y silenciosa adoración? ¿Soy fiel a la visita cotidiana al Santísimo Sacramento? ¿Mi tesoro está en el Tabernáculo?

5. «*Explicanos la parábola*» (Mt 13, 36)

¿Realizo todos los días mi meditación con atención, tratando de superar cualquier tipo distracción que me separe de Dios, buscando la luz del Señor que sirvo? ¿Medito asiduamente la Sagrada Escritura? ¿Rezo con atención mis oraciones habituales?

6. *Es preciso «orar siempre sin desfallecer»* (Lc 18, 1)

¿Celebro cotidianamente la Liturgia de las Horas integralmente, digna, atenta y devotamente? ¿Soy fiel a mi compromiso con Cristo en esta dimensión importante de mi ministerio, rezando en nombre de toda la Iglesia?

7. «*Ven y sígueme*» (Mt 19, 21)

¿Es, nuestro Señor Jesucristo, el verdadero amor de mi vida? ¿Observo con alegría el compromiso de mi amor hacia Dios en la continencia del celibato?

¿Me he detenido conscientemente en pensamientos, deseos o actos impuros; he mantenido conversaciones inconvenientes? ¿Me he puesto en la ocasión próxima de pecar contra la castidad? ¿He custodiado mi mirada? ¿He sido prudente al tratar con las diversas categorías de personas? ¿Representa mi vida, para los fieles, un testimonio del hecho de que la pureza es algo posible, fecundo y alegre?

8. «*¿Quién eres Tú?*» (Jn 1, 20)

En mi conducta habitual, ¿encuentro elementos de debilidad, de pereza, de flojedad? ¿Son conformes mis conversaciones al sentido humano y sobrenatural que un sacerdote debe tener? ¿Estoy atento a actuar de tal manera que en mi vida no se introduzcan particulares superficiales o frívolos? ¿Soy coherente en todas mis acciones con mi condición de sacerdote?

9. «*El Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza*» (Mt 8, 20)

¿Amo la pobreza cristiana? ¿Pongo mi corazón en Dios y estoy desapegado, interiormente, de todo lo demás? ¿Estoy dispuesto a renunciar, para servir mejor a Dios, a mis comodidades actuales, a mis proyectos personales, a mis legítimos afectos? ¿Poseo cosas superfluas, realizo gastos no necesarios o me dejo conquistar por el ansia del consumismo? ¿Hago lo posible para vivir los momentos de descanso y de vacaciones en la presencia de Dios, re-

cordando que soy siempre y en todo lugar sacerdote, también en aquellos momentos?

10. «*Has ocultado estas cosas a sabios y inteligentes, y se las has revelado a los pequeños*» (Mt 11, 25)

¿Hay en mi vida pecados de soberbia: dificultades interiores, susceptibilidad, irritación, resistencia a perdonar, tendencia al desánimo, etc.? ¿Pido a Dios la virtud de la humildad?

11. «*Al instante salió sangre y agua*» (Jn 19, 34)

¿Tengo la convicción de que, al actuar “en la persona de Cristo” estoy directamente comprometido con el mismo cuerpo de Cristo, la Iglesia? ¿Puedo afirmar sinceramente que amo a la Iglesia y que sirvo con alegría su crecimiento, sus causas, cada uno de sus miembros, toda la humanidad?

12. «*Tú eres Pedro*» (Mt 16, 18)

Nihil sine Episcopo -nada sin el Obispo- decía San Ignacio de Antioquía: ¿están estas palabras en la base de mi ministerio sacerdotal? ¿He recibido dócilmente órdenes, consejos o correcciones de mi Ordinario? ¿Rezo especialmente por el Santo Padre, en plena unión con sus enseñanzas e intenciones?

13. «*Que os améis los unos a los otros*» (Jn 13, 34)

¿He vivido con diligencia la caridad al tratar con mis hermanos sacerdotes o, al contrario, me he desinteresado de ellos por egoísmo, apatía o indiferencia? ¿He criticado a mis hermanos en el sacerdocio? ¿He estado al lado de los que sufren por enfermedad física o dolor moral? ¿Vivo la fraternidad con el fin de que nadie esté solo? ¿Trato a todos mis hermanos sacerdotes y también a los fieles laicos con la misma caridad y paciencia de Cristo?

14. «*Yo soy el camino, la verdad y la vida*» (Jn 14, 6)

¿Conozco en profundidad las enseñanzas de la Iglesia? ¿Las asimilo y las transmito fielmente? ¿Soy consciente del hecho de que enseñar lo que no corresponde al Magisterio, tanto solemne como ordinario, constituye un grave abuso, que causa daño a las almas?

15. «*Vete, y en adelante, no peques más*» (Jn 8, 11)

El anuncio de la Palabra de Dios ¿conduce a los fieles a los sacramentos? ¿Me confieso con regularidad y con frecuencia, conforme a mi estado y a las cosas santas que trato? ¿Celebro con generosidad el Sacramento de la Reconciliación? ¿Estoy ampliamente disponible a la dirección espiritual de los fieles dedicándoles un tiempo específico? ¿Preparo con cuidado la predicación y la catequesis? ¿Predico con celo y con amor de Dios?

16. «Llamó a los que él quiso y vinieron junto a él» (Mc 3, 13)

¿Estoy atento a descubrir los gérmenes de vocación al sacerdocio y a la vida consagrada? ¿Me preocupo de difundir entre todos los fieles una mayor conciencia de la llamada universal a la santidad? ¿Pido a los fieles rezar por las vocaciones y por la santificación del clero?

17. «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir» (Mt 20, 28)

¿He tratado de donarme a los otros en la vida cotidiana, sirviendo evangélicamente? ¿Manifiesto la caridad del Señor también a través de las obras? ¿Veo en la Cruz la presencia de Jesucristo y el triunfo del amor? ¿Imprimo a mi cotidianidad el espíritu de servicio? ¿Considero también el ejercicio de la autoridad vinculada al oficio una forma imprescindible de servicio?

18. «Tengo sed» (Jn 19, 28)

¿He rezado y me he sacrificado verdaderamente y con generosidad por

las almas que Dios me ha confiado? ¿Cumplo con mis deberes pastorales? ¿Tengo también solicitud de las almas de los fieles difuntos?

19. «¿Ahí tienes a tu hijo! ¿Ahí tienes a tu madre!» (Jn 19, 26-27)

¿Recurro lleno de esperanza a la Santa Virgen, Madre de los sacerdotes, para amar y hacer amar más a su Hijo Jesús? ¿Cultivo la piedad mariana? ¿Reservo un espacio en cada jornada al Santo Rosario? ¿Recurro a su materna intercesión en la lucha contra el demonio, la concupiscencia y la mundanidad?

20. «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» (Lc 23, 44)

¿Soy solícito en asistir y administrar los sacramentos a los moribundos? ¿Considero en mi meditación personal, en la catequesis y en la ordinaria predicación la doctrina de la Iglesia sobre los Novísimos? ¿Pido la gracia de la perseverancia final y invito a los fieles a hacer lo mismo? ¿Ofrezco frecuentemente y con devoción los sufragios por las almas de los difuntos?



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANAMAYO

- Día 1: El Sr. Obispo visita la parroquia de Cervedelo, en Laza, acercándose a acompañar a los feligreses ancianos o enfermos en sus casas y presidiendo la Eucaristía por la tarde.
- Día 3: Monseñor Lemos presidía a las 18:30 en la Catedral la Celebración Eucarística en la fiesta del Santo Cristo.
- Del 4 al 13: Novena de Nuestra Señora de Fátima en el 50 aniversario de la inauguración del santuario en la ciudad, en el barrio de O Couto.
- Día 7: Cáritas diocesana de Ourense presentaba el estudio desarrollado, en colaboración con la Fundación Barrié y la Universidad de Granada, sobre el impacto de las actividades de envejecimiento activo en la comarca de A Limia.
- Día 9: El Sr. Obispo preside la Misa de San Juan de Ávila en la parroquia de Fátima: los sacerdotes celebran sus Bodas de Plata y Oro sacerdotales. A continuación, el Arzobispo de Santiago ofrece una conferencia sobre la espiritualidad del sacerdote en el Seminario Mayor.
- Día 10: El Sr. Obispo visitaba la zona de Ramirás, encontrándose con un nutrido grupo de sacerdotes de los arciprestazgos de Ramirás y Celanova. Escuela de Teología en el Salón Padre Feijóo a las 19:00 h.
- Día 12: La ONG de las Siervas de San José “Taller de Solidaridad” celebró el día del Comercio Justo.
- Día 13: Ntra Sra de Fátima. Procesión de Antorchas a las 22:45 horas. La Diócesis de Ourense participa en el Festival Regional de la Canción Misionera en Vigo.
- Día 15: El Sr. Obispo visitaba la zona de A Limia, presidiendo la Celebración Eucarística en la parroquia de Santa Mariña de Xinzo, visitando a varios sacerdotes enfermos y manteniendo además un encuentro con sacerdotes de este arciprestazgo y del de Rairiz de Veiga.
- Día 17: Reunión de Apostolado Segar en el Centro Cultural de la Diputación: presididos por el Sr. Obispo, participan el Delegado y los grupos, movimientos y asociaciones de la Diócesis para evaluar el curso pastoral y preparar la Vigilia de Pentecostés.
Oración diocesana por las Vocaciones a las 20:00 h. en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento, plaza de las Mercedes.

- Del 17 al 20: La Adoración Nocturna peregrina a Fátima (Portugal), contando también con la participación del Seminario Mayor. El sábado, el Obispo de Ourense preside la Celebración Eucarística.
- Días 19-20: Las reliquias de D. Bosco visitan a Ourense: llegan primero a Allariz y luego a la capital ourensana, celebrándose una Vigilia juvenil en Salesianos. El domingo a las 12:00 el Sr. Obispo preside la Misa en M^a Auxiliadora.
- Día 20: Toma de posesión, en la S.I. Catedral, del nuevo Canónigo Penitenciario, D. Ramiro González Cougil.
- Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. Los Delegados de Medios de las Diócesis gallegas se reúnen en los días previos en Ourense, este año, para preparar esta jornada y otras actividades conjuntas. Monseñor Leonardo Lemos preside la clausura de la Misión Mariana en Bande a las 20:00 horas.
- Ultreya de Cursillos de Cristiandad en en Queizás (zona Verín) a las 12 h.
- Día 23: Reunión de arciprestes en el Seminario Mayor.
- El Sr. Obispo se reúne por la tarde con representantes de la Asociación de Amigos de la Catedral de Ourense para conocer de primera mano los proyectos e inquietudes de la Asociación.
- Día 24: Escuela de Teología en el Salón Padre Feijóo a las 19:00 h.
- Día 25: Entrega del XIV Premio Francisco de Moure al Deán de la Catedral, D. Serafín Marqués y al pintor Manuel Vidal por el cuadro “la Cena de Emaús” para la capilla del Santo Cristo de Ourense. En el Liceo a las 20:00 horas.
- Del 25 al 27: Cursillo de Cristiandad. Casa de Ejercicios.
- Día 27: Día de la Familia en el Seminario Menor, contando con la presencia del Sr. Obispo.
- Día 26: Encuentro de Grupos Bíblicos en el santuario de Nuestra Señora de Los Milagros a las 11:00 horas.
- A las 20:00 horas, Vigilia de Pentecostés en la S.I. Catedral.
- Día 27: Pentecostés.
- Día 28: Reunión de consiliarios en el Seminario Mayor.
- Día 31: Pincho Solidario de Manos Unidas en Salesianos a las 20:00 h.
- A las 20:30 una joven religiosa de las Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Inmaculada renovaba sus votos en una celebración presidida por Monseñor Lemos.
- Durante los meses de mayo y junio continúan las confirmaciones.



DIÓCESIS
DE OURENSE
